



DEL MÉTODO EXPERIMENTAL

EN LA PSICOLOGÍA

NOTAS Y APUNTES DE DOS DISCURSOS PRONUNCIADOS EN EL ATENEO
DE MADRID.

DISCÚTESE actualmente en la sección de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales del Ateneo de Madrid, un tema por todo extremo interesante, que no radica ya dentro de los límites de cuanto se dice ciencia natural, sino que, teniendo en ésta sus fundamentos, elévase á fenómenos de orden superior, algunos determinados y estudiados, con sus pormenores y accidentes, apenas esbozado el conocimiento de otros y lejano todavía el de la mayor parte. La cuestión á que me refiero está concebida en la siguiente pregunta: *¿puede la psicología considerarse y estudiarse como ciencia natural?*

Problema es este cuya resolución preocupa á muchos hombres de ciencia, lo mismo á los naturalistas que á los filósofos, y asistimos, en el momento presente, á la formación de una ciencia nueva, fundada de una parte con datos y hechos puramente materiales, siempre medibles, y de otra, con fenómenos más complejos y de difícil determinación, resultantes al cabo de meras acciones dinámicas y del juego de las energías naturales cuando actúan sobre los seres y los im-

presionan. Esta ciencia, en la cual compréndese el problema enunciado y su resolución, es la *Psicofísica*. Acerca de sus leyes y principios he discurrido en el Ateneo de Madrid con objeto de contribuir al esclarecimiento de ciertos puntos difíciles, no con la pretensión de haber resuelto ninguno de ellos, sino con ánimo de invitar á otros á trabajar en este sentido, á fin de allegar datos que permitan extender las leyes de la *Psicofísica* á mayor número de hechos, dándoles así la generalidad de que hoy por hoy carecen. El presente estudio es la exposición *in extenso* de las ideas emitidas á propósito de la *Psicología* considerada como ciencia natural, y no tiene mi trabajo otro alcance que el de meras observaciones críticas muy sencillas sobre la ley de Weber, que es el primer fundamento de la *Psicofísica* y el punto de partida de todos los estudios posteriores, dirigidos en este sentido de considerar los fenómenos psicológicos consecuencia y resultado de acciones y fenómenos de carácter físico.

PRIMERA PARTE.

Ni con ánimo de reñir batallas, ni decidido á empresas y discusiones acaloradas, antes bien sereno y tranquilo cual conviene á la majestad augusta de la ciencia de la Naturaleza, vengo á discurrir acerca de aquellas consecuencias más trascendentales de sus métodos y principios. Mueve mi ánimo el deseo de hallar la luz hermosa de la verdad; préstame fuerzas é infúndeme aliento el anhelo de poseerla y atraénme sus incomparables resplandores. La agitación vertiginosa de la vida detiénese un instante, que me permite ver la serenidad de esa región codiciada por los métodos de la ciencia natural, tierra de promisión ofrecida como recompensa del asiduo trabajo y de la no interrumpida labor científica. Si no perfectamente claros é iluminados como en pleno día, por la luz de los experimentos, dibújense ya los nuevos horizontes abiertos por la observación, y el fenómeno psicológico, últi-

mo término conocido de la escala que comienza en el leve movimiento de la sustancia más insignificante y llega hasta el acto sublime del pensar, empieza á sujetarse á medida, inquiérese su ley general y parece próximo el día en que la fórmula que relaciona la impresión con la sensación exprese por entero la verdad que hoy se presiente en muchos casos y se ha determinado en algunos.

Ante todo, he de explicar brevemente mi actitud en la cuestión objeto del debate. Hace bastante tiempo profeso la idea de que en ciencias naturales no se deben discutir principios ni gastar el tiempo en disquisiciones, casi siempre inútiles, y que nos apartan del verdadero camino del conocimiento. Por eso rehuyo toda discusión, como no sea de hechos, y así como en arte la emoción estética no se discute, se siente y es bastante, en estos puntos concretos y perfectamente definidos de las ciencias de la Naturaleza; en estas cosas referentes á medidas y extensión de métodos, tampoco debe discutirse ni perder el tiempo vanamente en generalizar, juzgando, según es uso y costumbre entre nosotros, con poco conocimiento de causa; condenando sin piedad doctrinas, leyes y hechos que no se conocen, y calificando de pequeñas y aun mezquinas las aspiraciones de quienes investigan con amor y desinterés la Naturaleza, y se contentan con el sólido conocimiento del hecho, sin aventurar ilusorias teorías acerca de causas y orígenes. No es verdadero naturalista quien en esto invierta tiempo y trabajo. El que aspire á serlo, comience por respetar la obra de todos, y haga por sí cuanto pueda; constantemente pediránle pruebas de sus doctrinas y le demandarán hechos; pues los que entienden poco ó nada de observaciones y experimentos, necesitan mucha luz y muy brillante para ver claro, y debe el naturalista suministrarla y presentar obra suya y labor de su propia inteligencia. Hoy más que nunca necesitamos todos cuantos consagramos la vida entera al estudio de la Naturaleza, aducir hechos, tomar por modelo á aquel Darwin, el cual ha constituido su doctrina fenómeno por fenómeno y detalle por detalle; así nada en sus obras huelga, y quien las lea sin pasión y sin prejui-

cios de escuela, sean cualesquiera las ideas que profese, ha de admirarse de aquella riqueza de pormenores, tanto como de la parquedad y mesura en formular doctrinas y leyes generales.

Con esto comprenderéis ya mi manera de pensar acerca de la discusión del tema propuesto y cuál ha de ser el sentido dominante de cuanto voy á someter á vuestra consideración. Trátase, en realidad, de un asunto perfectamente concreto, de carácter técnico y cuyos términos son por todo extremo claros; nuestro objeto se refiere á determinar, todo lo más preciso posible, si la Psicología es ciencia natural y si es posible estudiarla así. En resumen, debemos inquirir si los procedimientos y métodos de las ciencias de la Naturaleza son aplicables á la medida y determinación de los fenómenos psicológicos.

A la verdad, préstase el tema á viva contienda, y dibújanse tendencias muy varias y contradictorias, y así, mientras el materialista, ayudado poderosamente por los brillantes resultados obtenidos con el método experimental en todas las ciencias naturales y especialmente en la Fisiología, esgrime, con no igualado ardor, sus nuevas y lucientes armas, baja á la liza y pelea con el valor de profundas convicciones, y la temeridad del que es vigoroso y fuerte, el espiritualismo, parapetado en sus viejas fortalezas, escudado con las tradiciones de la escuela, experimentado en la defensa como soldado viejo, resiste denodadamente los ataques del formidable adversario y dispútale el terreno palmo á palmo. No sólo en esta cátedra, en el mundo entero se riñe cada día nueva batalla, y nadie prevé el fin de la disputa eterna como el mismo deseo de saber. Sin pertenecer á ninguna de las dos escuelas, voy á tratar de aquello que parece ser el mayor motivo de contienda entre ellas. Demasiado joven y poco experimentado para recibir el bautismo de escuela, como también para escéptico en materias de ciencia y ecléctico en ninguna cuestión de la vida, anhele tan sólo la verdad y la busco donde quiera; siguiendo el ejemplo de aquel á quien he tomado por modelo—Carlos Roberto Darwin,—inquiero, en lo poco que me es dado hacer, lo verdadero, sin preocuparme de las con-

secuencias. Voy hasta donde me llevan los hechos, y profeso esta doctrina, enteramente positiva: el fenómeno es el medio de conocer y la relación la forma del conocimiento; por eso—y en ello también imito al maestro—no habéis de buscar en cuanto aquí diga grandes y muy generales principios, que es mi trabajo de pormenores y medidas, y ni he de escastrarlos, ni espero quitarles importancia. Ahora bien; ¿qué sentido debo dar á mi trabajo, á lo poco é insignificante que he podido hacer acerca del tema propuesto, para que tenga el carácter distintivo de todos los estudios científicos? No extrañéis que me pare un punto en responder á esta pregunta; pues en tal respuesta se encierra la cuestión principalísima del método, verdadero é indispensable preliminar de toda investigación, por cuanto es el método á manera de precioso instrumento con el cuál fácilmente nos abrimos paso, deslindamos campos, apreciamos diferencias y llegamos, en fin, á eso que se dice conocimiento, ó sea á la relación más general que es posible establecer entre varios términos.

Precisamente por la extensión del método establécense diferencias entre las ciencias naturales, y aun la misma Psicología puede considerarse y estudiarse entre ellas, con la sola condición de aplicarse el procedimiento experimental para determinar todos y cada uno de los fenómenos psíquicos. Por eso en la cuestión del método compréndese en realidad la solución del problema propuesto.

Si examinamos, con la suficiente calma, el estado presente y progreso actual de las ciencias de la Naturaleza, no fijándonos en lo aparente y exterior, sino penetrando en las leyes y fenómenos cuanto es posible, observaremos empleado de continuo el experimento como medio de conocer. Así el método consiste, primero en la observación de los hechos, después en su producción, empleando para ello análogos procedimientos á los usados por la Naturaleza; más tarde en inducir de las circunstancias y accidentes de los hechos sus relaciones, deteniéndose el científico delante de las causas primeras y de los orígenes, acerca de los cuales solo le es permitido, en casos determinados, adelantar conjeturas é hipótesis cuando para ello cuenta con el apoyo firmísimo de

la inducción. Se procede de tal manera con lógica rigurosa, adelantando en el conocimiento con bases muy seguras, é integrando sucesivamente los fenómenos, cuyo carácter individual desaparece y se funde con otros en las leyes empíricas donde se contienen muchas relaciones de hechos. Para estudiar un organismo cualquiera y determinar por entero sus funciones, es preciso descomponerlo en sus partes elementales, conocer los diversos sistemas y aparatos, llegar hasta los órganos mismos, descomponerlos, determinar la composición de los tejidos y alcanzar, por último, el componente primordial, la célula. De otra parte se requiere también, además del conocimiento del aparato, determinar cada una de sus funciones y ver cómo de ellas depende su organización, y conocido todo esto, es necesario unirlo, componerlo, sintetizarlo y formar el organismo completo, con todas sus funciones y tal como se presenta en la Naturaleza. Las leyes que rigen estas funciones saldrán al paso, desprenderánse de los mismos hechos, surgirán cada vez más generales á medida que vayamos conociendo relaciones de órganos y mecanismos, y aun la noción de vida aparecerá también como relación generalísima donde se contienen todos los términos de relaciones de menos categoría y más cercanas de los hechos.

No de otro modo procede el científico en la investigación de la Naturaleza. Ella es al cabo organismo inmenso, ó por mejor decir, organismo de organismos, ya en que cada sér es á modo de órgano de esta gran máquina por cuya actividad todos se producen.

Consecuencias de discurrir así, son la extensión de los métodos, cierta especie de criticismo altamente beneficioso para el adelanto de la ciencia y la clasificación sistemática y serial, en cuya virtud podemos al punto señalar el lugar que debe ocupar un hecho descubierto, luego que hayamos conocido el mecanismo de su producción. Tiene su origen el método positivo, en la parte experimental, en los procedimientos de la física y la química, y por lo referente á los datos de observación, los primeros, y quizá los más importantes, en la Historia Natural, ó sea en la descripción de los seres y de sus cambios y metamorfosis. Así, para estudiar los resulta-

dos del método positivo se pueden elegir dos modelos: uno para la observación, otro para el experimento y la medida. En cuanto á lo primero, nada hallo tan propio y adecuado como la consideración de toda la obra de Darwin, y en cuanto á medidas y experimentos, creo muy apropósito referir ligeramente el sistema empleado por Henri Sainte-Claire Deville, insigne químico, cuya pérdida llora y sentirá la ciencia durante largo tiempo. Mucho se habla en este Ateneo de Darwin: quizá en ninguna parte se le trata con menos consideración, y quizá, ¿por qué no he de decirlo? en ninguna parte se le conoce menos. Cuando en una de las sesiones anteriores he oído que se le negaba hasta el carácter de observador, sin razón ninguna para ello; cuando he visto levantarse aquí la voz de un profano en ciencias naturales para fallar rotundamente acerca del mérito de la personalidad científica más respetable de la época actual, recordaba un pasaje del *Método de Química de Laurent*, en donde, quejándose este autor del modo como Woelher trataba sus doctrinas y de la injustificada dureza del profesor de Goetinga, dice:... «¿Y todo por qué? *por un átomo de cloro que ha tomado el lugar de un átomo de hidrógeno, por una fórmula cambiada.*» ¿Y todo por qué?—podría yo preguntar tratándose de Darwin,—porque no se le conoce, ni se leen sus obras, y se acude á la nota mal hecha de una enciclopedia vulgar para conocer la evolución, y á algunos pesa mucho saber que no hay creaciones renovadas ni cataclismos, sino eterna evolución, transformación incesante, cambio continuo de las cosas; en una palabra, perenne movimiento, del cual son consecuencia las múltiples é infinitas apariencias de la vida.

A ciertos espíritus, acaso llenos de soberbia por creerse de más elevado origen que los otros seres, asusta esta lógica inflexible y casi brutal de los hechos, pues no quieren conceder que el conocimiento venga de la experiencia, y cierran los ojos ante las pruebas, cada día más numerosas y concluyentes del transformismo, doctrina cuyo origen y fundamento es aquella famosa teoría del inmortal geólogo Lyell, según la cual las causas pequeñas actuando de continuo producen cuantos cambios y evoluciones podemos ir observando en la

tierra. Pues bien; de igual manera, causas al parecer insignificantes, transmitidas por herencia, adaptándose y modificándose á cada momento por los seres, producen la incesante transformación objeto de los estudios admirables de Darwin, el cual no hizo otra cosa en su vida sino observar hechos y describir lo que veía, para llegar así á establecer una serie de relaciones, formuladas más tarde en la leyes de la evolución.

A riesgo de pecar de pesado, voy á consignar todavía una observación respecto de los trabajos de Darwin. Para quienes no profesan la ciencia natural, están poco ó nada familiarizados con su tecnicismo y carecen de los conocimientos previos para leer las obras de Darwin, son estos libros por todo extremo pesados y molestos. Créese, á primera vista, que aquel cúmulo de datos y experimentos es inútil bagaje para llegar á afirmaciones y teorías contenidas en breves líneas, y como no se advierte al pronto enlace alguno entre los hechos, el libro se cae de las manos y el lector se cansa fatigado por el relato verdaderamente abrumador de numerosos hechos, poco ó nada interesantes para quien no busca en los libros de Darwin lecciones y sólo trata de satisfacer su curiosidad.

En cambio, para el naturalista de profesión, cada página de un libro de Darwin es valiosa joya. Al principio experimentase emoción de sorpresa: causa maravilla el inmenso número de trabajos realizados por un solo hombre, y desde entonces siéntense por él admiración y respeto. Más tarde, á medida que se avanza en la lectura, horizontes nuevos se elevan al entendimiento del científico. El espectáculo de aquellas leyes, tan lógicamente deducidas, impónese al espíritu, y el sentimiento de la verdad, reflejada en todas partes, va penetrando en nosotros sin sentirlo. Entonces llega á verse con claridad el sentido científico de todos los trabajos de Darwin, el rigor de la experimentación estrechamente unido con el desinterés de la ciencia; la austeridad de los procedimientos inductivos enlazada con la fijeza de las leyes enunciadas. Entonces la ilación de los hechos aparece clarísima y se comprende la necesidad de haberlos acumulado en tanto

número, pues era preciso para fundar sobre sólidos cimientos la gran teoría á la cual Darwin consagró vida y trabajos. Y aquella emoción primera de sorpresa y asombro, conviértese en cariño y afecto al advertir que aunque el naturalista pone empeño en que no aparezca para nada su persona, destácase en primer término del cuadro de perfecciones de sus obras. Con esta sola consideración, compréndese que el naturalista no llevaba plan arreglado ni preconcebido para amoldar á él y á la doctrina establecida de antemano hechos y observaciones. Fija su atención en determinados seres, examinándolos individualmente, los reunía por parejas, cruzándolos, modificando sus condiciones de vida, y enunciaba así, después de prolijos experimentos, y luego de haber notado y establecido, con gran claridad de juicio, analogías y diferencias á una ley empírica, lo cual significa tanto como haber llegado al conocimiento por generalización, perfectamente lógica, de gran número de hechos. De esta suerte se alcanza una ley expresada más tarde por Hœckel, relativa al paralelismo y relación del desarrollo serial *ontogenético* y *filogenético*, de la cual deriva el concepto orgánico del mundo, por cuya virtud, y siempre dentro de la doctrina darwiniana, todo vive, coexistiendo las distintas formas por la ley de evolución, aplicable al sér más rudimentario, como al universo entero.

En otra ocasión he expuesto ante vosotros este concepto general con todos sus pormenores, y pues es al cabo término final y última consecuencia del método inductivo, de cuya extensión á la Psicología he de tratar, debo decir aquí sus elementos principales. Afirma el método experimental, como última consecuencia de todo su trabajo de investigación, que la vida, ó sea el cambio continuo é incesante de formas y fuerzas, es la expresión general del mecanismo del mundo en el cual todo coexiste, posiciones, transformaciones y fuerzas, en continua y perenne evolución. Resultado de ello es que la vida del universo se constituye por integración de las vidas ó cambios de formas y apariencias de la energía, en cuya virtud todo se aparece y cambia, persistiendo ella tan una é invariable su cantidad, cuanto son infinitos sus cambios y transformaciones.

No se afirma esto sin pruebas de hechos, ni se alcanza tal inducción, que no es definitiva; pues expresa tan sólo el límite de nuestro conocimiento y satisface las presentes exigencias de la ciencia, sino después de larguísimos y minuciosos estudios sobre la organización y metamorfosis de los seres. Estos estudios comprenden dos partes igualmente importantes y trascendentales: refiérese la primera á la consideración y estudio de la energía en sí y manifestándose en todos los órdenes de fenómenos, en lo cual se comprenden la Mecánica, la Física y la Química únicamente con la categoría de ciencias que estudian y proporcionan medios para investigar diferentes apariencias y modificaciones de la energía: comprende la segunda la extensión de las leyes generales de la fuerza á la vida y trasformación de los organismos, y aquí se estudian, determinan y comprueban las leyes de la evolución. De este modo se llega á constituir una serie completa de fenómenos y leyes, perfectamente relacionados entre sí, serie que comienza en la simplicísima manifestación de la gravedad, abarca los fenómenos físico-químicos, abraza el mecanismo de la vida, como caso particular de estos hechos dinámicos, y quiere contener los fenómenos psíquicos, lo mismo la sensación elemental que la formación de la idea. Los principios de la Termodinámica, por una parte, extendidos á la Química, por Sainte-Claire Deville y Berthelot, principalmente, y por otra, el gran trabajo de Darwin, sirven de apoyo y antecedente indispensable para establecer las bases de la Psicología del porvenir, fundada en el concepto de energía y en las leyes de la evolución. Todo, pues, queda reducido á extensión de método; porque en los orígenes y causas de las cosas detiéndose el experimentador, temeroso de no hallar la razón de lo que quiere y anhela conocer; por eso fija el límite del saber allí donde concluye la aplicación de sus procedimientos.

En el caso presente, al tratar de la Psicología, y aun cuanto parezca sobrado largo el preliminar, debo extenderme todavía en la consideración del método, entrando en ciertos pormenores, que ni por minuciosos huelgan, ni por pequeños son menos necesarios.

Hay todavía otra cualidad y excelencia en el método experimental, y es, que no sólo sirve para descubrir é investigar hechos, sino que, en último término, permite comprobar nuevos fenómenos y en casos determinados, predecirlos antes de producirse. Tiene, por tanto, el método positivo dos caracteres esenciales: sirve para descubrir y determinar el mecanismo de los fenómenos naturales y los da á conocer con la categoría de elementos para la inducción, que es trabajo complementario del mismo método y al propio tiempo es medio de comprobar; queda como cosa fija que asegura siempre los mismos resultados cuando se practica en las condiciones precisas de la producción de los hechos. Desde ambos puntos de vista, es necesario, pues, estudiarlo, notando los resultados generales y las leyes que pretenden aplicarse á la Psicología para poder considerarla y estudiarla como ciencia natural.

De lo dicho resulta que el método experimental alcanza, hoy por hoy, hasta proporcionar y dar á conocer perfectamente los elementos más generales de la inducción, es decir, las leyes empíricas, en cuya virtud determinanse los hechos; es, al mismo tiempo, instrumento ó medio de comprobación, é introduce en la ciencia suerte de espíritu crítico, cuyas ventajas nótanse á cada instante. Además he sentado como proposición fundamental que las fuentes de los conceptos más elevados de la ciencia natural, consecuencia precisa de la aplicación del método positivo, son la idea moderna de energía, formulada en vista de las conclusiones de la Termodinámica y la doctrina evolucionista con su cortejo de leyes é hipótesis. De todos estos puntos es necesario tratar brevemente, á fin de establecer segura base para juzgar de la extensión del procedimiento experimental á los fenómenos psíquicos. En cuanto diga acerca de tales asuntos he de referirme á los modelos citados antes; pues creo que las ventajas y excelencias del método experimental mejor se demuestran

acudiendo al vivo testimonio de grandes experimentadores, que razonando, con más ó menos ingenio, acerca de sus consecuencias generales, sea con ánimo de contradecirlas y combatirlas ó trátase de confirmarlas y prestarlas el apoyo de nuevos razonamientos, casi nunca indispensables, á causa del carácter mismo de los hechos.

Conviene prevenir una objeción, bastante fundada, que suele hacerse al procedimiento experimental. Dícese de continuo por cuantos lo combaten, que no hay métodos generales de experimentar, y que cada uno ve y aprecia las cosas de distinto modo, lo cual significa tanto como hacer depender el resultado de la experimentación del sujeto que la práctica. No negaré en absoluto ninguna de ambas cosas; pero téngase entendido que no puede desconocerse la generalidad de los procedimientos en muchos casos; pues qué, ¿acaso la Química no posee métodos generales de análisis y síntesis? Además, la variedad de mecanismos experimentales y que cada autor invente medios suyos, son consecuencia del mismo método: al cabo la variedad de caminos para llegar á un fin da mayores facilidades de alcanzarlo, permite comprobar, en todo momento, los resultados y establece un criticismo, en cuya virtud se comparan métodos y se llega á elegir el mejor y más apropiado. Si sobre la imagen de un objeto, obtenida por fotografía, van fijándose sucesivamente otras del mismo objeto, las imperfecciones de la primera se corrigen poco á poco, y la imagen final, donde las otras en realidad se integran, es por todo extremo parecida y perfecta. Tal sucede con los diversos medios de experimentar sobre un mismo fenómeno; las primeras medidas se rectifican, corrígense errores, determínanse con mayor exactitud nuevas condiciones en apariencia insignificantes; y de la comparación de todas las medidas resulta una que se acerca mucho á la verdad y que se toma por exacta. Otro tanto diré respecto de la variedad de criterio. Bien sé que cada experimentador juzga de modo distinto los resultados obtenidos, y que, sobre todo, en determinados hechos hay cierto subjetivismo que induce á errores y apreciaciones falsas; pero esto no es un inconveniente

serio; pues no pocas veces por errores cometidos y criterios distintos respecto de determinados puntos, se alcanzaron grandes leyes y fundáronse admirables doctrinas. Así las distintas apreciaciones que Berzelius y Gerhardt daban á los resultados de la combinación de varios cuerpos y sustitución de ciertos elementos por otros, no sólo no hizo detenerse el progreso de la Química, sino que fué su causa y la de la extensión y multiplicidad de los procedimientos; las equivocadas interpretaciones de la constitución de los éteres fundaron la Química orgánica; á los errores cometidos por Volta y Galvani debemos los grandes adelantos de la electricidad; persiguiendo y sosteniendo quimeras fundáronse los grandes estudios de la Naturaleza, y de la diferencia de criterios, de este error personal, de este subjetivismo, de estas preocupaciones y prejuicios que cada experimentador lleva dentro de sí é imprime á su trabajo, nacieron las leyes generales y se hicieron los perfeccionados métodos actuales. Por lo cual se deduce que los métodos positivos proclaman la más completa libertad de criterio y de procedimiento: lo importante, lo preciso es llegar á esta verdad relativa, única que podemos conocer; el camino para alcanzarla no hace al caso, y basta con que se funde en los hechos.

A poco que se reflexione acerca del significado del método experimental y de sus consecuencias, nótese respecto de lo primero que todo se reduce á medida, y en cuanto á lo segundo, que el criterio positivo lleva á admitir que las diferencias de los hechos son pura cuestión de cantidad, por cuanto el elemento cualitativo, de ella deriva únicamente. Así, entre cuantos fenómenos se estudian en las ciencias naturales, ya sean físico-químicos ó biológicos (y quizá puedan también incluirse los psicológicos y los sociales) no hay diferencia esencial, sólo se distinguen por cantidad, á bien que ésta sea distinta, no sólo por su valor, sino también por su posición y manera de ser; de tal suerte, que pueden darse dos medidas numéricamente iguales, y no obstante, corresponder á hechos distintos por no hallarse en las mismas posiciones ó tener diverso carácter. Diría yo, según esto, y considerando desde luego al fenómeno como cantidad, que

en ella deben notarse valor, forma y posición, de donde resulta suerte de álgebra especial, aplicable para expresar los resultados experimentales. He aquí lo que entiendo por cada una de tales cosas: valor de cualquiera de estas cantidades, es su representación numérica, comparada con la unidad de la misma forma y posición que ellas, forma es el carácter especial del movimiento á que corresponda, partiendo de la idea de considerar á todos los fenómenos como modos de movimiento y posición el lugar que ocupa en la serie de hechos ó cantidades análogas.

Permitidme extender estas consideraciones originales y demostrar con algunos ejemplos mi pensamiento; así aparecerá clara la idea y podré indicar con seguridad mayor, según es mi propósito, cuáles son los caracteres del método en las ciencias naturales y de qué manera es aplicable al estudio de la Psicología.

Respecto del valor de un fenómeno, ó sea de su medida, poco hay que decir. Cuando varias ecuaciones diferenciales, representantes de hechos, poseen el mismo término constante y son perfectamente comparables, hasta el punto de emplear idénticos métodos para resolverlas, se establecen unidades y constantes, significando las primeras el término ó modelo de medida y las segundas la característica, común á todos los fenómenos. Sabemos, por ejemplo, que la mayor parte de los cuerpos se disocian, esto es, se descomponen por el calor, no ignoramos que la tensión de disociación es fija para cada sustancia, y discurrimos de esta suerte: todo cuerpo que se disgrega, según el procedimiento de Sainte-Claire Deville, ha de absorber cierta cantidad de energía y adquirir por ella tensión necesaria para disociarse; de consiguiente la tensión de disociación es una constante en el fenómeno; pero entiéndase, constante como término y no como valor. Hay además, en el hecho que consideramos, otro elemento que es la temperatura á que cada cuerpo se disocia, lo cual significa la necesidad del empleo de determinadas cantidades de energía para cumplirse el fenómeno y de aquí la ventaja de determinararlo, teniendo en cuenta el valor numérico de la energía, medida, en el caso particular considerado, por unida-

des térmicas ó calorías. Precisamente el gran adelanto y el término de los procedimientos experimentales redúcense á determinar constantes para caracterizar hechos y unidades para medirlos, y cuando tanto se alcanza, entonces vienen los superiores períodos del método y los resultados científicos adquieren tal grado de certeza, que apenas necesitan comprobación; pues sólo entonces es dable apreciar lo característico de determinado grupo de fenómenos y medir su valor y diferencias en cada caso particular. Tal sucedió en la Termodinámica, donde la equivalencia del calor y el trabajo ha sido medio seguro para fundar nuevos procedimientos, medidas no alcanzadas hasta entonces y principios generales, cuyas consecuencias fueron proclamar la ley de la persistencia de la energía.

Tal sucede en estos momentos con la Química, cuyos fenómenos antes oscuros, mal interpretados y nunca medidos, conócense ahora, gracias al potentísimo trabajo de Berthelot y Tomsen. En toda reacción química, sea combinación ó descomposición, hay un hecho constante, una influencia perenne, el calor: unas veces se desprende, otras se absorbe; pero siempre interviene, y de aquí que puedan medirse, en unidades de calor, los fenómenos químicos, y de aquí también otra consecuencia más importante, que es la posibilidad de definirlos como hechos térmicos, de donde deriva el concepto dinámico de la afinidad, formulado por Henri Sainte-Claire Deville, y que sirve de base á todos los estudios y trabajos actuales.

Así, pues, de comparar el valor del elemento constante de diversos fenómenos, se deduce su determinación numérica en unidades de un orden especial, propio de cada grupo de hechos, y aun estas mismas unidades pueden reunirse en otras de orden más superior y general, y se prevé el día en que una sola medida sirva para toda la infinita variedad de manifestaciones de la energía, que forman el estudio y objeto de las ciencias llamadas naturales. Por consiguiente, experimentar es medir, y todo el trabajo del científico no consiste sino en apreciar, con la mayor exactitud posible, cantidades diferenciales, que ha de rectificar cuidadosamente

para hacer su integración cuando sea llegado el momento oportuno de realizarla.

Todavía es preciso insistir un momento acerca del particular. Más adelante, al tratar de los métodos especiales de la Psicofísica y del mecanismo empleado para medir sensaciones, han de parecer un tanto extraños y oscuros los procedimientos. En efecto, á causa de la misma índole del problema, su extraordinaria complicación, la influencia subjetiva, aquí mayor que en ningún otro género de experimentos, y otras mil circunstancias, las medidas se nos figuran vagas y poco seguros los métodos. Claros aparecen, no obstante, si fijamos nuestra atención en las aplicaciones especiales de ciertos procedimientos matemáticos para rectificar medidas y números obtenidos en los experimentos. Por error en los aparatos, influencia del experimentador y diversas contingencias que suelen ocurrir, no podemos fiar en cualquiera determinación numérica; es necesario repetir muchas veces los mismos ensayos, practicar las medidas en distintas condiciones, hacer series de experimentos y comparar gran número de resultados. Requiere la experimentación, no sólo el sacrificio personal, sino también trabajo continuo y penoso; es indispensable asegurarse de la exactitud de los instrumentos y conocer sus errores; se hace preciso estudiar, con minucioso detenimiento, hasta el menor detalle del fenómeno y fijarse en pormenores, al parecer insignificantes. Después de tan pesada labor y de haber obtenido muchos números, vienen otros nuevos trabajos de cálculo de errores y aproximación, tanteos en fijar los mínimos y máximos, ejercicios para representar por curvas y algoritmos el mecanismo de los fenómenos observados, y en último término, el estudio de la clasificación del hecho y sus relaciones con otros, ó lo que es lo mismo, saber cuáles son la forma y posición de la cantidad determinada.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

(Continuará.)



CURIOSIDADES NATURALES
Y
CARÁCTER SOCIAL
DE LOS ESTADOS UNIDOS (1)

III

BALTIMORE, LAS NORTE-AMERICANAS Y LA CIUDAD
DE WASHINGTON

1. De Filadelfia á Baltimore. Monumentos, edificios y parque de esta ciudad.
- 2. Las norte-americanas.—3. El distrito de Colombia. **Washington.** Acueducto. Las calles. El Capitolio.—4. La policía.—5. Edificios públicos más notables.—6. La Casa-blanca y la tumba del General Washington.

1. La línea directa para trasladarse de Filadelfia á Washington, pasa por Baltimore, la ciudad más grande del Estado de Maryland. Dista esta población de Filadelfia 156 kilómetros, cuya distancia recorren los trenes rápidos en unas tres horas y cuarenta minutos. A los 17 kilómetros de Filadelfia el tren pasa á la vista del hermoso lazareto de la isla Tinicum, á poca distancia del río Delaware, y en seguida llega á

(1) Véase la pág. 129 de este tomo.

Chester, que es la población más antigua del estado de Pennsylvania, y en la que desembarcó Guillermo Penn cuando vino de Inglaterra. Sus astilleros para buques de hierro son muy notables. Siguiendo adelante, se pasa luego por Brandywine Creek, en cuyas cercanías venció el General inglés Howe al ínclito Washington el día 11 de setiembre de 1777, habiendo sido herido en esta batalla el Marqués de Lafayette. La estación inmediata es la de Wilmington, ciudad la más importante del Estado de Delaware, colonia sueca en su origen y hoy centro de grandes establecimientos industriales de mollienda, fundiciones, astilleros, maquinaria y pólvora. Vienen luego las estaciones de Elkton, Perryville, con un grandioso puente sobre el río Susquehanna, Havre de Grace, Magnolia, con dos puentes, uno que cruza el río Gunpowder y otro el Bush, y por fin se llega á Baltimore, situada sobre un brazo del río Patopsco, á la distancia de 22 kilómetros de la bahía de Chesapeake, que sale al Atlántico por entre los cabos Henry y Charles. Defiende en esta bella ciudad, de más de 300.000 habitantes, la entrada de su anchuroso puerto el fuerte Mc-Henry. Bajo los cañones de esta fortaleza y prisionero á bordo de una fragata inglesa, compuso Key el canto nacional *Star Spangled Banner*, tan popular en los Estados Unidos.

Tres monumentos de primer orden hermosean esta población, á los cuales debe el calificativo de *Monumental City*. Es uno el de *Washington*, soberbia columna de mármol blanco de 48 metros de altura, rematada por una estatua, de cinco metros de alto, de aquel hombre ilustre; es otro el *Battle Monument*, de mármol también, con ornamentos de bronce, erigido á la memoria de los ciudadanos que murieron en defensa de la ciudad los días 13 y 14 de setiembre de 1814, y por último, el tercero, llamado *Wilkey Monument*, construido para perpetuar el recuerdo de *Thomas Wilkey*, fundador de la sociedad secreta de los *Odd Fellows*.

Son edificios muy dignos de ser visitados en Baltimore, la Bolsa, la Casa Consistorial, cuyo coste ascendió á 3.000.000 de dólares, el Instituto de *Peabody*, fundado con el donativo de 1.000.000 de dólares que para ello legó el filántropo de aquel nombre; el Instituto *Maryland*, el Ateneo, la Armería,

la Catedral católica y otras muchas iglesias de diferentes sectas. Entre los numerosos parques que dentro y fuera de la ciudad contribuyen á su embellecimiento, descuella el *Druid Hill* (Colina de los druidas), cuya adquisición costó á la ciudad 800.000 dollars. Por sus praderas discurren muchos corzos mansos, regocijo de los niños, y en su recinto se encuentran los grandes depósitos de agua potable de que se surte la población, ocupando en junto una superficie de 242 hectáreas. Desde las varias colinas que accidentan la superficie de esta finca, y especialmente desde el lago *Druid*, se goza de una hermosa perspectiva y de vistas encantadoras, sobresaliendo entre ellas la de un extenso y profundo valle pintorescamente sembrado de masas de árboles, casas de obreros, fundiciones y otras varias fábricas.

2. Baltimore comparte con Filadelfia el lisongero privilegio de encerrar en su recinto las mujeres más hermosas y más esbeltas de los Estados Unidos, y tal vez del mundo entero. Todas las más sobresalientes cualidades de la belleza de la raza del Norte de Europa parecen haberse reunido en aquellas mujeres, mejorando todavía sus condiciones estéticas y propagándose con un vigor extraordinario. No es lo que más choca al extranjero que por primera vez visita aquellas poblaciones la vigorosa entonación de la hermosura del sexo femenino, sino la generalización de estas cualidades, hasta el punto de que, así como no se ven ancianos decrepitos, encorvados, llenos de arrugas y calvos, como es común encontrar en el Mediodía de Europa, tampoco se hallan mujeres con iguales signos de decrepitud, ni de facciones tan irregulares, cuando no repugnantes, como las que forman por acá la clase de las feas. La naturaleza ha derramado todas sus gracias sobre aquellas criaturas, dignas rivales de las bellezas mitológicas.

De vivos, inteligentes y azules ojos, de rubia, abundosa y fina cabellera, sonrosada tez, turgente seno, delgado talle, continente gracioso, marcial porte y alta estatura, ejercen sobre los hombres una magnética fascinación, á la que es muy difícil sustraerse. Visten todas con notoria pulcritud y atildada elegancia, cualquiera que sea su clase y condición, pagando con esto el debido tributo á la caprichosa moda, que allí, como

en todas partes, reina sin rival, apoderándose despótica de la natural coquetería y vanidad del sexo bello; pero no han caído todavía, como nuestras damas, en el escandaloso abuso del afeitte que recuerda los tiempos de la prostitución romana, y las asemeja á las mujeres árabes é israelitas del Africa que tan dadas son al empleo del *Cojhol* y la *Fhenna*.

La norte-americana anda con desembarazo y firmeza, sin que la soltura de sus movimientos pueda confundirse con el aire varonil de los hombres, ni con la languidez é inseguridad de las europeas criadas en el regalo y la molicie. De ánimo resuelto y de carácter festivo, ni teme la fatiga, ni le arredran las dificultades, y como es además extraordinariamente diligente, de ahí que se encuentre en todas partes, frecuentando todos los sitios públicos, así religiosos como profanos, manifestando por todo una singular complacencia. Abandona el lecho temprano—la costumbre de madrugar en todas las estaciones del año es allí general,—se viste con prontitud, sin necesitar el auxilio de manos mercenarias, y hállase ya dispuesta para dedicarse á sus quehaceres ó aficiones, sin que le arredren el sol ni el frío, ni la distraigan la pereza ni la desidia. De una instrucción relativamente superior á la del hombre, frecuenta las bibliotecas públicas, donde suele estar en mayoría, concurre á los certámenes científicos, academias y conferencias, y es el alma, por decirlo así, de la vida intelectual del país. Su instrucción no tiene nada de pedantesca, pero es sólida en sus respectivos grados, sin que por eso haga de ella vanos alardes. El hombre suele dejar la escuela y la academia por los negocios así que cumple catorce años; pero la mujer continúa frecuentando las aulas hasta los diez y seis ó los diez y ocho años, y de ahí que en lo general esté más instruída que aquél. Escribe con corrección, buen gusto literario y con un hermoso carácter de letra, en lo cual aventaja á los hombres, al revés de lo que suele pasar entre nosotros. Rara es la señorita norte-americana de mediana posición que no posea, además del inglés, algún otro idioma, tal como el francés ó el alemán, al paso que son muchos los hombres allí que no saben más que la lengua patria.

No hay nada más agradable en viaje que la compañía de

una señorita norte-americana. Siempre risueñas y placenteras, sufriendo con la mayor resignación todas las contrariedades y dotadas de un valor notorio para todo género de riesgos ó peligros, nunca exhalan una queja ni esclavizan á sus acompañantes con exigencias de ninguna clase. Bástanse á sí solas para todo, y en ellas halla el hombre, no la beldad exigente que por razón de temperamento, debilidad y hábito, necesita que sólo se ocupen de ella y se la sirva hasta en las cosas más pequeñas é insignificantes, sino el compañero considerado, que jamás molesta por nada y que se basta á sí mismo en todo y por todo, no escaseando nunca el empleo de su diligencia, vigor y facilidad de movimiento. Tienen también las norte-americanas otra buena cualidad, y es la de creer que la compañía de un hombre no obliga á éste á convertirse en mayordomo de sus necesidades ni en pagador de sus gastos, cosas ambas que si se pretenden cerca de ellas, son casi siempre muy mal interpretadas. Hallan, por el contrario, muy natural que cada uno pague lo que gasta, y obrando de esta suerte, evitan muchos compromisos onerosos y se hacen más agradables. Estas cualidades son propias también de los hombres, con los cuales los obsequios no pasan de la atención de acompañarlos, instruirlos ó dirigirlos, cuando de viajes ó visitas en poblaciones extrañas se trata. El norte-americano que llega á país extranjero, y admite la compañía de un amigo para recorrer las ciudades ó sitios notables, donde quiera que va—espectáculos, cafés, museos, etc.,—paga el gasto que la entrada ó consumo exija, sin consentir que estas atenciones graven el bolsillo de su acompañante. En este particular, es de una intolerancia increíble, sin que por ello deje de mostrar su reconocimiento por las atenciones y deferencias con él demostradas, acompañándole y procurando hacerle más agradable el tiempo con el trato y con las noticias que se le dan de cuanto ve y examina.

Las mujeres, al tenor de los hombres, aunque siempre más expresivas por la natural condición del sexo, son sobrias de cumplidos y melindres, y tienen poca afición á las lisonjas hiperbólicas que forman entre nosotros la esencia de la galantería y el buen tono. Por efecto de esta misma cualidad, suelen

tomar las cosas al pie de la letra en su natural y corriente sentido, no comprendiendo cómo un hombre pueda complacerse en llamar hermosa á una mujer notoriamente fea, ni pintar con vivos colores una pasión mentida, por lo mismo que ellas sienten despego por el fingimiento, y suelen dar patentes muestras á cada paso de su ingenuidad y franqueza, huyendo, sin embargo, de todo extremo que raye en descortesía. Así sucede, que lo mismo aceptan de plano, *sin hacerse rogar*, cualquier obsequio con que se las brinde, como rechazan los que no son de su agrado con la mayor naturalidad y sin pensar que pueda tomarse á desaire ofensivo la renuncia.

3. La distancia de 64 kilómetros que hay entre Baltimore y Wáshington se recorre en hora y media y á veces en menos tiempo, por cualquiera de las dos líneas férreas que enlazan aquellas ciudades, ó sean, el ramal de Wáshington en la línea de Baltimore y Ohío, ó la de Baltimore y Potomac.

Nada de notable ofrece el territorio que se atraviesa durante este corto viaje. Hacia mitad del trayecto se encuentra el empalme del ramal de Annapolis, capital del estado de Maryland. En esta ciudad, donde abundan los edificios antiguos, se halla establecida la Academia Naval de los Estados Unidos.

La ciudad de Wáshington, como es bien sabido, constituye un territorio no sujeto á la jurisdicción de Estado alguno. Forma por sí sola el *Distrito de Colombia* y depende directamente del Congreso de los Diputados, habiéndose adquirido al efecto el terreno por cesiones hechas por los Estados colindantes de Virginia y Maryland, y por compras á algunos particulares. El motivo que dió lugar á esta resolución es bien sencillo. Reuníase el Congreso por los años 1783 en Filadelfia; mas habiéndose amotinado un día las tropas bajo el pretexto de reclamar sus pagas, é invadido en su consecuencia el salón de las sesiones, los diputados resolvieron inmediatamente el establecimiento de una nueva residencia, que no ofreciese las contingencias de estos atropellos, y al efecto acordaron la creación de una ciudad y edificio donde ejerciesen jurisdicción plena. De ahí el establecimiento del Distrito de Colombia, la creación de la ciudad de Wáshington y la construcción del Capitolio.



El criterio de elegir poblaciones tranquilas y de corto vecindario para fijar en ellas las capitales de los Estados y establecer en las mismas los Parlamentos, ha prevalecido en los Estados Unidos, resultando con ello la novedad de que en las grandes ciudades no radica el poder central de los Estados respectivos; circunstancia que no deja de chocar bastante al europeo, acostumbrado á ver establecida la capitalidad de las naciones en los centros de población más grandes é importantes. Así sucede, por ejemplo, que Albany y Harrisbourg, ciudades relativamente pequeñas y secundarias, son, sin embargo, capitales de los Estados de Nueva York y Pensylvania, que encierran las dos ciudades más grandes de toda la nación, es á saber: Nueva York y Filadelfia.

Apesar de esto, Wáshington, aunque no de un gran vecindario, tiene, sin embargo, un aspecto más grandioso que las demás capitales de Estado, á causa de los numerosos y soberbios edificios públicos que encierra, como centro que es del gobierno nacional. Toda la ciudad está limitada por el lado del Sur por el río Potomac, que vierte sus aguas en la gran bahía de Chesapeake, en el Atlántico.

En los alrededores de la población se encuentran las obras del gran acueducto de Wáshington, construído para el surtido de aguas potables. De sus proporciones puede formarse una idea teniendo presente que el depósito central arroja, en igual espacio de tiempo, doble cantidad de agua que vierte el de Crotón, en Nueva York. El coste de estas obras ha sido de tres millones de dollars. Uno de sus miembros más notables es el puente sobre el arroyo de *Cabin Fhon*, de un solo arco, construído á la altura de 30 metros sobre el fondo del riachuelo, y cuya longitud es de 66 metros.

Trazada la ciudad bajo la idea de una urbanización regular, tiene las calles tiradas á cordel y cortadas en ángulos rectos, como sucede en casi todas las de los Estados Unidos; lo cual, si bien dá grandes facilidades para el movimiento, no deja de perjudicar al buen efecto estético. La rotulación es esencialmente *yankee*. Desígnanse unas calles por letras del alfabeto, y las correspondientes perpendiculares por números, de donde resulta una especie de acotación ó nomenclatura sumamen-

te abreviada. Sólo las grandes vías (*avenues*), que, por punto general, cortan oblicuamente á las calles ordinarias, y que en línea recta también suelen radiar ó confluir en las plazas, son las que llevan nombres propios especiales.

Toda la magnificencia arquitectónica de Wáshington se resume en su famoso Capitolio, en cuya construcción se han gastado ya más de 2.700.000 dollars. Los norte-americanos están muy orgullosos de este monumento, para cuya erección no han perdonado gasto alguno, y en verdad puede decirse que es el más grande y suntuoso de cuantos se han construído en el mundo, á partir del tiempo en que fué comenzado. Los terrenos sobre que asienta su base y los que para su embellecimiento le circundan, ocupan una superficie de 20 hectáreas.

Es verdaderamente imponente y majestuosa esta gallarda construcción, de cualquiera parte que se la mire, completando el efecto la enorme cúpula elíptica, de hierro, de tres pisos ú órdenes, con que remata, y cuyo peso es de 4.000 toneladas. Tiene dicha cúpula, y así se podrá formar una idea más cabal de su grandiosidad, 40 metros de diámetro exterior, 29 de diámetro interior y 68 desde el basamento á la linterna. Este remate mide, á su vez, 15 metros de altura y cinco de diámetro, terminado todo por una esbelta estatua de la libertad, dibujada por Crawford y fundida en bronce, que tiene cinco metros y medio de alto y pesa seis toneladas.

Sólo se conocen tres cúpulas más altas que la del Capitolio en todo el orbe, que son la de San Pedro de Roma, la de San Pablo de Londres y la de los Inválidos de París; esto por lo que hace al orden puramente artístico. En cuanto á los fines sociales ó políticos, no hay nación alguna que haya levantado todavía un monumento tan insigne y colosal, como lo han hecho los norte-americanos con su Capitolio, á la libertad democrática de sus instituciones de Gobierno. Por lo demás, si el edificio se examina con la severidad de medida que pudiera exigir un reconocimiento exclusivamente clásico, tal vez resultara la famosa cúpula demasiado alta con relación al cuerpo del edificio, defecto de que adolecen, por punto general, todos los edificios públicos de los Estados Unidos, especialmente los templos, en los que el afán de singularizarse, y en cierto

modo el de eclipsar á los demás de su clase, ha hecho que los alarifes hayan ejecutado obras verdaderamente desproporcionadas, *alargando* desmesuradamente las torres, campaniles, cúpulas y agujas terminales, con el pueril afán de poder fijar en el texto descriptivo del edificio una cifra muy grande, como expresión de la *altura total* del monumento. Esto, como se ve, habla muy poco en favor del buen gusto artístico de los norte-americanos, y revela, por otro lado, cierta pasión infantil por lo grande, cualquiera que sea la fórmula estética de la representación, que sujeta y subordina la *cantidad* á la *calidad*, carácter propio de los pueblos primitivos y poco conocedores de la misteriosa belleza que da vida al arte.

Tarea muy larga sería la de describir minuciosamente el Capitolio de Wáshington con los diversos departamentos y detalles de decorado que lo embellecen. Hay allí materia para escribir un volumen muy grande, y no entra en mi propósito emprender este laborioso trabajo. Diré sólo, como de pasada, que desde sus ventanas se descubre una preciosísima vista panorámica de la ciudad, que es verdaderamente encantadora. En las salas de sesión del Congreso y Senado, de forma rectangular y relativamente pequeñas, con respecto á las proporciones del edificio, hay tribunas especialmente destinadas á las señoras, donde no falta, entre otras cosas, un soberbio tocador, previsión que hace el elogio de la galantería de los *yankees*, nunca desmentida, cuando se trata de rodear de atenciones y consideración á sus hermosas paisanas. Los asientos de los diputados y senadores están todos al mismo nivel y cada uno tiene delante su correspondiente pupitre con recado de escribir. La biblioteca, toda de hierro, contiene más de 300.000 volúmenes. La imprenta, las salas de descanso, lectura y reunión, las habitaciones de los empleados, todo es espacioso, cómodo, ventilado y todo está provisto del mobiliario que su destino exige, sin que se haya perdonado gasto alguno. El sistema general de calefacción nada deja que desear, y antes bien, hay mucho que aprender allí; sabido como es que los norte-americanos aventajan hoy á todas las naciones del mundo, en esta parte de la construcción y de la higiene, tan importante allí, por los rigores del clima.

El golpe de vista que presenta la gran rotonda central, en filando verticalmente desde su centro el eje de la cúpula hasta el remate interior de la linterna, es de un efecto sorprendente, pudiendo competir con la visualidad, que de igual modo examinada, ofrece la colosal cúpula de San Pablo de Londres. Las paredes de este recinto están adornadas con soberbios candelabros y con grandes cuadros, cuyos asuntos se han tomado de la historia del país. No faltan los que recuerdan las hazañas de Cortés, Soto y Ponce de León; pero si los asuntos están bien escogidos, en cambio la ejecución deja bastante que desear. Sólo añadiré á este propósito que la grandeza del Capitolio exigiría obras de más valor artístico.

El edificio está al cuidado de diversos empleados, pero la entrada es libre, y es fácil, por lo tanto, recorrer su interior cómodamente, sin entorpecimientos ni obstáculos. Ninguna fuerza militar se ve en él, ni hay centinelas por ninguna parte. Esto sucede en todos los edificios públicos del país, siendo muy raro, además, encontrar militares por las calles ni aun en ciudades como Nueva York y otras muy populares, lo cual es motivo de extrañeza para los extranjeros, que como los europeos están tan acostumbrados á ver uniformes y arreos guerreros á todas horas y bajo toda clase de formas.

4. El ejército de los Estados Unidos es relativamente muy exiguo, y las escasas fuerzas de que consta están acantonadas en determinado número de centros y en las plazas y fortificaciones del interior que lindan con los territorios ocupados por los *pieles rojas*, de modo que en la casi totalidad de las poblaciones no hay fuerza alguna militar, como no sean la de voluntarios, relativamente pequeña y la de la policía (*policemen*) á cuyo cuidado está confiado el orden público y la seguridad de los ciudadanos. Este cuerpo, cuyo uniforme no tiene carácter militar esencial, usa sólo como signo de mando y como arma ofensiva y defensiva, un grueso bastón de hierro, que á lo sumo tendrá unos 40 centímetros de largo, notándose con esto el especial cuidado que se ha puesto en revestir á la policía de un marcado aspecto civil, que es más del gusto de los norte-americanos que no el aparato de intimidación que lleva siempre consigo la fuerza militar.

Por lo demás, los agentes de policía son allí respetados hasta el extremo, bastando la presencia de uno sólo de ellos para hacerse obedecer de centenares de personas. Hay que ver á estos funcionarios, cómo en medio de las calles de más movimiento y tránsito, tales como *Broadway* en Nueva York y la de *Market* en Filadelfia, colocados en medio de la vía, hacen parar de cuando en cuando, á una pequeña señal, á las filas de numerosos carruajes que en una y otra dirección por allí discurren, por dar paso á los que van á pie, y cruzan de una á otra boca-calle por el enlosado que marca el punto de tránsito. Conductores, cocheros, todos obedecen mansos y sumisos la voz del *policemen*, sin mostrar la menor impaciencia y sin moverse hasta que aquél da la señal de marcha. Desgraciado del que se atreviese á desobeder la orden del agente. De allí pasaría, sin demora ni excusa alguna, á sufrir un largo arresto y una gruesa multa. Con la policía norte-americana no se juega ni se discute, y esto la alienta hasta el punto de que muchas veces tiene exigencias que pueden calificarse de verdaderos atentados á la libertad individual; pero por todo pasa el *yankee* con tal de que se respete el principio de autoridad, y de que los actos represivos que ésta ejerce redunden en beneficio de la generalidad de las gentes. Recuerdo haber visto á un *policemen* obligar á un conocido mio á que se dirigiese, contra su voluntad, en dirección contraria á la que por cierta calle llevaba, sólo porque una señorita le advirtió que *creía notar* que aquel sujeto seguía sus pasos, si bien no la había importunado ni de palabra ni de obra. En vano quiso protestar el transeunte de tan arbitraria orden; el agente no admitió razones, y fué preciso obedecerle, sopena de incurrir en el consabido arresto y multa, por *desobediencia á la autoridad*. Yo no sé lo que pensarán de esto los *autonomistas* de por acá; pero en aquel país de las tan preconizadas libertades, pasan estas y otras cosas mayores sin protesta de nadie y sin que por ello se crea que se lesionan los *sagrados derechos individuales*, y es que el *yankee* está dotado de un gran sentido práctico y de un espíritu de equidad excelente, por el cual no tiene inconveniente en sacrificar la forma y si se quiere el texto en sí, cuando los fines responden á defender los derechos ra-

cionales de los más, contra los abusos ó las intemperancias de los menos. A esto hay que añadir, como ya he dicho en otro lugar, que allí se guardan toda clase de consideraciones á la mujer, y en casos como el que acabo de referir, para el *police-men* y para todo norte-americano, la mujer tiene siempre razón, y á ella es á la que hay que atender en primer término, porque «donde hay patrón no manda marinero,» y por lo visto las mujeres manejan allí el gobernalle. Véase sino á los mismos *policemen* cómo le dan la preferencia en todo y cómo con cariño casi paternal le pasan el brazo por el cuerpo muy bonitamente (¡ah pícaros! ¡cuántas y cuán gentiles mozas abrazan al cabo del día!) para ayudarlas á atravesar las calles y protegerlas contra los empellones de los viandantes y los tropezones de los vehículos. Lo mismo hacen los conductores de los tramvías cuando las señoras suben ó bajan del carruaje, auxilio que reciben éstas como homenaje que les es debido y sin hacer la menor demostración de gratitud, así como á su vez los *cavalieri sirventi* les prestan su ayuda y cuidado inocentemente, sin creer ni por asomo que puedan pecar de officiosos, y sin extremar su obsequio por móviles concupiscentes, como pudiera creerse tal vez, dado este ir y venir de frecuentes contactos, que por acá al menos, tienen algunos por más dulces, que la miel.

5. Como satélites que giran alrededor de un esplendente astro, así se destacan en diferentes puntos de la ciudad, á corta distancia del Capitolio, diversos edificios de carácter monumental, á cual más grandes y bellos, destinados todos á los distintos servicios que exige el Gobierno de la Nación. Descuellan, entre otros, la *Tesorería* ó Ministerio de Hacienda, con su admirable departamento de imprenta para los billetes y su galería fotográfica; el edificio, no concluído todavía, que se destina á los Ministerios de Estado, Guerra y Marina, y que será el mayor de todos después del Capitolio; la Casa de Correos, construída de mármol blanco, y en la que merece fijar la atención el departamento destinado á recoger las cartas mal dirigidas ó faltas de Dirección (1); el Ministerio del Inte-

(1) Estas cartas se abren y son devueltas á los remitentes cuando puede

rior con el Museo y Dirección de Privilegios de invención ó patentes, en el que existe la Dirección de Terrenos públicos, el negociado de Indias, los innumerables modelos de todas las invenciones mecánicas registradas hasta el día, algunos objetos del General Wáshington, la Dirección de Instrucción pública y otras dependencias; el departamento de Agricultura con un soberbio museo, biblioteca, terrenos para ensayos de cultivos, estufas y otras secciones muy interesantes; la *Oficina de señales*, soberbio observatorio meteorológico, que puesto en comunicación telegráfica diaria con todos los demás del país, publica todos los días un estado de observaciones en un mapa meteorológico, diario también, que se distribuye profusamente por toda la Nación (llama la atención en este centro un modelo, en gran escala, de la tierra y su *atmósfera*, distinguida por *curvas de altitud*, y otro modelo de la atmósfera terrestre en el que están representadas las nubes); el famoso *Instituto Smithsonian*, ó sea la Academia de Ciencias de los Estados Unidos, cuya imponente construcción, de estilo lombardo, con sus diversos pabellones y sus nuevas torres de alturas diversas, tiene un aspecto extraño y un tanto religioso, y en cuyas salas está el Museo de historia natural, que rivaliza con los mejores del mundo y es el más completo de cuantos representan la flora, fauna y gea de la América del Norte; el arsenal, el Museo de artillería, la Armería, la Imprenta nacional y tantos y tantos otros edificios como han levantado con su notoria diligencia y fastuosidad los diferentes Gobiernos que han regido los destinos de tan gran pueblo.

No hay estoicismo que resista á la impresión que causa aquel dédalo de grandiosas construcciones, cuando volviendo la vista al libro de la historia, se recuerda que todo es obra de la actividad desarrollada en el trascurso de un período de cien años ¡una hora en la vida de las naciones! y que aún no hace dos siglos vivían allí, en medio de su sencillez salvaje, las tribus indias, que la civilización *yankee* ha ido repeliendo hacia el interior.

deducirse este dato de su contenido. Las que contienen retratos ú objetos de valor se archivan, y aquéllas cuyos interesados, remitentes ó destinatarios no pueden conocerse, se queman.

6. Después de admirar tanta grandeza, la vista reposa tranquila y el ánimo serena su febril excitación, al contemplar la sencillez relativa de la famosa *Casa blanca*, residencia oficial y privada del Presidente de la República, donde con modestia verdaderamente espartana, vive aquel alto magistrado, para quien son desconocidos los halagos y también las molestias de la etiqueta ceremoniosa y deslumbradora de las grandes cortes europeas. Las servidumbres pomposas de toda clase de jerarquías y órdenes; las nubes de parásitos adúladores que pululan en los alcázares europeos; los suntuosos trajes y toda clase, en fin, de exterioridades fantásticas con que las viejas Monarquías quieren conservar su influjo tradicional, ocultando la pequeñez de la naturaleza humana, son allí del todo desconocidas. El Jefe Supremo del Estado goza en los Estados Unidos de una modesta asignación de 25.000 dollars anuales, y el país consideraría como colmo del escándolo y despilfarro el destinar á los alardes de la vanidad y del lujo las crecidas sumas que los monarcas europeos derrochan por aquellos conceptos, desatendiendo las verdaderas necesidades del país.

El día primero de año hay una recepción general y pública en la *Casa blanca*, cuyas puertas se abren de par en par á todos los ciudadanos, que acuden afanosos, no pocos con sus esposas é hijos, á estrechar la mano del Jefe del Estado, saludándole con el clásico *Happy New Year*. En este acto de verdadera sencillez y sinceridad primitivas, la etiqueta no ejerce tiranía alguna. El sexo, la edad, ni el traje están sujetos á restricciones. Reina allí la libertad más completa, y el pueblo mantiene con verdadero delirio esta costumbre esencialmente democrática, que tan bien se armoniza con el carácter liberal de su educación política.

Antes de abandonar á Wáshington, el viajero que estime en algo los recuerdos históricos de aquella nación no puede prescindir de la visita á *Mount Vernon*, donde descansan los venerandos restos del libertador del país; el ínclito General Wáshington y los de su modesta y virtuosa esposa Marta. No hay que buscar en este sitio signo alguno de fastuosidad ni grandeza materiales. Tanto la casa que allí existe morada

del valeroso soldado, cuanto los sarcófagos que guardan sus restos y los de su esposa, contruídos de humilde ladrillo y circundados de una sencilla verja de hierro, son de una modestia extraordinaria, trayendo á la memoria el sitio en que, de semejante modo, se guardan las cenizas de Benjamín y Deborah Franklin, en Filadelfia. *Mount Vernon*, sin embargo, reúne todos los atractivos que puedan apetecerse, por su aislamiento de toda población, por la rusticidad del terreno, por las formas del suelo y por la vegetación arbórea que lo adorna. La grandeza del artificio está sustituida allí por los encantos de la naturaleza, dignos compañeros en aquella imponente soledad de las virtudes y excelsas cualidades del heroico ciudadano cuya tumba embellecen.

Mount Vernon, propiedad hoy de una sociedad de señoras —*The Woman's, Mount Vernon Association*,—se sostiene con una parte del producto de las cuotas que pagan los viajeros al trasladarse desde Wáshington á este sitio, distante poco más de 22 kilómetros. La vía natural y ordinaria es la fluvial del Potomac.

En la morada ó casa en que vivió el General se conservan la llave de la Bastilla, regalada por Lafayette, algunos muebles, retratos de familia, instrumentos de música y otras venerandas reliquias que pertenecieron á aquel modelo de patricios, «el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos.» El aposento que ocupó Lafayette y el que ocupaba el General cuando tuvo lugar su muerte (14 diciembre de 1799), están abiertos al público.

Al retirarse el visitante, descúbrese respetuosamente, y por última vez, ante los restos de aquel apóstol y soldado de la independencia nacional, y se aleja, llena la mente de ideas generosas y el corazón de emociones profundas, repitiendo sin cesar aquella sublime frase que á cada instante se escapa de los labios de los norte americanos: «Wáshington vivió para su país.»—«*He lived for his Country*» (1).

(1) En el momento en que esto escribo leo en *La Correspondencia de Es-*

pañá, del 26 de diciembre de 1883, lo que sigue: «En breve se inaugurará el monumento más elevado del mundo. Es un obelisco de mármol blanco, que se levanta á orillas del Potomac, en honor á Wáshington. Reposa sobre un pedestal cuadrado, cada uno de cuyos lados mide 55 pies de largo, y cuya altura total alcanza á 555 pies.

Hasta hoy, el edificio que destacaba más altura era la catedral de Strasburgo, que tiene 473; después, el gran San Pedro del Vaticano de Roma, con 430, y en pos de ésta se halla San Esteban, de Viena, con 443» (?).

Reduciendo las anteriores cifras á medida métrica, resulta que el monumento norte-americano, de 166 metros de elevación, sobrepujará en 24 metros la altura de la catedral de Strasburgo, y en 37 la de San Pedro, de Roma. ¡Siempre la incorregible manía de hacer y poseer lo más grande! ¡Siempre persiguiendo estos norte-americanos, como síntesis de sus ideales, la *enormidad de la medida!*

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

(*Se continuará.*)





DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861.

Continuación (1).

7. Parte el *Authión*.

Me hacen saber de tierra que una diputación de algunos miembros del Municipio y de la Guardia nacional han marchado para invitar al General Garibaldi á trasladarse sin tardanza á Nápoles, en donde todos le esperan con ardiente deseo.

Me refieren también que el Ministro Liborio Romano le tenía escrito desde ayer en estos términos:

«Nápoles espera con ansiedad al invencible dictador de las Dos Sicilias, y le confía sus destinos.»

Se me anuncia al Conde Trecchi, uno de los Ayudantes de Campo del General Garibaldi, y una también de mis buenas relaciones. Me comunica que el General llegará en este día. —¿Con qué fuerzas?—le pregunto.—Sólo con su Estado Mayor—responde.—Tiene la fortuna consigo—le repito,—por lo cual todo le saldrá bien; mas para todo evento, dígame que cuente con mi franco apoyo, y que en los varios puntos

(1) Véase la pág. 316 de este tomo.

de embarcó de la ciudad hallará siempre una de nuestras lanchas á su disposición, ora para traerme avisos cuando sea menester, ora para servirse de ella á su grado para otro objeto. Ordeno lo correspondiente, seguro de que mi jefe de Estado Mayor lo dispondrá todo á conciencia, sin despertar sospechas antes de tiempo.

Entretanto, se ha agitado en tierra la cuestión de si ha llegado el caso de constituir un Gobierno provisional, para conferirle la dictadura al General Garibaldi, ó si se debe esperar que éste la tome por sí. Hay sobre este punto divergencia de pareceres entre los dos comités; pero habiendo escrito el General mismo que él deseaba el acuerdo entre los partidos, como base de fuerza, cesaron las desavenencias, y de concierto con el General Frappolli y con el coronel Trecchi, enviados por Garibaldi, se expidió el siguiente decreto:

«ITALIA Y VÍCTOR MANUEL.

En nombre del General dictador, y hasta el momento de su llegada á la capital, los que suscriben, invitados al objeto, se constituyen en Gobierno provisional de Nápoles, tanto para guardar el orden público, cuanto para hacer más patente la voluntad del país.

Nápoles 7 de setiembre de 1860, á las once de la mañana.— Firmados: J. RICHARDI.— JOSÉ LIBERTINI.— FELIPE AGRESI.— CAMILO CARACCILO.— ANDRÉS COLONNA.— RAFAEL CONFORTI.— JOSÉ PISANELLI.»

Quisiera trasladarme á tierra; mas, pudiendo llegar el General de un momento á otro, juzgo mejor no moverme, para estar más á tiempo de ordenarlo todo á su objeto, según las ocurrencias lo reclamen.

Regresa el *Authion* con nuestro Ministro á bordo.

Tengo nuevas poco satisfactorias sobre la marcha política que se propone seguir el General Garibaldi. Me aseguran que, mal aconsejado por Bertani, está más resuelto que nunca á no detenerse sino en Roma, y proclamar allí á Víctor Manuel Rey de Italia. Se me añade que el General había estado á punto de enviar su asentimiento al prodictador Depretis para la anexión de la Sicilia á las provincias italianas, ya reunidas

bajo la misma bandera; pero que á lo mejor, Bertani le disuadió de ello.

Me apresuro á telegrafiarle todo esto al Conde de Cavour para su gobierno, conociéndole yo lo bastante, para estar seguro de que no se alarmará por ello, sino que encontrará el medio de prevenir todos los males.

Entretanto, los movimientos de las tropas nuestras en las Marcas les quitan á las borbónicas el refuerzo de Lamoricière, que no es poco. La razón persuadirá después al General de la imposibilidad de darle curso á su propósito, por más alto y generoso que pueda juzgarse. Por mi parte, estoy seguro de él. Que Bertani esté alucinado por la idea republicana, vaya en gracia; pero lo que me sorprende sobremanera es que, hallándose dotado de entendimiento no común, no vea que el avanzar contra Roma nos haría retroceder diez años á lo menos en nuestra unificación é independencia nacional, si es que no producía más bien la ruina de esa Italia, para él tan predilecta. Me parece imposible que un hombre de tal elevación no quiera persuadirse de que el entusiasmo de las poblaciones y los voluntarios á millares, son cosas buenísimas, pero que no valen á carrera larga contra las tropas regulares; y sin embargo, la historia está ahí para enseñárnoslo en todas sus páginas. ¿Dónde encontrar mayor entusiasmo, mayor número de voluntarios y más amor y orgullo nacional, que en España en 1806? Pues no hay más que leer las páginas de la historia de aquella época, para ver lo que pudieron contra fuerzas regulares, aun diez y veinte veces menores en número que ellos. Pero dejemos esta digresión; que mal se convence quien no quiere convencerse por espíritu de parcialidad; y no traspaemos los límites que me he prefijado y que son propios de un diario.

Visito al Almirante Mundy, y sé por él que ayer noche tenía el Almirante francés el propósito de desembarcar tropas para proteger á los súbditos de su nación, á su Ministro y á su consulado, y que había querido hacerlo sin previo aviso al poder de Nápoles; solamente que, habiendo recibido el inglés invitación para tomar parte en aquella medida, sin darle respuesta negativa, se había creído, sin embargo, en el deber de

observar que aquella operación sería un paso inconsiderado, si la ejecutaba del modo que la proponía; es decir, sin prevenirle antes lo más mínimo á la autoridad residente en Nápoles, y constituída legalmente por decreto real; además de que, puesta en ejecución de noche, podría llevarle á una colisión con la población y con las tropas: que por tanto, él enviaba á tierra, por lo pronto, á su capitán de bandera, para que informase á quien era debido: que si por acaso surgieren en la ciudad desórdenes alarmantes, él y el Almirante francés enviarían á tierra sus destacamentos de desembarco, para proteger á sus Ministros y á sus propios compatriotas, aunque estaba seguro de que la autoridad mantendría el orden, y evitaría con esto la necesidad de aquella operación. Me añadió, además, que había obrado de este modo, para evitar hasta las apariencias de una intervención, que él juzgaba enteramente inoportuna.

Este proceder del Almirante Mundy me acaba de confirmar en la alta idea que tengo de su tacto político.

Hacia el medio día de hoy, el Gobierno provisional, teniendo noticias de que el General Garibaldi se encuentra á las puertas de Nápoles, decreta al punto:

«El General José Garibaldi es proclamado dictador del reino.

Nápoles 7 de setiembre de 1860.»

El Ministerio que Francisco II ha dejado en el poder y para el gobierno de la ciudad se mantiene ajeno á cuanto sucede en contra de la autoridad que se le ha conferido: algunos de los Ministros, la mayoría, se han retirado. En semejante ausencia de toda acción, el Ministro Liborio Romano toma sobre sí toda la responsabilidad de las circunstancias, y se dirige al General dictador en esta forma:

«Al General Garibaldi, *dictador de las Dos Sicilias*.

Sr. General:

Veis enfrente de vos un Ministerio, que recibió el poder de Francisco II. Nosotros le aceptamos como un sacrificio debido á la patria. Le aceptamos en momentos difícilísimos, cuando el pensamiento de la unidad de Italia bajo el cetro de Víctor Manuel, que ya agitaba á los napolitanos mucho tiempo

hacía, sostenido por vuestra espada y proclamado en la vecina Sicilia, se había hecho omnipotente; cuando toda confianza entre Gobierno y gobernados había desaparecido; cuando los antiguos recelos y odios comprimidos habíanse hecho más notorios merced á las nuevas franquicias constitucionales; cuando el país estaba fuertemente conmovido por graves temores de nueva y violenta reacción. En tales condiciones aceptamos el poder para mantener la tranquilidad pública y preservar al Estado de la anarquía y de la guerra civil. Todos nuestros cuidados dirigiéronse á tal fin; y el país ha comprendido nuestra divisa y sabido apreciar nuestros esfuerzos. La confianza de nuestros conciudadanos jamás nos ha faltado, y debemos á su eficaz cooperación el que entre tantas iras de partido se haya mantenido esta ciudad libre de violencias y desastres.

General: todas las poblaciones del reino, ya con abierta insurrección, ya por la prensa, ya por otras manifestaciones, han revelado su voto de un modo evidente: quieren ellas también formar parte de la gran patria italiana bajo el cetro constitucional de Víctor Manuel. Vos sois, General, el símbolo más sublime de este voto y de este pensamiento, por lo cual todas las miradas vuélvense hacia vos y todas las esperanzas en vos reposan.

Y nosotros, depositarios del poder, ciudadanos é italianos también, le trasmitimos confiadamente á vuestras manos, seguros de que le mantendréis con vigor y conduciréis sabiamente este país al noble fin que os habéis propuesto, el cual va escrito en vuestras victoriosas banderas y en el corazón de todos: ITALIA Y VÍCTOR MANUEL.»

Ya el General Garibaldi había dirigido á los napolitanos la siguiente proclama fechada en Salerno:

«A la querida población de Nápoles.

Hijo del pueblo, me presento con verdadero respeto y amor á este noble é imponente centro de población italiana, al cual muchos siglos de despotismo no han podido humillar ni reducirle á doblar la rodilla ante la tiranía.

La primera necesidad de Italia era la concordia para alcanzar la unidad de la gran familia italiana: hoy la Providencia ha producido la concordia con la sublime unanimidad de todas las provincias para la reconstitución nacional, y para la unidad ella le dió á nuestro país á Víctor Manuel, á quien desde este momento podemos llamar el verdadero padre de la patria italiana.

Víctor Manuel, modelo de Soberanos, les inculcará á sus descendientes sus deberes tocante á la prosperidad de un pueblo que con frenética adhesión le eligió para acaudillarle.

Los sacerdotes italianos, concedores de su misión, tienen como garantía del respeto con que serán tratados, el arrojo, el patriotismo, la actitud verdaderamente cristiana de los muchos hermanos suyos, que desde los beneméritos monjes de la Gancia hasta los generosos sacerdotes del continente napolitano, hemos visto á la cabeza de nuestros soldados desafiar los mayores peligros de las batallas. Lo repito: la concordia es la primera necesidad de Italia; y nosotros acogeremos como á hermanos á los que disintiendo antes de nosotros, quieran ahora sinceramente llevar su piedra al edificio de la patria. En fin, respetando la casa ajena, nosotros queremos ser dueños en la nuestra, plazca ó no plazca á los prepotentes de la tierra.

Salerno, 7 de setiembre por la mañana, 1860.—J. GARIBALDI.»

Poco antes del mediodía, el General Garibaldi, viniendo de Salerno por la vía férrea, acompañado solamente de su Estado Mayor y del General Cosenz, recibido en la estación por el Ministro Liborio Romano, entraba en la ciudad saludado con aclamaciones verdaderamente frenéticas por la población apiñada á su tránsito. No escuché más que un grito: VIVA ITALIA UNA.—VIVA VÍCTOR MANUEL.—VIVA GARIBALDI.

El entusiasmo estaba en su colmo, maravilloso, imponente.

Las tropas permanecían quietas, estupefactas, sobreco-gidas.

El General, tranquilo y con semblante sereno, marchaba seguro en medio de aquel pueblo, al cual se había confiado sin precaución de ninguna clase.—No quiso entrar en el palacio real y se dirigió al de la *Foresteria*; y asomándose al balcón dijo á la multitud recalcada en la plaza palabras que fueron aceptadas y aplaudidas hasta el delirio.

Con estos informes, recibidos del teniente de navío Giribaldi, primer oficial del Estado Mayor de la división, en cuya sagacidad podía yo tener confianza segura y al que había enviado á tierra con algunos oficiales subalternos, para que por medio de ellos me diera aviso de cualquiera suceso que pudiera reclamar la intervención de la división de mi mando, y habiendo oído que la Guardia nacional mantenía una actitud

digna, para conservar el orden y hacerle guardia al general, pensé que no debía ya retardar más el ir yo mismo de grande uniforme á rendir homenaje al invicto General y á persuadir así también al pueblo de que estaba pronto, con las fuerzas dependientes de mí, á sostener al dictador, el cual confiado plenamente en el patriotismo de los napolitanos, había entrado solo en la ciudad dominada por fortalezas, en que todavía se hallaban tropas borbónicas.

El General dictador, que encuentro se ha alojado en el palacio de *Angrì*, me recibe con la acostumbrada benevolencia y nos abrazamos de corazón. Súbito me dice que debía tener el mando de todas las fuerzas marítimas del reino, y sin más dicta en mi presencia el siguiente decreto, que me da con su propia mano.

«NÁPOLES 7 de setiembre de 1860.

El dictador decreta:

Todos los bastimentos de guerra y mercantes perteneciente al Estado de las Dos Sicilias, arsenales y materiales de marina, son agregados á la escuadra del Rey Víctor Manuel, mandada por el Almirante Persano.—J. GARIBALDI.»

En seguida á petición mía llama de nuevo al servicio activo á los oficiales napolitanos de marina dimisionarios, decretando con fecha de hoy cuanto sigue:

«El capitán de navío Vacca, el capitán de navío Barone, el capitán de fragata Vittagliano, son confirmados en su grado, así como todos los oficiales de marina, que hicieron sus dimisiones por servir á la causa italiana.—J. GARIBALDI.»

Le reitero mi adhesión y mi afecto. Díceme que se proponía detenerse poco en Nápoles, pues quería continuar adelante y librar á Italia de todo extranjero. Dios sabe si el hacer á Italia enteramente libre no es mi voto y el de todo sincero italiano; pero tal idea suya me hace temblar por las consecuencias que puede traer consigo. Dígole, por tanto: «Ahora General, la nacionalidad italiana está constituida; ¿por qué hemos de arriesgarla, en vez de atender á consolidarla?—Cabalmente para consolidarla, responde, es menester no detenerse; que no hay nación, cuando gente extranjera tiene el pie dentro del país.—Ciertamente que sí, y mil veces estoy de

acuerdo con vos; pero el momento no es oportuno, la cuestión es ésta, General.—Sí que es oportuno... ya veis, si nos hubiéramos dejado entretener con tales bagatelas, no estaríamos aquí, Almirante mío.» ¿Cómo decirle que no?—Pero de todos modos en nuestro caso es conducta por demás aventurada, y por tanto debe rechazarse,—estuve por decirle; solamente que, hallándole resuelto en su propósito, no le contradije más, y le dejé entregado á sus graves tareas, confiando en que la reflexión acabaría por apartarle de aquel intento (1).

(1) A propósito de aquella conversación mía con el victorioso General, no puedo ahora, cuando corre ya el año de 1869, abstenerme de aducir (por más que sea conocida) la muy extensa carta que más tarde le dirigió la clara inteligencia de Bianchi-Giovini, nada sospechoso, por cierto, de partidario tibio, tocante al propósito ya divulgado de seguir adelante hasta el Capitolio; y lo hago porque á mi ver aun en los días presentes es documento harto oportuno. Héla, pues, aquí:

«Estimadísimo General:

Si bien nuestras relaciones han sido bastante escasas, como las simpatías que nos ligan son tan vivas y fuertes, permitid que os escriba estos pocos renglones, que deseo puedan producir algún buen resultado.

Dejo á un lado los cumplimientos; dejo á un lado también el repetir los epítetos de esforzado, valeroso, ilustre, porque vuestros hechos pertenecen á la historia, que los registrará en páginas inmortales. Voy en derechura al asunto.

Sabéis que yo no pertenezco á la raza presupuestívora, que todo cuanto procedía del Ministerio lo encontraba hermoso y bueno; debéis saber igualmente que desde el punto en que partisteis para la expedición de Sicilia me puse en oposición al Ministerio, cabalmente porque yo desaprobaba su incierto é inseguro proceder; por consiguiente, con aquella misma independencia y libertad con que he redargüido los yerros del Conde de Cavour, creo poder redargüir también los vuestros. Y en verdad, General, es un error inmenso, una contradicción con vuestros mismos principios, la excisión sobrevinida entre vos y el primer Ministro del Rey. Ciertamente no es vuestra la culpa; pero sí el error de haber prestado oídos demasiado fáciles á personas, para quienes debierais haberlos cerrado inexorablemente. ¿Quiénes son esos funestos consejeros? Son gente que envidia la felicidad de Italia, que sin su ayuda se ha redimido de sus enemigos. Son soñadores de una república imposible, tanto en la teoría como en la práctica, y que para realizar su utopía no tendrían el más mínimo escrúpulo en sumergir á Italia en las antiguas miserias; son aquellos mismos que gritaban: antes el Austria que el Piamonte. Y vos, General, ¿daríais la mano á estos parricidas? Vos decís, ú os hacen decir,

El dictador disuelve el Gobierno provisional y constituye el Ministerio, nombrando:

Al Sr. Liborio Romano, Ministro del Interior.

Al General Enrique Cosenz, encargado del departamento de la Guerra.

Al abogado José Pisanelli, encargado del departamento de la Justicia.

Al director de Hacienda Sr. Carlos Decesare, y al del Interior, Sr. Miguel Giacchi, confirmados en su puesto.

—queremos una Italia sin municipalismo y no *impiamontesada*.—Esto mismo ya lo dije yo mucho antes que ellos; y no me retracto: pero en política, lo absoluto es absurdo. En efecto, nosotros debemos querer una Italia italiana y no piamontesa; pero á eso no se puede llegar de un salto. El Piamonte le ha prestado el principal impulso al gran trabajo de la independencia italiana; y no se puede hacer que desaparezca de un golpe y con un rasgo de pluma; así como por querer una Italia sin municipalismo no se puede hacer que desaparezcan, así de improviso, las memorias, las tradiciones, que constituyen la educación práctica política de las diversas poblaciones italianas. Para lograr el éxito es menester la acción del tiempo, y de un tiempo todavía largo, á fin de hacer desaparecer esas características diferencias. La nación francesa es la nación más compacta de Europa; pero los que conocen su historia saben cuánto tiempo duraron las antipatías entre la Francia meridional y la del centro. Lo primero que hay que hacer, para conseguir una Italia enteramente italiana y sin municipalismo, es que desaparezcan los dialectos municipales, sustituyendo por donde quiera la lengua nacional. ¿Y cómo vuestros utopistas hablan con tal resolución de querer una Italia sin municipalismo, mientras que los dialectos municipales están en todo su vigor, así en Sicilia como en Lombardía y en otros puntos? Lo más donoso es que el dialecto municipal que en estos años ha sufrido mayores modificaciones, es cabalmente el piamontés; de manera que sería menester decir que el Piamonte se ha hecho más italiano que otras partes de Italia. No negamos que el Piamonte posea malas instituciones administrativas, las cuales no merecen ser trasplantadas allí en donde por ventura pueda haberlas mejores. Para *impiamontesar* á la Italia sería menester que el Piamonte constituyera por sí solo una mitad por lo menos de la población italiana; pero esto no es así. El antiguo Estado sardo, aunque en él se quiera comprender la Saboya y Niza, y comprendiendo en él también la Liguria y la Cerdeña, que no son, propiamente hablando, provincias piamontesas, no forma sino la quinta parte de la población de la Italia unida, y el Piamonte, propiamente dicho, la séptima parte.

En un Parlamento nacional se encontraría, pues, el elemento sardo respecto del elemento italiano en la proporción de 1 á 5, y el elemento piamontés en la de 1 á 7. Ahora bien; no puede creerse que semejante minoría logre impo-

Al teniente coronel Guillermo Sauget, director del departamento de la Guerra, á las órdenes del General Cosenz.

Vuelvo á entrar á bordo, para disponer lo necesario según mi nuevo cargo. Telegrafí todos estos acontecimientos á S. E. el Conde de Gavour, y le manifiesto la necesidad que tengo de conservar á mi disposición las tropas nuestras.

Entretanto, apenas informado S. E. de que el General Garibaldi había entrado en Nápoles, me ordena por telégrafo cuanto sigue:

ner su voluntad á la mayoría, y ya á estas horas la mayoría del Ministerio no es piemontesa; y si la voluntad del piemontés Cavour prevalece sobre los demás, hay que atribuirlo á la superioridad de su genio. ¿Pero quién puede aseverar que entre la muchedumbre de tantos italianos, cuyos nombres yacen ahora ignorados, no haya más de uno que tenga tan grandes ó mayores talentos que Camilo Cavour? La ocasión hace á los hombres; y sin la guerra de Oriente y el Congreso de París, Camilo Cavour habría quedado nada más que al nivel de un Ministro de Hacienda bastante mediano. Demos, pues, tiempo al tiempo y á la ocasión, para que saquen de la oscuridad ingenios hoy sepultados en el olvido.

Con gran placer he visto desmentir la carta que se decía le habíais escrito al Rey, para pedirle la dimisión de Cavour y de Farini. Por muchas quejas que podáis tener de estos dos Ministros, una carta de aquel tenor, si hubiera existido, nos conduciría nada menos que á los tiempos en que el vándalo Stilicon y el godo Guinas le pedían al débil Emperador de Oriente Arcadio la cabeza de su Ministro Eutropio. Pero me disgustó el leer después en los papeles públicos vuestra carta al abogado Brusco, en la cual declaráis sin rodeos vuestra enemistad irreconciliable contra el Conde de Cavour, á quien acusáis de haber envilecido la nación, cediendo al extranjero una provincia italiana, así como vuestras extrañas proclamas, que casi equivalen á una declaración de guerra á la Francia.

Queréis la unidad italiana con Víctor Manuel, Rey de Italia; y comenzáis esta unión poniéndoos en desacuerdo con los Ministros de Víctor Manuel; y los motivos de este desacuerdo los hacéis consistir, no en diferencia de miras políticas sobre aquello que deba hacerse en Italia, sino en diferencias sobre aquello que ha sido ya hecho y que no se puede deshacer: convenid, General, en que el motivo es discretamente irracional. Dos años hace que tuvieron lugar las conferencias de Plombières; el asunto positivo de aquellas conferencias quedó como un misterio para todos, hasta para el Austria, que era la más interesada en descubrirle; pero después de la guerra comenzaron las nubes á disiparse y se vino á saber lo que primero se suponía, que la Francia nos había ayudado en una guerra contra el Austria, pero á condición de que le fuesen cedidos la Saboya y el condado de Niza. Ahora supongamos, General, que el

«Si se le piden tropas para ocupar las fortalezas suministre los tiradores y trataré de enviarle otros. Obtenga de ese Gobierno provisional el mayor número de buques de guerra que pueda napolitanos, para formar parte de su escuadra, los cuales llevará consigo en la expedición consabida. Deje los demás bajo el mando de un oficial seguro; y en unión del Marqués de Villamarina vea de hacer embarcar en estos últimos tropas napolitanas, para trasportarlas aquí, á fin de enviarlas á defender nuestras fronteras por el lado de Austria. Su partida para el Adriático está siempre señalada para el día 10 del corriente.—C. CAVOUR.»

Ministro de Víctor Manuel, en vez de ser Camilo Cavour, hubierais sido vos; que vos hubierais intervenido en Plombières; que el Emperador de los franceses os hubiera tomado por su cuenta y dicho confidencialmente: «¿qué, General, hacemos esta guerra al Austria? Sólo no podéis hacerla; pero si queréis, yo os ayudaré con todas las fuerzas de mi Imperio; y arrojaremos al Austria fuera de Italia: todo trabajo merece premio; y yo no puedo arrastrar la Francia á un enorme sacrificio de sangre y dinero, sin procurarle alguna ventaja; os pido poco; me cederéis la Saboya y el condado de Niza.» Aunque se tratara de ceder vuestra patria nativa, ¿habríais vacilado vos en este contrato? Yo creo que no. Y si hubierais rehusado, la historia habría registrado este error inmenso; y las futuras generaciones italianas, que gimieran bajo el yugo extranjero, ó bajo la nacional tiranía, habrían lanzado sobre vos la acusación inmortal de una traición. Tal vez diréis que no es la cesión en sí misma, sino el modo de hacerla, lo que os duele; pero ¿á qué disputar sobre formas, cuando se está de acuerdo en lo sustancial? Poco importa cómo se haya hecho una cosa; basta el saber, que era necesario hacerla y que fué útil para la Italia el haberla hecho.

Si todavía me dijerais, que Napoleón III no cumplió el programa entero, cuyo precio debía ser la cesión de Saboya y de Niza, yo os preguntaré, General, ¿bajo cuál égida habéis ido á Sicilia, y desde allí á Nápoles? Si Napoleón III no hubiera interpuesto entre el Austria y la Italia aquella barra de hierro, á que dió el nombre de *no intervención*, jamás habríais vos podido dar un paso; y las Dos Sicilias estarían aún bajo el yugo borbónico, y á Florencia habrían vuelto acaso los loreneses. Si me opusierais que la *no intervención* no es debida solamente á Francia, sino también á Inglaterra, permitid que yo os responda, que si el Austria hubiese querido violar la *no intervención*, la Inglaterra no tenía para impedirlo, sino palabras ó protestas, que no le habrían hecho ni bien ni mal á nadie; mientras que el Emperador de los franceses sabe hacer respetar su voluntad con trescientos mil hombres sobre las armas; y la posición misma que ha tomado sobre los Alpes es una amenaza para el Austria. La acusación, pues, de que Cavour ha envilecido á la nación es insubsistente; él no hizo sino aquello que no podía evitar; hizo más aún, porque burló un pacto relativo á la Toscana, de lo cual debían estarle espe-

Está bien.

Doy orden á mi jefe de Estado Mayor, para que disponga que la flota napolitana enarbole nuestra bandera, y sea saludada con 21 cañonazos al son de la marcha real por todos los buques de guerra italianos.

Reconociendo que la táctica naval y el libro de señales de la marina napolitana corresponden mejor á su objeto que los nuestros, ordeno que se haga uso de los mismos; y otro tanto dispongo también respecto del fraseario marineresco del vo-

cialmente agradecidos los unitarios rigoristas. Nosotros no hemos aprobado nunca la cesión de Niza, la cual probablemente se podría haber excusado: decimos *probablemente*, porque el problema permanecerá insoluble, hasta tanto que no se conozcan las piezas del proceso.

Pero sea de ello lo que quiera, ¿qué vale Niza en comparación de toda Italia? ¿qué vale Niza enfrente del inmenso apoyo que nos ha dado la Francia y de la incalculable ventaja que de él hemos recabado? ¿Creéis vos, General, que sin ese apoyo habríais podido ejecutar las hazañas, que os dieron tanta celebridad? ¿Creéis vos que os habrían bastado las siete bendiciones del profeta Mazzini ó las vocinglerías de sus fanáticos apóstoles?

En cuanto al guante de desafío que le arrojáis á la Francia, perdonad, General; esta es una *donquijotada* que, si sería propia en las proclamas de Mazzini, es enteramente indigna de vos. No ignoráis que la Francia es poderosa y que son los franceses soldados, que no se dejan en modo alguno espantar con las baquetas. Hállanse ahora en Roma doce mil franceses, y si éstos no bastaren, el Emperador enviará el doble, el triple, en suma, cuantos sean necesarios á mantener inconcusa su voluntad. El resultado final será que no tendréis á Roma por fuerza y comprometeréis seriamente á la Italia por dejaros llevar de los caprichos de cabezas inconsideradas. El Gobierno de Víctor Manuel no puede permitir este atentado; debe necesariamente oponerse á él, aun por interés nacional, con lo cual podríais también correr el riesgo de provocar una guerra civil, cuya culpa sería enteramente vuestra.

Hablemos claros, General; si sobreviniere la dura necesidad de un conflicto entre vos y Cavour, que se debiera decidir por las armas, ¿de qué lado creéis vos que se declararía la opinión pública? Grande es vuestra fama; pero fué precedida de la de Cavour, de la cual surgió también la vuestra. Con razón ó sin ella los lombardos, los italianos del centro y los toscanos le consideran como el verdadero iniciador de la independencia. Los venetos tienen fijadas sus miradas en vos, pero más aún en él; el Austria le considera como su capital enemigo, mientras á vos no os considera nada más que como un General afortunado, que puede ser vencido por otro afortunado General ó por preponderancia de fuerza. Cavour está acreditado á la faz de los Gobiernos extranjeros, y vos no figuráis sino en segunda línea. No ignoráis cuán desacreditado

cabulario de marina de Parrilli, al cual se atiende la marina napolitana; dado que este es más italiano que el nuestro, como precioso trabajo de aquel docto ingenio. Hago esto, no solamente con el intento de valernos de lo mejor, sino también para probar con hechos, que nos proponemos ser italianos y no piemonteses, seguro de obtener la aprobación del Ministro de la Marina, dado que tal ha sido siempre el sentido de sus instrucciones.

Un poco antes de la puesta del sol, la flota napolitana

está á los ojos de esos Gobiernos el partido de los mazzinianos, y este descrédito recaería también sobre vos, si tuvierais la desgracia de arrojaros en brazos de ese partido. La misma Italia os vituperaría; vuestra gloria se vería ofuscada; y el ahora tan celebrado Garibaldi caería vilmente en el olvido. Pensad, General, en estas cosas: para Mazzini los Gobiernos extranjeros, la diplomacia, los ejércitos de fuera, y hasta los cañones, no son sino sofismas, que se destruyen con el poderoso talismán de la palabra *derecho*. Tales extravagancias son explicables en un hombre, que jamás hizo sino soñar; pero son incompatibles con vos, que sois hombre, no de utopias, sino de hechos positivos.

Epilogando la cuestión: ¿de qué se trata ahora? De la Italia. En el fondo vos y Cavour estáis de acuerdo; la diferencia se halla en algunas formas; y estas serían conciliables, si la adulación por una parte y la malignidad por otra no se hubieran interpuesto, para fomentar las desconfianzas, los rencores. Pero hay otra observación que haceros: vos sois General, y en armas, y coronado de victoriosos laureles; vuestra insistencia en pedir el alejamiento de un Ministro con quien no os encontráis de acuerdo, no puede aparecer á los ojos de todos sino como abuso de la fuerza. La dignidad del Rey no le permite consentir en ello, y la opinión está con él enteramente. El Parlamento no puede abrigar parecer diverso, aun por sentimiento de independencia y por repugnancia á ceder á la presión de la fuerza. En suma, aunque vos, General, tuvierais razón, os ponéis en el caso de no tenerla. Vos no queréis la súbita anexión de las Dos Sicilias, porque no queréis privaros de los recursos que os ofrecen, para proseguir la guerra á vuestro modo; pero vos no sois juez competente de la oportunidad de esta guerra. En el momento en que estamos vos no representáis á la nación, sino á una facción. La nación está representada por el Rey y por su Gobierno; y esto bien lo conocéis vos también. Así en Sicilia como en Nápoles proclamasteis al Rey Víctor Manuel II. Ahora, pues, si el Gobierno del Rey y la representación nacional juzgan que la guerra que vos queréis proseguir es contraria á los intereses de la nación, tienen derecho á imperdírosela; y queriendo vos proseguirla á pesar suyo, tendrían el derecho de poneros fuera de la ley. Y entonces, ¿qué seríais, General? Un faccioso, un rebelde. ¿Queríais cometer el crimen de capitanear italianos contra italianos? Lo creo un absurdo moral. ¡Decís que el reino de Italia le procla-

enarbola la bandera de Italia con el escudo de Saboya, la cual es saludada según lo mandado. Igual bandera se enarbola también por el fuerte de *Sant-Elmo* y es igualmente saludada. Me informan que su comandante había dejado libre acceso á cierto Calicchio, caloroso patriota, que al frente de una banda de paisanos se lo había reclamado imperiosamente, después de lo cual la guardia nacional había tomado posesión del mismo.

Según mis órdenes, el jefe de estado mayor de la división previene que á las diez de la mañana del día 9 del corriente recibiré en la *María Adelaida* á la oficialidad napolitana, que se ha adherido á la causa nacional, para prestar el juramento de fidelidad al Rey Víctor Manuel con la fórmula prescrita por el Estatuto.

Voy á visitar al Almirante Mundy. Entrando en conversación sobre los sucesos del día, se viene pronto á mencionar el propósito del General Garibaldi de marchar adelante, hasta que no sean expulsados todos los extranjeros que tienen dominio en Italia; y conviniendo ambos en que por más que sea nobilísimo sentimiento el suyo, es también en las presentes circunstancias sobremanera intempestivo, le dije que

maréis en Roma! Ya tendremos á Roma; pero no con locuras á lo Mazzini; y debierais comprender que aquellos que os estimulan á hacerles la guerra á los franceses, quieren perderos, y con vos peder á la Italia. Francia es el solo aliado que tenemos, con cuyo eficaz apoyo podemos contar; y ¿querríais quitarnos aún este único apoyo? Mazzini no le ha menester, lo sé: con la *idea* él lo hace todo, y con la *idea* ha sacrificado ya muchas nobles víctimas. Los Bandiera fueron exhumados poco há, y los huesos de Pizacane tienen todavía deshonrosa sepultura.

Mazzini se contenta con celebrar la gloria de los mártires; pero huyendo siempre la ocasión de venir á ser uno de ellos.

Caro Garibaldi, quien os escribe estas líneas es un hombre que ha mantenido siempre la independenciam de sus opiniones, que siempre ha llamado á las cosas por su nombre, que os ama y os estima, que el año pasado sintió muchísimo no tener con vos intimidad bastante para haceros una útil advertencia; pero que quiere hacérosla ahora que se trata de cosa mucho más importante, de la cual depende la salvación de Italia.

Vuestro affmo. y sincero admirador.

A. BIANCHI GIOVINI.

tuviera á bien confirmar con su palabra cuanto yo me había atrevido ya á advertirle al General en este sentido; dado que no dudaba yo que tomaría en consideración toda advertencia suya, por la alta estimación en que aquél le tenía. Me responde que lo hará de buen grado, pero en vía enteramente reservada. Y siendo cabalmente así como yo también lo entiendo, no añado ni una palabra.

A mi regreso á bordo telegrafío á S. E. el Conde de Cavour:

«Cumplo el deber de prevenir á V. E. que he estimado conveniente adoptar en la división la táctica naval y el libro de señales, de que se usaba en la marina antes napolitana, por ser mejores que los nuestros, y además porque esto halaga á ese cuerpo, que debemos hacernos amigo: otro tanto, y por iguales razones, he hecho respecto de su fraseario marinero. Espero que V. E. tendrá á bien no desaprobarlo.»

El capitán de navío caballero Piola, llegado con el *Calatafimi*, se ha puesto á mis órdenes según el decreto dictorial.

S. E. el Conde de Cavour me envía algunos planos de las fortalezas de la plaza de Ancona por mar, acompañados de aclaraciones bien circunstanciadas para el ataque por el lado del mar: forman parte de las instrucciones para la misión mía en el Adriático, las cuales terminan con la siguiente advertencia:

«Como por el lado de tierra será la plaza asaltada por un cuerpo de tropas reales, V. S. deberá verificar con el General comandante en jefe de las mismas los conciertos oportunos, poniéndose en comunicación con él del modo que le será indicado.»

8. Propongo al dictador para director del departamento de la marina al capitán de navío Scrugli; y le pido que se cambie el nombre del navío el *Monarca* por el de *Rey Galantuomo*; el de la fragata *Borbona* por el de *Garibaldi*, y el de la fragata la *Farnese* por el de *Italia*. Después de haberme puesto algunas dificultades en cuanto al nombre que había de darse á la *Borbona*, el cual desearía que fuese de persona, á su juicio, más meritoria, consiente, aunque sólo por condescender á mi insistencia, lo cual le agradezco.

Telegrafío á S. E. el Conde de Cavour los cambios de nombres en los buques de la antes flota napolitana y el nombramiento de Scrugli, que es el capitán de buque más antiguo.

El dictador nombra al General Türr para comandante militar de la ciudad de Nápoles y sus provincias. En esta ocasión tengo motivo de conocer más particularmente á aquel patriota húngaro, en el cual reconozco un hombre de sentimientos de justicia, adicto á nuestra causa y caballero cumplido.

Recibo una carta de S. E. el Barón Ricasoli, llena de ardiente patriotismo. La publico en su mayor parte:

«FLORENCIA 6 de setiembre de 1860.

Caro amigo:

.....

Tristes consecuencias podrán todavía sobrevenir para la Italia.

Entre las cosas que podemos hacer, es intentar una sublevación en los Abruzzos, invocando el nombre del Rey. No hay salvación sino en la fórmula sacramental, adoptada ya por la Italia del centro: Unión al trono constitucional de VÍCTOR MANUEL.

Ahora bien; yo creo que los Abruzzos se sublevarán, y el día 8 estarán sublevadas también las Umbrías y las Marcas.

Te ruego que ayudes á la sublevación de los Abruzzos.

Un tal G... es agente nuestro en aquellas provincias: si há menester dinero, procura que le tenga, que será bien gastado.

Puedes fiarte de la persona que te entregará una carta, parte en cifra y parte en palabras, que irá firmada..... Le podrás dar armas y dinero en la medida que juzgues conveniente.

Adiós, mi caro amigo; que la estrella nuestra nos acompañe y conduzca á buen puerto.—Tu afectísimo, RICASOLI.»

No dejaré de corresponder á las recomendaciones del dignísimo amigo, y lo haré de todo corazón.

En la ciudad, gran movimiento y gran fiesta en este día: todo está conmovido, todo es fraternidad, todo es patriotismo, todo entusiasmo por el General Garibaldi y por la unidad italiana: y en medio de tan extraordinaria confusión, ni un desorden, ni una palabra censurable:

Hay, á la verdad, en todo esto algo de imponente y sublime.

Las calles, adornadas de tapices y de banderas italianas con el escudo de Saboya á millares y millares; suntuosos carros llenos de gente con símbolos alusivos á las circunstancias, que discurren por todas partes; bandas y músicas de toda especie; flores por donde quiera; alegría general, indecible.

Por la noche, gran iluminación, más estrépito y más orden; cuando he aquí que al decir uno que el dictador tenía necesidad de reposar, se acalla aquel trastorno como por encanto, y al rumor fragoroso sucede el más perfecto silencio.

¡Oh, cuán grande es un pueblo inspirado por sentimientos sublimes, como los del renacimiento nacional! Yo sé decir que jamás probé en mi vida satisfacción más grande. ¡Dios nos proteja siempre en nuestra santa empresa!

9. La *María Adelaida* está engalanada con el mayor esmero.

A las nueve y media, la oficialidad napolitana de marina, que se ha declarado en favor de la unidad de Italia bajo el cetro constitucional de Víctor Manuel, viene á bordo. A las diez se celebra la misa, y en seguida cada uno de aquellos oficiales presta el juramento de fidelidad al Rey Víctor Manuel, según la fórmula de nuestro Estatuto. La función resulta imponente, á la vez, y conmovedora. Dichas por mí pocas, pero sinceras palabras en homenaje del dictador, término el acto solemne con un general y entusiasta ¡viva! al Rey y á la Italia. Reina en todos alegría.

Habiéndose verificado en Ariano actos de reacción promovidos por aquel Obispo, siéntese la necesidad de tener á mano tropas garibaldinas para todo evento, por lo cual se envían cinco vapores á la playa de Salerno, para embarcar cuantas más se puedan y trasportarlas aquí.

Hago que estos buques sean escoltados por el *Governolo*, con orden de prestarles toda la ayuda que le sea posible.

En tierra, la misma alegría y el mismo entusiasmo nacional. Por la noche, nueva iluminación, gran movimiento, frenéticos vivas al dictador, agitación indescriptible. A la media noche, corriendo de labio en labio la palabra, cual chispa eléc-

trica, cálmase todo, y todo calla de repente, á fin de que el dictador pueda descansar con quietud, después de tantas fatigas. Si en todo esto no hay un verdadero prodigio, ¿en dónde se le encontrará jamás?

10. Llega la *Constitución*, y me trae la carta autógrafa del Conde de Cavour, que á continuación se verá:

«TURÍN 7 de setiembre de 1860.

Señor Almirante:

Si no recibe otras órdenes por telégrafo, hará levar anclas la noche del día 11; se trasladará á Ancona por la vía más directa: allí se pondrá en comunicación con el General Cialdini, enviando lanchas á tierra por el sitio más oportuno. Se pondrán de concierto, para apoderarse en el más breve tiempo de la ciudad y ciudadela de Ancona. Le indico el objeto que ha de conseguirse, y le dejo la elección de los medios.

En Messina ó más allá se le unirá la *Dora* cargada de cañones de sitio, los cuales tendrá á disposición del General Cialdini.

Vea de llevar consigo algunos buques napolitanos, para tenerlos á su disposición. Los otros envíelos á Génova cargados de tropas. Enviaré las cañoneras lo más pronto posible, para que se unan á la escuadra. Si llegaren ya tarde, permanecerán estacionadas en Ancona, Rímini y Porto Corsini.

Si el General Garibaldi está en Nápoles, vaya á verle antes de partir, y manifiéstele las instrucciones que tiene, expresándole de parte mía el grandísimo deseo que tengo de que caminemos plenamente de acuerdo, para ordenar primero la Italia y llevar después á cabo la empresa de Venecia.

Ruéguele que por algunos pocos días no diga una palabra del destino de la escuadra.

Desde Messina envíeme noticias.

No le escribo á Nunziante, pues que no tengo cosa que decirle. En empresas de la índole de aquellas por él intentadas es menester el éxito, si se quiere ser absuelto.

Adiós, Almirante; Dios le asista, y antes que el mes termine habrá asociado su nombre al primer grande hecho glorioso que señalará la resurrección de la marina italiana.—C. CA-
VOUR.

P. S. Le he escrito al Duque de Mignano.»

Con la *Constitución* ha llegado una compañía de artillería de tierra, para estar á mi disposición, de lo cual le doy aviso á nuestro Sr. Ministro.

Hacia las diez de esta mañana el dictador, cumplido siempre conmigo, vino á bordo de la *María Adelaida*, para verme á su paso al navío almirante inglés el *Aníbal*. Me dijo que iba allí á devolverle la visita al Almirante Mundy y ver al Ministro de Inglaterra Sr. Elliot, según lo convenido. Al dictador le siguen varios oficiales de Estado Mayor. Al separarse de la *María Adelaida*, para trasladarse al navío el *Aníbal* es saludado con 19 cañonazos y tres vivas por todos los buques armados de mi mando.

Nuestro Ministro el Marqués de Villamarina me envía los siguientes despachos:

«*Legación de Cerdeña.*

NÁPOLES 10 de setiembre de 1860.

Ilustrísimo Sr. Contralmirante:

Me apresuro á trasmitirle copia del oficio que recibo de S. E. el General Garibaldi con objeto de que sea prontamente desembarcado el batallón de tiradores, que se encuentra repartido á bordo de los buques de la escuadra real con los artilleros recién llegados en la fragata la *Constitución*.

Para satisfacer el deseo expresado por el General, le ruego que dé las órdenes oportunas, y se concierte con quien corresponda, aprovechando esta ocasión para reiterarle los sentimientos de mi consideración más distinguida,—El Ministro,
DE VILLAMARINA.»

(Copia)—«A S. E. el Sr. Marqués de Villamarina Ministro de Cerdeña en Nápoles.

A consecuencia del nuevo giro de las cosas italianas, he menester el batallón de tiradores, que se halla á bordo de la escuadra de S. M.—Tenga á bien, Sr. Ministro, poniéndose de acuerdo con el Almirante Persano, disponer el desembarco de aquel batallón, y ponerlo á mis órdenes.—También he menester algunos artilleros, si quiere tener la bondad de ponerlos igualmente á mi disposición.

Soy con toda consideración su devoto.—J. GARIBALDI.

Nápoles 10 de setiembre de 1860.»

Ordeno lo correspondiente; y el jefe de Estado Mayor de la división da curso en seguida á las maniobras necesarias.

A la tarde desembarcan los tiradores y los artilleros en la dársena real, estableciendo una guardia en defensa de aquel establecimiento militar marítimo, y del puerto de guerra.

Telegrafío á S. E. el Conde de Cavour el desembarco de los tiradores y los artilleros, manifestándole el encargo que se les ha dado por orden del dictador. Además, le digo que me será imposible llevar en mi próxima partida naves de guerra de la marina antes napolitana, porque carecen enteramente de equipajes; dado que parte de la marinería había seguido á Francisco II, y otra parte había sido dejada en libertad por decreto del dictador. Le advierto que embarcaré al capitán de fragata Barón Fernando Actón, oficial que tiene fama de valiente como segundo jefe de Estado Mayor de la división. Concluyo haciéndole observar que con el desembarco de los tiradores, los equipajes de los buques de la división hállanse de nuevo sobre el pie de paz, cabalmente al partir para una misión de guerra.

En tierra veo al Almirante Mundy, el cual me dice que el Sr. Elliot, Ministro de Inglaterra, había tenido una entrevista con el General Garibaldi á bordo del *Anibal*, habiéndole encargado Lord John Russell disuadirle de su propósito de atacar la Venecia, puesto que todo inducía á hacer creer que semejante acto redundaría en gravísimo daño para la Italia (exactamente lo mismo que entre nosotros dos se había dicho algunos días antes); que el dictador había contestado á la comunicación que le hizo el Sr. Elliot, que estaba resuelto á proclamar Rey de Italia á Víctor Manuel, pero desde el Capitolio; y que después de esto se ofrecería como uno de sus lugartenientes para la empresa de Venecia.—Eso estaría bien, replicó el Sr. Elliot, si para ir á Roma no fuera pie forzado venir á las manos con la guarnición francesa, y por tanto, ponerse en guerra con la Francia.—A lo cual replicaba con fuerza el General: Roma es ciudad italiana; y ni el Emperador ni nadie tienen derecho á impedirme entrar en ella (y decía esto con aquel tono que no permite ya discusión).—Contóme después el Almirante que el coronel Bertani, el cual formaba parte del séquito del General, mostró repugnancia á dejar al dictador en conferencia secreta con el Ministro, y que el General tuvo necesidad de invitarle segunda vez á retirarse de la cámara, por haber permanecido en ella después que los demás del séquito la abandonaron á la primera invitación.

II. Entran en el puerto militar los vapores enviados á la playa de Salerno para embarcar allí tropas garibaldinas bajo la escolta del *Governolo*: vienen propiamente atestados.

Refiérenme que el coronel Bixio, conociendo la necesidad de hacer llegar á Nápoles el mayor número posible de soldados, los enviaba á bordo á pelotones; que sobre uno de los vapores la soldadesca que ya se había colocado en él, en número superior en mucho á la capacidad del buque, comenzó á declarar clamorosamente que no quería admitir más, y que á la orden imperiosa de Bixio de recibirlos, se amotinó, hasta el punto de dar contra él gritos de ¡muera! Al ver lo cual, tomando él mismo los remos de una barquilla, bogó hacia aquel propio buque, saltó sobre él y arrancando el fusil de manos de un soldado que le estaba apuntando con aquella arma, lo derribó de un culatazo, y haciendo en seguida entrar más y más tropa, tomó con aquel buque el rumbo á Nápoles, adonde llegaba, sin que ya nadie se hubiera atrevido, no como quiera á amenazar, sino, por decirlo así, ni aun á respirar.

Duéleme que estando yo para partir inmediatamente y sobrecargado de asuntos que despachar, no me quede tiempo para averiguar los pormenores del hecho; mas como quiera, semejante proceder de Bixio no es nada extraño en su genio pronto, en su valor sin límites y en su desprecio de la vida siempre, y más cuando se trata del bien de la patria.

A la llegada de las fuerzas garibaldinas las tropas borbónicas dejan los fuertes, los cuales son ocupados por la guardia nacional, tomando ellas, según lo convenido, el camino de Capua. Pocas deserciones de sus filas, al atravesar las calles de la ciudad. Retíranse sombrías y taciturnas; y para honor de la población napolitana, sin ser molestadas.

El prodictador Depretis me escribe:

«Sr. Almirante:

Tuve grandísimo placer á la noticia de que os había sido confiado el mando de la escuadra de Nápoles y Sicilia; pero estoy contristado del abandono en que se me deja en Palermo, en donde la agitación continúa y las fuerzas faltan.

Debo, pues, rogaros que enviéis á Palermo algunos buques de guerra.

La autoridad del Gobierno de S. M. y del General dictador, reunida en vos, ayudará inmensamente á conservar la tranquilidad é impedir cualquier daño grave.

Me limito á esto. Sé vuestro amor á la causa, y vuestra amistad para conmigo; y confío que cuanto podáis hacer, lo haréis sin duda alguna.

Sabéis que soy vuestro afectísimo.—DEPRETIS.

Palermo 10 de setiembre.»

Cuando llegue á saber mi partida para Ancona y con cual objeto, verá, que si no atiendo su justa reclamación, no es por falta de buena voluntad, sino porque la misión de que se trata no admite merma alguna en las fuerzas de que puedo disponer. Y me duele en verdad por él y por la amistad que nos liga; pues conozco la difícilísima condición del Gobierno, en que se encuentra.

Voy á ver á nuestro Ministro, del cual me despido. Paso después á cumplir con el dictador, y le comunico de parte de S. E. el Conde de Cavour mis instrucciones para el Adriático: muéstrase contento de ellas; y me da un buen apretón de manos, augurándome feliz éxito en la empresa, del cual no duda un momento. Nos separamos de la manera más amistosa, poseído yo de sincerísimo afecto hacia él, igual á la admiración, que íntimamente siento por sus hazañas.

Telegrafío á S. E. el Conde de Cavour, que en cumplimiento de sus órdenes partiré para el Adriático, al entrar la noche.

Habiendo susurrado alguna vaga voz sobre el rumbo de la división hacia el Adriático con una misión secreta, y á fin de distraer la atención de tal creencia, le doy orden á mi jefe de Estado Mayor para que haga recoger de las oficinas de correos la correspondencia para Génova, en cuya dirección doy á entender que saldremos aquella noche con objeto de embarcar allí tropas, para trasportarlas parte á Sicilia y parte aquí; mas le añado que de esto no hable una palabra, diciéndoselo no obstante de tal modo, que la recomendación fuese también oída por otros, como medio seguro de propalar la cosa, como en efecto sucedió.

Dispuesto ya todo lo que me incumbía y hechas las despe-

didadas de obligación y de amistad, vuelvo á bordo; y á las nueve de la noche pónese la división en movimiento para su destino, llevando consigo el aviso la *Sirena*, su comandante el Barón De-Cosa, único buque de la flota antes napolitana, que se ha podido encontrar pronto para seguirme: ni me ha sido posible alcanzar más de esto por mucho que lo he procurado, lo cual no debe causar maravilla, dado que obtuve el mando el día 8, y hoy 11 me ha tocado partir. Vendrán después otros buques, si como espero no falta buena voluntad. Media hora después la *María Adelaida* pára la máquina el tiempo preciso para enviar el pliego postal al vapor, que hago partir para Génova encargado de llevar una carta mía á S. E. el Presidente del Consejo, Conde de Cavour, con la cual le informo de que el total de las sumas tomadas sobre el crédito libre é ilimitado, que me había abierto en la casa De-Gas, ascendía á doscientas sesenta y tres mil liras italianas, entregadas todas con los debidos recibos del comité, habiéndome yo mantenido siempre ajeno á su efectiva distribución. Le manifiesto, por último, que al entrar la noche había dejado las aguas de Nápoles, según sus instrucciones, con vivo deseo de cumplirlas á conciencia en todo y por todo. Con este sentimiento, que brota de lo íntimo del corazón, y que no puede ser más sincero, pongo fin á esta segunda parte de mi diario.

CARLOS M.^a PERIER.

(*Se continuará.*)





HISTORIA
DE LA
CAMPAÑA DE 1647 EN FLANDES,
SIENDO GOBERNADOR GENERAL DE AQUELLOS PAÍSES POR ESPAÑA
EL ARCHIDUQUE LEOPOLDO (I).

(Conclusión.)

CAPÍTULO VIII.

Intenta el enemigo sitiar á Douay.—Asegura Bucquoy esta plaza.—Desiste aquél de su intento y amenaza á Armentieres y á Lille.—Simula Rantzau querer socorrer á Dixmunda.—Síguele Bucquoy y se une al Archiduque.—Redóblanse los ataques á la plaza.—Retrocede Rantzau, y se acuartela en Loo.—Ríndese Dixmunda.—Importancia militar de este hecho de armas.—El Príncipe de Chimay, con su cuerpo de ejército, se incorpora al del Archiduque.—Rantzau con su ejército permanece estacionario.—S. A. va con su Corte á Gante, y el Duque de Amalfi queda encargado de las tropas.—Solemnidades con que es recibido S. A. en Gante.—Entra en Francia Rantzau con su ejército.—Da el Archiduque por terminada la campaña, y manda disponer el acuartelamiento de sus tropas.—Vuelve á Bruselas.—Resumen de esta campaña: sus felices resultados para aquellos Países, y para S. M.—Sentimientos de lealtad que abrigaban hacia los Reyes de España los Estados católicos de Flandes.



ON la muerte de Gassión no intentó ya el ejército francés empresa alguna de importancia. Un capitán del regimiento de irlandeses del coronel Molfi logró escaparse de Lens, y trajo aviso á S. A. de la rendición de la ciudad y de que el enemigo caminaba

(I) Véase la pág. 302 de este tomo.

hacia Pont-Assau, simulando querer sitiarse á Douay, con intento sin duda de obligar á los nuestros á levantar el cerco de Dixmunda. Mas el Archiduque, resuelto á apoderarse de esta plaza, y confiado en la pericia y celo del Conde de Bucquoy, no se movió del puesto que ocupaba. Y en efecto, Bucquoy, con su acostumbrada vigilancia, aseguró la ciudad amenazada por los franceses, antes de que fuese por ellos acometida, enviando á ella 400 caballos loreneses, con los cuales el Gobernador, Conde de Grovendoncq, aseguraba poder defender bien la plaza. Mandaba este refuerzo el Conde de Ligneville, y á sus órdenes iban los coroneles Sehanevelt, Montaubán y Jeghere; los tenientes coroneles Latour y, Schemits; los sargentos mayores Mirecourt y Marase, y los capitanes Barón de Aufercourt, Duval, Du Hou y La Ferté, todos muy animados de servir á S. M.

No se atrevieron los enemigos, con la entrada de este socorro, á sitiarse á Douay, y simulaban quererlo hacer á otras plazas de aquel territorio; pero siempre el de Bucquoy las socorría con tal oportunidad y diligencia, y encontrábanle tan solícito y dispuesto á combatirles, que súbitamente volvieron sus armas á Flandes, con designio, al parecer, de ir en auxilio de Dixmunda. Dirigieron, pues, su marcha hacia Estaires; enviaron tropas á tomar el puerto de Houplines; apoderáronse del castillo de este nombre y del de Arquinghem, y echando dos puentes de comunicación sobre el Lys, amenazaron á Armentieres y á Lille. Esto obligó al Conde de Bucquoy á salir de Douay y situarse entre aquellas dos ciudades, aproximándose más á la segunda, por los avisos que tenía de ser la que los franceses proyectaban atacar. Aprestáronse, por tanto, á la defensa, así el Gobernador de Lille, Conde de Reux, como Chasteleine, y esperaron tranquilamente al ejército enemigo.

Quedó á la expectativa Bucquoy junto á Lille dos ó tres días para asegurarla y protegerla con su caballería y parte de la del Duque de Lorena, mandada ésta por el Conde de Ligneville, con los regimientos borgoñones de infantería del Marqués de Diene, y el de españoles de D. Fernando Solís, con el de valones del Conde de la Motteria, y el de ingleses del

coronel Nelson, observando con toda atención y cuidado los movimientos y designios del enemigo.

De improviso, el Mariscal Rantzau, que había venido á sustituir á Gassión en el mando del ejército francés, salió de Houplines, deshizo los antedichos puentes, y desamparando su cuartel, caminó en dirección á Dixmunda. A las diez de la noche tuvo aviso Bucquoy de este inesperado movimiento, y á media noche emprendió su marcha tras el enemigo. Fué costeándole hasta Ipres, donde Rantzau dirigió su camino por Roesbrughe, y el Conde el suyo por Langhemarq, y desde este punto se adelantó apresuradamente é incorporó al ejército del Archiduque, antes que el Mariscal llegase á darle vista.

Era, al parecer, el objeto de Rantzau intentar socorrer á Dixmunda por la parte del dique y á lo largo del Canal, por cuya razón mandó S. A. á Bucquoy fuese con todo su cuerpo de ejército á encargarse de las líneas de defensa de aquella parte. Redobláronse los ataques á la plaza, y españoles é italianos, valones y alemanes, pero singularmente los loreneses, gallardamente dirigidos por el valeroso Barón de Clinchamp, hicieron grandes y señalados esfuerzos, compitiendo todos en animosidad y bravura. No vaciló ya S. A. en disponer lo necesario para un asalto general, y apercibiéndose de estos preparativos los sitiados, hicieron fuegos en la torre de la ciudad, en señal de pedir socorro. Adelantóse entonces Rantzau hasta media legua de las líneas y trincheras de los sitiadores, dando esperanza á los sitiados de que pronto serían socorridos, esperanza que bien pronto se desvaneció al verle retirarse y acuartelarse en Loo.

Con el temor del asalto general y el abatimiento que esta retirada les produjo, los sitiados tocaron á llamada para parlamentar. Suspendiéronse las armas, entregáronse los rehenes de una y otra parte, rindióse la plaza, y S. A., para concluir pronto tan importante expugnación, concedió á los sitiados salir con armas y bagajes, con dos piezas de artillería y con la palabra empeñada de no combatir contra S. M. en tres semanas. En su consecuencia, el 14 de octubre salieron de Dixmunda 3.156 soldados; de ellos 1.600 con las armas en la

mano, 342 á caballo, y los demás, heridos ó enfermos, los mandó S. A. convoyar hasta Furnes.

Empresa fué esta verdaderamente audaz y atrevida, porque sitiar una ciudad fortísima como Dixmunda, con más de 3.000 hombres guarnecida, y entre ellos el famoso regimiento del Piamonte, compuesto todo de aguerridos y veteranos soldados, á vista de un ejército numeroso mandado por tan excelente capitán como Rantzau, y rendirla á los catorce días de sitio, fué suceso que produjo grande y general admiración é inmarcesible gloria, así al Archiduque Leopoldo, como á los Generales, capitanes, oficiales y soldados que constituían aquel reducido, pero valeroso ejército.

Entró S. A. en la ciudad acompañado de todos los Generales, y fué su primer acto dirigirse á la iglesia, donde se cantó el *Te-Deum* en acción de gracias por tan señalada victoria, y á la tarde se volvió á su cuartel de Essem, donde permaneció algunos días, mientras el ejército francés continuaba en su puesto de Loo, á dos horas de Dixmunda. De guarnición entraron en esta plaza cinco compañías de españoles y de otras naciones, y quedó encargado del gobierno de ella el maestre de campo D. Baltasar Mercader. En fin, habiéndola dejado bien municionada y provista, salió el Archiduque de Essem con el ejército y se fué á Rousselaer, mandando al Duque de Amalfi que alojase las tropas en cuarteles separados en torno de esta población, colocando la caballería á la mayor distancia, la del Conde de Bucquoy en Hardoy, y la del Príncipe de Ligne en Emelghem.

Había entretanto Turena dejado el país de Luxemburgo, repasado el Schelde entre Metz y Thionville y encaminado su rumbo á Alemania, por lo cual dió orden S. A. al Príncipe de Chimay de incorporarse con su ejército, trayendo los dos tercios de valones del Conde de Bruay, el del maestre de campo Helem, los dos de alemanes de los coroneles Boltelberch y Berlo, que eran del Príncipe de Darmstat, tres regimientos de caballería y dos compañías libres. Con estas tropas pasó el de Chimay el río Mosa y vino á unirse en Rousselaer con S. A., de quien fué muy bien recibido.

El maestre de campo General Beck quedó en Luxemburgo

con los regimientos de Ultramusa y demás compañías de caballos para asegurar el país si el enemigo intentase algo en aquella provincia.

Viendo el Archiduque que Rantzau no se movía de Loo, limitándose á cubrir las plazas de Furnes y Bergues, después de haber permanecido en observación bastantes días en Rouselaer al frente del ejército, encargó el mando de éste al Duque de Amalfi y él se vino con su corte á Gante custodiado por parte de la caballería del Conde de Bucquoy, alojándose en el camino en Tielt primero y en Nevele después. Salieron los burgueses de Gante á recibirle fuera de la ciudad con grandes demostraciones de alegría, haciéndole salvas de mosquetería, mientras el Conde de Salazar, gobernador del castillo, daba las de ordenanza con artillería. También el magistrado de aquella ilustre ciudad salió á congratular á S. A., pronunciando en su nombre en la puerta una discreta oración el consejero y pensionario Lauri, presentándole el Barón de Elquesbeque las llaves de la ciudad, que S. A. le devolvió cortesmente encargándole que las guardase bien, y entregándoselas á su vez el gran Bailli á Lauri, entró el Archiduque en la población.

Apeóse en casa del Obispo D. Antonio Trieste, y por la tarde asistió á la fiesta que en su honor se hizo con un navío triunfal, anclado en el Schelde, del que salían muchos fuegos artificiales, habiéndolos asimismo por toda la ciudad en señal del contento y satisfacción que las victorias de S. A. habían producido.

En este estado continuaron las cosas hasta que el 10 de noviembre empezó á disponer su retirada el ejército francés en dirección á Estaires y de allí por el mismo camino que había traído se dirigió á Francia, con orden de su Reina de intentar al paso introducir un convoy en Courtray y artillería en la ciudadela. De lo cual avisado el Duque de Amalfi mandó al Conde de Bucquoy fuese á acuartelarse con su caballería en Wareghem, é igualmente al Príncipe de Ligne con la suya en Tourcoing, para que si intentaban los enemigos meter el referido convoy, se juntasen los dos cuerpos de caballería y les estorbasen la realización de su designio. Hiciéronlo así estos

Generales, marchando derechamente á Courtray para cerrar el paso á los franceses si se acercaban á la ciudad y pelear con ellos. Pero Rantzau, con noticia que tuvo de estos movimientos, desistió de tal propósito, y los corredores de Bucquoy le participaron que el Mariscal seguía su rumbo á Francia. Con esto volvió Bucquoy á Gante para continuar convoyando á S. A. á donde quisiese encaminarse, y el de Ligne se dirigió con su caballería á Deinse.

Resolvió el Archiduque retirarse de la campaña, en vista de que ya lo había efectuado el enemigo, y de estar la estación muy adelantada, y también llevar consigo al Duque de Amalfi y Marqués de Caracena, á cuyo efecto hizo venir á Gante al de Ligne para encargarle del mando del ejército. En su virtud, se acercó este Príncipe á la ribera del Lys, alojándose primeramente en Deinse y después en Wareghem, á dos horas de distancia de Courtray.

Descansó S. A. algunos días en Gante y volvió á Bruselas, donde le aguardaban los burgueses en armas fuera de la ciudad, haciendo á su llegada nutridas salvas, al mismo tiempo que la artillería disparaba desde las murallas. Entró en Bruselas, después de seis meses de campaña, seguido de la brillante corte que le había acompañado en toda ella, y antes de apearse en su palacio, se dirigió á la iglesia de Santa Gudula á dar gracias á Dios por los buenos sucesos con que había favorecido las armas de S. M. el Rey de España, recibiendo de toda la población inequívocas pruebas de aplauso, alegría y entusiasmo.

No fué, sin duda, esta una campaña decisiva y fecunda en importantísimos resultados; pero dado el tristísimo y lamentable estado de la Monarquía española en aquellos años, con guerras y rebeliones por todas partes; con la suma escasez de gente y dinero para atender á tan múltiples necesidades y peligros á cual más urgentes; con el desaliento que de la población y ejército de aquellos Estados de Flandes se había apoderado á causa de los reveses y desaires experimentados por nuestras tropas desde la batalla de Rocroy, y del desacierto y abandono con que en lo político y administrativo eran gobernados, no se puede negar que fué una campaña fe-

liz y gloriosa; que nuestro ejército combatió con valor y con disciplina y fué hábilmente dirigido, y que aquellos países tan amantes de la dominación española, como irreconciliables enemigos de la francesa, salieron en este año del abatimiento en que se hallaban y cobraron nuevas fuerzas y esperanzas para lo futuro.

Al Archiduque Leopoldo corresponde la mayor parte de estos triunfos y beneficios. Su elevada autoridad y representación, su leal y firme propósito del buen servicio de S. M., su valor personal, su acreditada pericia militar y su afabilidad con los soldados, contribuyeron poderosamente al buen éxito de la campaña. Conquistáronse cinco plazas fuertes, Armentieres, Comines, Lens, Landrecies y Dixmunda, las más de ellas de importancia suma; y teniendo por caudillos contrarios Generales de crédito y fama, justamente adquiridos, como Gassión y Rantzau, á quienes repetidas veces el Archiduque provocó á batalla sin poder conseguirlo, no sufrieron nuestras tropas en tantas y tan difíciles marchas como ejecutaron, ni sorpresas, ni descalabros, ni esos accidentes desgraciados que ocasionan la imprevisión, la negligencia, el poco valor ó la indisciplina.

Ni el haberse aproximado á la frontera desde el principio de la campaña la Reina de Francia, el Duque de Orleans y el Cardenal Mazarino para dar más calor y empuje á su ejército; ni el haber formado éste con las mejores tropas del reino, incorporándole todas las guarniciones de las plazas fronterizas, los esguízaros, los regimientos de la guardia del Rey y los carabineros que estaban á las órdenes de los Gobernadores de las provincias; ni el haber acudido con su campo volante el insigne Turena, que abandonó á los suecos para reforzar y auxiliar las armas francesas, todas estas causas no impidieron la espugnación de aquellas plazas ni fueron parte á que con todas esas fuerzas aceptasen los caudillos enemigos la batalla que una y otra vez les presentaron los nuestros, habiendo, por el contrario, retrocedido y retirado.

No terminaré este trabajo sin trasmitir los últimos párrafos de la Relación (1) que principalmente me ha servido para esta

(1) Su título es: «Relation de los felices sucesos de las armas de su ma

reseña, por reflejarse en ellos de una manera viva y entusiasta los sentimientos de lealtad, adhesión y reconocimiento á los Reyes de España de parte de los Estados católicos de Flandes, de que parece hacerse eco su autor:

«Todo el país—dice—echa millones de bendiciones á Su Majestad su Rey, estimándose muy felices de estar debajo de la subjeccion de S. M. y gobierno del Serenísimó Señor Archiducque, y ser preservados de la dura sujeçion y insolente gobierno de los franceses, conociendo tener á su dicha Magestad tanto más obligacion que saben que es verdaderamente su legítimo Rey, no habiendo que nuestros antípodas que puedan ignorar que este título y calidad les ha comenzado del Archiducque Maximiliano de Austria con María de Borgoña, Princesa de estos países, cuya posesion ha pasado á Phelipe el Hermoso; de Phelipe el Hermoso á Carlos V; de Carlos V á Phelipe II; de Phelipe II á Phelipe III; de Phelipe III á Phelipe IV el Rey regnante nuestro Señor, á quien Dios conserve y dexé reynar muchos años.

»Y se puede decir sin contradiccion que no hay Estado en la Europa que esté poseido con más justo título, habiendo muchos otros que sienten su usurpacion, á lo menos en sus principios, ni cuyos Reyes han metido mayores cuidados á mantener sus vasallos en la religion de sus padres y ançestres, y han hecho tan rigorosas leyes contra los auctores saectatores de la heregia; testigo la proescriccion de Luther, hecha por el emperador Carlos V, de inmortal memoria, en la villa de Worms en el año de 1521.

»Y sobre todo, están dignas de estar grabadas eternamente

gestad catolica Phelipe IV nuestro señor, mandadas por el Sermo. Archiducque de Austria Leopoldo Guilelmo, governador, lugarteniente y capitan general de los Estados de Flandes y de Borgoña, de la campaña y año de 1647, dirigida á su magestad por Juan Antonio Vincart, secretario de los avisos secretos de guerra.» Así al menos se encuentra en un manuscrito, que por sus muchas correcciones induce á creer sea el original de Vincart, en la biblioteca de una de las principales ciudades de Francia. La Relacion empieza: «Habiendo su magestad catholica, dcspues de haber Dios llamado á su gloria al serenísimo Infante don Fernando, su buen hermano...»

en nuestros coraçones las palabras del Rey su hijo, Phelipe II, dichas al Conde de Egmont, enviado á España en el año 1565, proponiendo á S. M. que por el bien del Estado, que estaba muy agitado, convenia dissimular con los de la nueva doctrina, conçediéndoles la libertad de conçiencia. S. M. le respondió, de una generosa y grande piedad, que más queria no ser Rey que sufrir las heregias en su reino; y á la fin de la junta de los primeros theólogos de su Monarchia, se echó por tierra en su presencia delante la imagen de Nuestro Salvador, diciendo: «Yo le ruego, grande Dios de los hombres, que me hagais la graçia de perseuerar en la resolución que he tomado de no querer ser llamado dueño de los que no quieren conoçerle por Señor;» habiendo nuestros dichos Reyes tenido y teniendo por su mayor gloria de ser inmutables defensores de la religion cathólica, apostólica y romana, y que con esta misma piedad tratan tan benignamente sus vasallos, assí ecclesiásticos, como seculares, nobles y pueblos.

» Quanto á los ecclesiásticos, confiriendo las dignidades ecclesiásticas; los obispados á personages dignos por su doctrina, virtud y piedad, y las abadías á las personas más capaçes, que son monges en los mismos monasterios donde los Reyes de Francia proveen las abadías y los beneficios en hombres seculares, Príncipes, Condes y Capitanes, los quales dan una pequeña porçion á los religiosos y ellos se quedan con toda la resta.

» Quanto á los nobles, los cargos más eminentes en la guerra, debaxo del Sereníssimo Sr. Archiducque Leopoldo, confiriendo á los Príncipes, Condes y Caballeros del País, parte xeados con los Caballeros españoles y italianos.

» Y quanto á los pueblos, no hay reino ni monarchia donde los pueblos están tratados más dulçemente ni tienen más franqueças y libertades, no haciéndoles S. M. pagar ningunos subsidios por fuerça, sino por meras petiçiones, en las quales están de todo libres de consentir en ellas.

» La conosciencia de la qual prerrogativa y dicha que tienen los vasallos de S. M. de tener un tan benigno Rey, que les trata, no solo en calidad de Rey, pero como padre, y haberles dado por gobernador y defensor al Sereníssimo señor

Archiduque de Austria, Leopoldo, su primo y hermano, que les ha dado estas victorias y estos buenos sucesos á su mayor bien, les hace ser muy alentados y animados, con esperanza que la luz que Dios ha comenzado á dar á las armas de S. M. y la felicidad que ha añadido al valor del Serenísimo Sr. Archiduque de Austria, Leopoldo, la continuará en esta campaña venidera y favorecerá las armas de S. M. y el valor de S. A., con otros muchos buenos sucesos y otras muchas victorias, y que S. M. mandará á su plenipotenciario en el Congreso de Munster, el Sr. Conde de Peñaranda, acabar el Tratado de la paz con los Holandeses, al mayor bien de estos sus dichos Países patrimoniales y consolacion de los pueblos.»

A. RODRÍGUEZ VILLA.





ESPAÑA EN EL SIGLO XX ⁽¹⁾

En los extensos llanos de Castilla,
Con profusión sin tasa fecundados
Por linfa pura, que ondulante brilla
En canales que cruzan por do quiera,
Y que el trabajo inteligente abriera
Para trocar con varonil constancia
La mezquina aridez en abundancia,
Una risueña quinta se divisa,
En la que Ceres muestra su sonrisa
A un tropel de gallardos labradores,
Que para reposar unos momentos
De sus máquinas cierran los motores.

Al eco de los ásperos acentos
Con que el vapor en libertad se exhala
De aquellos mecanismos industriales
Con que la ciencia pudo
Dar al hombre unos brazos colosales
Que le librarán del esfuerzo rudo,
Los buenos labradores se esparcían,
Y sobre el césped blando,

(1) Composición que obtuvo el premio regalado por S. M. el Rey, en los Juegos Florales celebrados en Alicante el 3 de agosto de 1883.

Sus libros y papeles desplegando
Tranquilamente á su placer leían.

Grave, apacible, venerable y bueno,
Entre el grupo gentil se destacaba
El semblante sereno
De un noble anciano á quien el tiempo ajaba.
Su blanca barba y arrugada frente
De la decrepitud eran señales,
Mas su palabra firme y elocuente,
Como vivos anales
Con gran respeto y atención se oía
Cuando hablando á aquel grupo así decía:

«Felices hijos míos,
Que no habéis conocido los desvíos
Del hado adverso, cuya ruda saña,
Que á piedad no se mueve,
Abrumó de miserias nuestra España
En el pasado siglo diez y nueve.

El sol radiante del progreso humano
Que ya en otras regiones se extendía,
Sus primeros albores esparcía
En el confín del horizonte hispano;
Mas luengos siglos de oprobiosa historia,
Que ahogó nuestra virtud con nuestra gloria,
Su pesadumbre bárbara arrojaban
Del pueblo en la velada inteligencia;
Así las sombras con la luz pugnaban,
Y en la lucha los vicios penetraban
Perturbando de todos la conciencia.

De la fe y el honor en los altares
Desdeñábase el culto sacrosanto,
Elevándose en tanto
Sobre los patrios lares,
Como deidad suprema y soberana,
El oro vil, que con porfía insana
Y febril ansiedad buscaba el hombre,
La honra vendiendo acaso de su nombre

Y el pudor de la esposa ó de la hermana.
Cargos, honores, títulos, prebendas,
Todo aquí se compraba y se vendía,
Y á nadie se amparaba ni se oía
Sin preceder al ruego las ofrendas.

La antigua aristocracia,
Que con esclarecidas excepciones
De ilustrados varones,
Vegetaba en la corte oscurecida,
Su distinción cifraba y su grandeza
En consagrar la perezosa vida
A imitar la salvaje gentileza
Del agreste torero, á quien, rendida,
Oro y aplausos daba én homenaje,
En su hogar, distinción y valimiento,
En su carroza blasonada, asiento,
Y por doquier humilde vasallaje.

La audacia sin virtudes nos regía,
Y ávida de placeres,
En áureos camarines decidía,
Entre influyentes lúbricas mujeres,
De la mísera patria los destinos,
burlándose de honor y de deberes
Al chispear los espumosos vinos.

Oro, lujo, esplendor los timbres eran
Que á los más altos puestos elevaban,
Y aunque al fraude y al dolo se debieran
Respetuoso acatamiento hallaban.

Algunos dignatarios, la riqueza
Acumulaban con el fruto odioso
Del comercio inmoral de la impureza,
Y á tributo poniendo
La vil ganancia del placer vendido
Y el oro infame en el azar habido,
Su copioso caudal iban reuniendo
Para hallar nobiliarias distinciones,
Y ostentar, la virtud escarneciendo,
Sus dorados y espléndidos blasones.

La periódica prensa, arma sagrada,
Noble escudo del débil contra el fuerte,
De su misión á veces olvidada,
En vil incienso mísera envolvía
A esa grey de magnates degradada,
Y en pago de la copa de su orgía
Cantaba su opulencia y sus palacios,
Llenando con sus himnos los espacios.

¡Cuántas veces dudé si perturbada
Mi razón estaría!

¡Cuántas veces pensé que fuera nada
El ideal del bien que en mí sentía
Cuando al hablar de rectitud oía
Responderme burlona carcajada!

Y esa risa tal vez vagó en los labios
De un poeta que, en cánticos amenos,
A los buenos del mundo llamó buenos,
Y á los infames con talento, sabios.

¡Duda falaz! Si es necia fantasía
Cuanto no inspira el egoísmo odioso,
¿Por qué en el fondo de esta patria mía
Hay algo que despierta su energía
Al calor de un impulso generoso?

Cual colonias romanas,
Las míseras provincias, su riqueza
A la oficial Metrópoli rendían,
Y con leyes tiranas,
Sólo desdén en cambio recibían.

Regíanlas caciques corrompidos,
Cuyos caprichos, ciegos y brutales,
Imponían los bárbaros puñales
De sus siniestras guardias de bandidos.
Todo núcleo de fuerza rebelado
Contra la ley común, fiero se erguía,
Y la patria infeliz se dividía
En cien Estados dentro del Estado.

Sin fuerzas y agobiada por la usura,
La noble y providente Agricultura

Miraba las corrientes y los ríos
Derramarse en el mar abandonados,
Pereciendo los campos abrasados
Por el ardiente sol de los estíos.

Víctima así la generosa España
De sus propios errores,
Cualquier nación extraña
Llamábala insolvente, y con desdoro
Y sin prestigio ante la Europa culta,
Se desdeña ó se insulta
Su noble pabellón de grana y oro.

Tal era entonces la nación que un día
Rica, gloriosa, respetada y fuerte
De entrambos mundos reina se veía.
Sus anublados ojos alzó al cielo,
Y éste, benigno por templar su suerte,
Le dió para consuelo
Un Príncipe de aliento soberano
Que con potente mano
Ridimiera sus males,
Esculpiendo su gloria en sus anales.

Aun verlo conseguí; yo era muy niño,
Y allá en las brumas de mi edad primera
Se retrata su noble continente,
Cuyo recuerdo excita con cariño
La inmensa gratitud que mi alma siente.

Alfonso doce, Príncipe formado
En el dolor que el alma purifica,
Y en su infancia educado
Por una raza fuerte y pensadora,
Grande en vigor, y en patriotismo rica,
Realizar quiso la gigante empresa
De arrancar á la patria del abismo,
Y ahogar con la ignorancia el fanatismo
De que era España, por su mal, opresa.

Hábilmente cruzando
El mar terrible de encrespadas olas

Que á sus nobles intentos se oponía,
Reformó las costumbres españolas.
Y á veces atrayendo y halagando
A la turba voraz que destruía,
Investigó los sórdidos misterios
De sus mismos audaces Ministerios,
Que convertidos en diversos reyes,
Con grandes vicios, sin virtud alguna,
Dictaban sin cesar opuestas leyes
Para llegar á no cumplir ninguna.

Consiguió al fin con varonil constancia
En la patria implantar la tolerancia,
Que es resumen de todos los progresos.
Y cuando ya esta empresa hubo vencida,
Ahogó-la turbulencia y los excesos,
Y la instrucción del pueblo fué extendida,
Consagró su magnánima firmeza
A premiar las virtudes y el trabajo,
Inundando los pueblos de riqueza.
Y al inmoral constante persiguiendo,
Ya rico, pobre, prepotente ó bajo,
Fué del honor la ley restableciendo.

Ya rica España, y culta y respetada,
A las naciones su razón impuso,
Y llenando su histórico destino,
Vió su misión al cabo realizada
Abriendo á otras fronteras su camino.

Y ya lo veis, la tolerancia impera;
Cada cual rinde á Dios á su manera
El religioso culto, y las naciones
Templos aquí levantan por do quiera
Para sus respetadas religiones.

Vicios hay, sí, que la flaqueza humana
Siempre al mal paga mísero tributo;
Pero todo al honrado se le allana,
Y el antiguo desorden desterrado,
La moral y el honor son atributo
De todas las esferas del Estado.

Empresas colosales

Propio y extraño capital realizan;
Esa red fecundante de canales
Do el Tajo, el Guadiana, el Duero undoso
Sus aguas vierten, ricos fertilizan
Nuestro suelo abundoso;
Y de entrambas Castillas la llanura,
Y de todas las tierras españolas,
En otro tiempo estériles y solas,
Del hondo valle á la tendida falda,
El campo antes maleza
Se cubre en verde manto de esmeralda,
Derramando á raudales la riqueza.

No era entonces España el territorio
Que en ese mapa contempláis ahora,
Y que hace de la patria noble emporio
De riqueza y poder; sonó la hora
De nuestra redención, que Alfonso pudo,
Fortaleciendo el interior primero,
Hacer que respetase el extranjero
De Castilla y León el fuerte escudo.

• Por él, á la razón cedió Inglaterra,
Y abandonando ese rincón de tierra
Que del Estrecho el mar, inquieto baña,
Nuestra bandera allí se alzó gloriosa,
Lavando al fin España
De Gibraltar, la mancha ignominiosa.

De Mogador á Orán también ondea
Ese glorioso pabellón hispano,
Que allí plantó con poderosa mano
La irresistible fuerza de la idea.
Y la costa africana redimida
Desde el Egipto hasta el Hercúleo estrecho,
El fanatismo musulmán deshecho,
Bajo Europa renace á nueva vida.

Portugal, sus recelos disipando,
Vino á formar la Iberia poderosa;
Cuba, sus libertades conservando,

Vive unida á la madre cariñosa;
Y las fértiles islas Filipinas,
Por el buen Rey Alfonso libertadas
De la opresión infame que sufrieron
Por la codicia de épocas pasadas,
De España los dominios extendieron
De Borneo á las costas encantadas,
Y hoy con progreso rápido y gigante
Hacen que el Asia entera
El esfuerzo español admire y cante,
Respetando do quier nuestra bandera.

Ya lo veis, hijos míos,
Próspera, rica, noble, independiente,
Cubierta de verjeles por sus ríos,
Lanzada del progreso en la corriente,
Por Europa halagada,
Y en ambos hemisferios respetada,
Tal es la España en vuestra edad presente.

El Monarca á quien debe su grandeza
No existe ya; sus nobles sucesores
De su progenitor muestran la alteza,
Y como no son reyes ni señores,
Pues que la libertad y la cultura,
Conservando su regia investidura,
Los hace en realidad jefes queridos
De nobles, cultos, libres ciudadanos
Que estrechan con amor sus regias manos,
Cuando tal vez en este siglo mismo,
El tiempo modifique el organismo
De todas las modernas sociedades,
Su trono no caerá, se irá fundiendo
En los moldes del nuevo mecanismo,
Su benéfico influjo manteniendo
Con su nombre también en las edades,
Que sellarán su gloria
En el libro inmortal de nuestra historia.

Yo, nada más veré, pues soy muy viejo,
Mas de la vida con placer me alejo,

Pues tras largos tormentos padecidos,
He alcanzado la dicha cuando os dejo
De veros en la tierra redimidos.»

Calló por fin el venerable anciano,
Y al tenderle mi mano,
Observé con pesar que nada había;
Ni labrador, ni campo, ni alquería.

Por un sueño forjado solamente
Era aquel cuadro rico y halagüeño,
Mas dí gracias á Dios Omnipotente
Por la dicha de ver, siquiera en sueño,
A la España feliz del siglo veinte.

BLAS DE LOMA Y CORRADI.





SUJETO DE LA HISTORIA

CONTINUACIÓN (I)

III.

DE intento hemos clasificado en grupo aparte las relaciones del hombre con Dios, fuente del providencialismo, separándolas de las otras relaciones, que es preciso tener en cuenta para el cabal conocimiento del desarrollo de la humanidad, no por pura razón de método, sino más bien por la índole diferente de los respectivos efectos que producen.

Se ha dicho y se repite con frecuencia que Dios y el hombre concurren en la Historia, y que la acción del primero no destruye pero sí limita la voluntad del segundo. Sentada la doctrina precedente, no podemos admitir esta tesis. La limitación de la voluntad del hombre por la Providencia supone acción directa por parte de ésta en las determinaciones de la actividad humana, y ya hemos dicho que Dios no se mezcla en los hechos, reduciéndose su propia esfera de acción á las leyes generales. Las limitaciones del libre albedrío deben pues, buscarse en el conjunto de circunstancias que obrando sobre la actividad, aunque sin anularla por completo, influyan en sus determinaciones, concurriendo en la realización de los

(I) Véase la pág. 385 del tomo L.

hechos; de donde se sigue que las referidas limitaciones no surgen de las relaciones del hombre con Dios, cuya esfera de acción es independiente de la del libre arbitrio, no pudiendo por tanto limitarle, sino de los que mantiene con sus semejantes y con la naturaleza física.

Las relaciones del hombre con el mundo físico explican la influencia que sobre las determinaciones de la actividad ejerce la naturaleza. El hombre no sólo consta de espíritu, sino también de materia; no puede considerarse solamente bajo el punto de vista de la espontaneidad, como provisto de una alma racional dotada de libertad de albedrío, si que también bajo el concepto de totalidad, puesto que el cuerpo humano forma un todo con la naturaleza física y está sujeta á sus mismas leyes. De aquí que el fatalismo de la naturaleza tenga un fondo de verdad, apesar de los errores que ha sustentado.

«Si se mira el clima, dice Guisot, en cuanto obra directamente sobre los individuos y las sociedades, no será verdad quizás todo lo que se ha dicho de él; por lo menos es de una apreciación muy vaga y difícil. Pero no son tan inciertos ni tan difíciles de apreciar los efectos que produce. La circunstancia de que en los países calurosos salen los hombres de sus casas, y están en comunicación continua, mientras que en los fríos se encierran en el interior de sus habitaciones, y se alimentan y viven de muy diferente modo que en aquellos, produce sin duda una diferencia notable en la vida material que se refleja sobre la civilización.»

Todo el mundo sabe lo mucho que se ha escrito sobre el clima, y ciertamente que su círculo de acción es más extenso de lo que se desprende del pasaje que acabamos de transcribir. Las circunstancias atmosféricas de un país obran poderosamente sobre el organismo, y este á su vez reacciona sobre el espíritu, en virtud de la mútua influencia de las dos sustancias que constituyen el hombre. Negar, pues, en absoluto la influencia del clima, supone un olvido por no decir desconocimiento de la naturaleza humana.

Mably dice que el hombre tiene en todas partes las mismas necesidades, las mismas inclinaciones, las mismas pasiones.

La observación de cada día nos muestra sin embargo todo lo contrario. ¿Quién duda que en los países cálidos del Mediodía las pasiones tienen un grado de intensidad mucho mayor que en las heladas regiones del septentrión? Y cuenta que sólo nos referimos á la temperatura, pues si tuviéramos presente la infinidad de circunstancias naturales que pueden modificar y que de hecho modifican el carácter y las inclinaciones del hombre, todavía resultaría más la falsedad de aquel concepto. La naturaleza del terreno, su proximidad al mar, sus montes, sus ríos, sus producciones, todo imprime sobre el individuo un sello indeleble que el tiempo, la educación y las instituciones no consiguen borrar completamente. Así se observa que el morador de las montañas suele ser más agresivo é inaccesible que el de las llanuras; el habitante de las costas, más emprendedor y activo que el de las comarcas interiores; y el de los países de extremada fertilidad más perezoso é indolente que el de un suelo ingrato y estéril.

Y no se crea que este influjo es puramente individual, sino que trasciende también al cuerpo social. Los pueblos como los individuos tienen sus temperamentos y sus idiosincrasias. Unos son belicosos, otros pacíficos, unos viven con existencias separadas, otros se afanan en multiplicar sus relaciones, unos son dados al reposo y á la indolencia, otros á la actividad y al ejercicio; y así como en la constitución del individuo entra por mucho las condiciones del medio en que vive, una cosa semejante sucede con las naciones. Entre los efectos más notables del clima, entendiéndose por tal, no sólo la temperatura, sino cuanto hace relación con la atmósfera y el suelo de un país, figura el aumento y disminución del número de nacimientos y de defunciones. La densidad de población es á no dudarlo un resultado de las condiciones del medio. Un suelo fértil y una temperatura primaveral favorecen la fecundidad, al paso que las circunstancias opuestas producen efectos contrarios. Pues bien; si se tiene presente que la población es un elemento de la fuerza y de la prosperidad de los Estados; si se atiende á la circunstancia de que el excesivo número de habitantes da origen á las emigraciones, imprimiendo así á los pueblos un carácter aventurero, mientras

que la escasa población les hace sedentarios, se comprenderá que bajo este punto de vista la influencia del clima es más poderosa de lo que á primera vista pudiera creerse.

No menos notable es la de la configuración y situación del suelo. La Historia nos ofrece abundantísimos ejemplos de esta verdad. Las elevadas montañas que sirven de frontera á la China, y el mar siempre embravecido, cuyas olas se estrellan contra inaccesibles costas, explican en parte su tendencia al aislamiento, fatal sistema que ha impreso, como es sabido, el sello de la inmovilidad á sus instituciones. Como antítesis al Celeste Imperio, figuran en la antigüedad los fenicios. Nadie ignora los grandes beneficios que aquellos hijos de raza cusita reportaron á la causa de la civilización. Ellos cruzaron los mares, ellos pusieron en comunicación países lejanos entre sí, ellos arribaron á tierras apartadas y á playas desconocidas, fundando en todas partes florecientes colonias, que eran otros tantos centros de cultura y de ilustración, y es indudable que nada de esto habría tenido lugar si los fenicios se hubieran establecido en un país interior, en vez de hacerlo á lo largo de la costa oriental del Mediterráneo. Sin duda que otras causas influyeron igualmente en el estacionamiento de la civilización china y en la actividad del pueblo fenicio; pero no puede ponerse en tela de juicio que en ambos casos la naturaleza obró tan poderosamente, que sin su ayuda hubieran sido aquéllas ineficaces.

La independencia de las naciones, y por consiguiente todos los múltiples y variados efectos que dicha independencia puede reportar, depende no pocas veces de la configuración del suelo. La Arabia debió á sus extensos páramos la conservación de su libertad amenazada en más de una ocasión por temibles enemigos. Cuando las tribus nómadas se veían atacadas, recogían sus tiendas, reunían sus rebaños, y después de cegar los pozos se internaban en los arenales, poniendo al invasor en la alternativa de emprender la retirada ó de morir de hambre y sed en medio de aquellos inhospitalarios desiertos. Los partos, favorecidos por la especial configuración de su país, pudieron asimismo resistir las tentativas de dominación de los romanos, que en tiempo de Craso hicieron

formal propósito, aunque sin resultado alguno, de extender por aquel territorio el vuelo de sus vencedoras águilas. Otra prueba tenemos en las guerras cantábricas. Cuando Roma había sometido á casi todo el mundo; cuando su imperio se extendió de Norte á Sur desde el Danubio á la Ethiopia, y de Este á Oeste desde el Tigris al Atlántico, un puñado de hombres se atrevió á desafiar el formidable y por todos acatado poder de Octavio Augusto. Fué preciso que el mejor general del Imperio, Agripa, se pusiese á la cabeza del ejército pacificador; fué necesario que el mismo César bajara los peldaños de su trono para someter en persona á los intrépidos montañeses. ¿A qué debe atribuirse esto? No pretendemos poner en duda el indomable valor de aquellas tribus; pero los lusitanos también resistieron con heroísmo las acometidas del pueblo-rey y fueron por fin dominados, por la sencilla razón de que su país era menos accidentado y más impropio para la defensa que la región del Norte. Por eso Augusto, para evitar nuevas insurrecciones, hizo que los habitantes de las montañas bajaran al país llano, donde las legiones romanas podían maniobrar desembarazadamente. Cuando los árabes destruyeron la monarquía visigoda, los vencidos en Guadalete se refugiaron en la región más fragosa de la península, que por esta circunstancia fué la cuna de la monarquía restaurada. Una cosa semejante sucedió en Inglaterra. Los bretones, con su héroe legendario Arturo, se sustrajeron por mucho tiempo al yugo de los sajones en las montañas de Cornuailles, y cuando tuvo lugar la invasión normanda, el pantanoso país de los Feus vino á ser el último baluarte de los anglo-sajones que no quisieron someterse á los vencedores de Hastings. Por último, la Inglaterra misma debe en parte á su situación insular el haber sido en todos tiempos blanco intacto de la política avasalladora de algunos pueblos europeos.

Este resultado se observa igualmente en la organización interior de las nacionalidades. Un país fragoso convida á la libertad; un suelo llano difícilmente se sustrae al yugo del despotismo. Suiza, la región más accidentada de Europa, es también la más libre. Rusia, el país menos montañoso, es la úni-

ca nación europea que apesar de las corrientes revolucionarias aún conserva las antiguas formas absolutas. Pudieran citarse numerosas excepciones á esta regla. La Turquía, cruzada por diferentes cordilleras, se rige por un despotismo que apenas consiguen disfrazar instituciones sin fuerza ni prestigio. Por el contrario, las libertades públicas han echado profundas raíces en las llanuras del Missisipí y del Orinoco. Pero estos hechos, si bien prueban la existencia de otras causas que influyen en el régimen político de los Estados, de ningún modo niegan la influencia de la configuración del suelo; pues no cabe duda que los hondos valles y los estrechos desfiladeros, ofrecen guaridas inaccesibles á los que quieren resistir á la fuerza gubernamental; y es sabido, porque la Historia nos lo muestra, que mediante la insurrección, es como los pueblos han conseguido derrocar la tiranía.

Existen otros agentes que obran sobre las sociedades. Tales son los tres reinos de la naturaleza. El reino mineral constituye un factor importantísimo del progreso social. Sabido es el papel que representó el sílex en las edades primitivas. Fué un arma poderosa contra los gigantestos animales del período del Mamuth, y al mismo tiempo un elemento esencial de bienestar relativo. Sin él, quizás hubiese sucumbido el hombre en la lucha contra aquella naturaleza brava y salvaje. Cuando á la industria de la piedra vino á sustituir la de los metales, la especie humana dió un paso agigantado en la senda del progreso. Las artes mecánicas adquirieron un vuelo sorprendente, la manera de vivir del hombre se hizo más desahogada y cómoda, y se echaron las bases de un orden social más perfecto, todo debido al descubrimiento del bronce y del hierro. Mas no necesitamos ciertamente remontarnos á lejanas épocas para demostrar esta verdad. Echemos una ojeada en nuestro derredor, y al preguntarnos qué sería de todo el movimiento industrial que han obrado en nuestros días las máquinas movidas por la fuerza expansiva del vapor, si desaparecieran de súbito el hierro y el carbón de piedra, podremos venir en conocimiento de la importancia que tiene el reino mineral en sus relaciones con el estado social de los pueblos.

La flora y la fauna obran también sobre la sociedad, ya sosteniéndola, ya influyendo en su disolución. Hace observar Spéncer que la escasez de plantas alimenticias suele oponerse al progreso; al paso que su abundancia multiplica la población, y es causa indirecta de perfeccionamiento. En cuanto á la fauna, con sólo recordar que ciertos animales son útiles al hombre, mientras que otros le originan grandes perjuicios, se podrá comprender su poderosa influencia. Sin los animales domésticos no le hubiese sido posible al hombre dedicarse al pastoreo y á la agricultura. Por otra parte, la abundancia ó escasez de ciertas especies, determinan las ocupaciones de las tribus, y por consiguiente, su estado social. Allí donde la fauna está representada por numerosos rebaños, el hombre se dedica á la caza, mientras que en el caso contrario tiene que emplear sus fuerzas y su inteligencia en otras ocupaciones más nobles, en el sentido de que influyen más en la civilización, tales como la agricultura y' la industria. A veces el hombre está identificado con la fauna que le rodea. Esto puede observarse principalmente en las edades de piedra. Los progresos de aquellas remotas épocas apenas consistieron en otra cosa que en los de la industria. Pues bien; ésta sigue el proceso que le determinan las variaciones de la fauna. El período de Mamuth se caracteriza arqueológicamente por la industria de Saint-Acheul, y el del período del Reno por la industria de Solutré. ¿Puede creerse que fuera casual esta coincidencia? En manera alguna, teniendo presente que el hombre fabricaba sus armas, bien para defenderse de los ataques de los animales, bien para darles caza y servirse de sus carnes para su alimentación.

Por eso la lanza de Saint-Acheul es tosca y pesada, á propósito para herir á gigantescos paquidermos, mientras que la lanza de Solutré es ligera y de poco espesor, como debe ser toda arma defensiva que se esgrime contra pequeños ruminantes é inofensivos solípedos. Pero hay más aún: en estas edades prehistóricas, el hombre, casi esclavo de la naturaleza, llegó á vincular su existencia á la de la fauna que le rodeaba, hasta el punto de emigrar y extinguirse con ella. Tal es lo que sucedió con la raza de Cro-Magnon, cuya ruina tuvo

lugar á fines del período cuaternario, es decir, en el momento de desaparecer de Europa la fauna representada por el Reno.

Pudiéramos entrar en otro orden de consideraciones, pero basta con lo dicho para probar una verdad tan incontestable como la influencia de la naturaleza. Hoy día ni los más exaltados espiritualistas se atreven á sostener que somos indiferentes á las impresiones que recibimos del mundo exterior. La Historia nos muestra por otra parte, en cada una de sus páginas, que pueblos de una misma raza, cuyas costumbres son idénticas mientras viven juntos, cuando se separan adquieren hábitos nuevos, en cuya formación es indudable que interviene mucho la naturaleza física. Demás de esto, si los hombres son ramas de un mismo tronco; si los libros sagrados y los más concienzudos estudios hechos por los sabios de todos tiempos proclaman la unidad de la especie humana á vueltas de sus vicisitudes históricas, y apesar de las diversas razas en que dicha especie se divide, nadie puede negar que al género de alimentación y á la naturaleza del suelo se deben en parte las diferencias que separan á los hombres, no solo en lo que hace relación con los órganos corporales, sino también con el mayor ó menor desarrollo de las facultades del espíritu.

Conocida es por todos la tradición de la dispersión de las gentes. La ciencia no ha pronunciado aún su última palabra sobre tan importante cuestión; pero el hecho en el fondo es indudable. ¿A qué obedecieron en sus excursiones? Los libros sagrados dicen que á los preceptos de Dios. Dios manda al género humano que se disperse. ¿Es por mero capricho? Los designios de la Divinidad reconocen causas más poderosas. Era necesario que las gentes habitaran los países que estaban más en armonía con su misión histórica: he aquí cómo se suele explicar el gran hecho de la dispersión. La explicación, aunque no satisfaga á algunos, encierra una verdad profunda. La especie humana para llenar su misión necesita multiplicar su actividad. Un solo pueblo es impotente para realizarlo. De aquí la conveniencia de la multiplicidad de naciones, y de que los hombres habiten diferentes territorios. Y nada importa que al preguntar la razón de este hecho haya

variedad de pareceres, opinando unos que el mundo moral procede del mundo físico, y dando otros al segundo la prioridad respecto al primero; porque siempre resultará que existe armonía entre ambos.

«¿Puede negar alguien, dice Mr. Cousin, que el hombre de las montañas tenga el mismo carácter, las mismas ideas y desempeñe en el mundo el mismo papel que el hombre de la llanura, el habitante de la costa, el insular? ¿Creéis que el hombre consumido por los fuegos de la zona tórrida está llamado al mismo destino que el que habita en las heladas regiones de la Siberia?» La observación del filósofo no puede ser más exacta. Si las respectivas misiones de los pueblos no son hijas de la naturaleza, guardan al menos con ella íntima relación. A buen seguro que una nación belicosa, llamada á extender su imperio por medio de las armas, no habitará una isla perdida en el fondo de los mares, ni un pueblo dotado del genio agrícola, vivirá en un suelo erial é improductivo.

¿Habremos de creer por esto que el hombre está encadenado á las influencias naturales hasta el punto de no poder contrarrestarlas? No; el hombre no es un esclavo de la naturaleza, no es un Prometeo encadenado al suelo en que vive, ni una planta como pretende Herder, que da en cada país los frutos que puede producir. De otro modo no valdría seguramente la pena de que Dios le hubiese dotado de facultades superiores. El poder del clima es incontestable, pero no tan grande que destruya la libertad de obrar, y sea el único móvil de las acciones humanas. Sería curioso ver explicados los grandes hechos de la Historia por solas las influencias climatológicas. Frecuentemente vemos pueblos que en nada se parecen en cuanto á su carácter é inclinaciones, apesar de vivir en un mismo territorio, mientras que otros se asemejan mucho y habitan diferentes climas. Humme cita el hecho de haber conservado los judíos en todos los países sus antiguos hábitos. ¿No es esto una prueba irrecusable de que hay otras influencias que vienen á anular las de la naturaleza?

He aquí por qué los que pretenden elevar á sistema la teoría de las climas, generalizando hechos aislados y aun

incierto, han incurrido en errores desmentidos por los hechos mismos. Hipócrates afirma que los asiáticos son menos belicosos y de un carácter más dulce que los europeos, y al preguntarse la causa de esta diferencia, la atribuye á la temperatura. Montesquieu abunda en las mismas opiniones. La debilidad es, según él, un efecto del calor, y el valor una consecuencia del frío. Esto es ir más allá de lo que la observación y el buen sentido lo permiten. No se puede negar que el excesivo calor comunica flojedad á los órganos, y que los fríos intensos producen efectos contrarios; pero no debemos echar en olvido que otras causas más poderosas que el clima pueden influir en el valor de los individuos y en el genio belicoso de las naciones. Las tribus celtíberas de España no necesitaron seguramente de temperaturas glaciales para luchar, con un arrojo de que apenas hay ejemplo en la Historia, contra los pueblos invasores que trataron de dominarlos. Pero ateniéndose á la afirmación de Hipócrates, ¿es cierto que los pueblos asiáticos tienen un carácter más dulce y son menos belicosos que los europeos? Los asirios y los persas, en sus excursiones guerreras, lo llevaban todo á sangre y fuego, no respetaban al vencido, trasplantaban naciones enteras, como si fueran rebaños, de unos puntos á otros de sus vastos imperios, y su crueldad, de que por desgracia tenemos numerosísimas pruebas en la historia, llegaba al refinamiento. ¿Dónde se descubre, pues, esa pretendida suavidad de costumbres? Y si por otra parte sabemos que en el Asia florecieron grandes conquistadores; si tenemos presente que allí se fundaron poderosos Imperios, que fueron los primeros ensayos de monarquía universal; si recordamos, en fin, que de una península asiática, la Arabia, salió un pueblo que á fuerza de los golpes de su corva cimitarra se propuso someter al mundo á la religión del Profeta, ¿no podremos deducir que en punto á ardor bélico quizás fuesen los pueblos del Asia superiores á los pueblos de Europa?

Guardémonos, pues, de dar á la naturaleza una esfera de acción más extensa de la que realmente le corresponde. Sucede con esta teoría como con la escuela providencialista. Reducida á sus justos límites, no puede rechazarse; exagerada

su acción sobre los individuos y los pueblos es inadmisibile. Mientras Hipócrates y Montesquieu se limitan á hacer consideraciones generales y á citar algunos hechos aislados, como para dar más fuerza á sus aseveraciones, todos están conformes; pero cuando convierten los hechos accidentales en verdades absolutas, elevándolas á la categoría de un sistema, corren el riesgo de anular la libertad de albedrío bajo la irresistible presión de los agentes físicos. Montesquieu ha sido acusado de fatalista. La acusación más bien debe dirigirse contra su sistema; es decir, que el autor del *Espíritu de las leyes* va más allá de lo que pretende. Es fatalista sin quererlo y sin saberlo, pues lejos de negar la libertad humana, la reivindica en numerosos pasajes de su obra. Una cosa semejante vemos que sucede con las doctrinas de San Agustín y de Bossuet y con la escuela de la inmanencia defendida por Laurent, lo cual significa que las exageraciones providencialistas y naturalistas conducen á un mismo resultado.

¿Cuál es, pues, en definitiva, el papel que la naturaleza, considerada como elemento subjetivo, viene á desempeñar en la Historia? La respuesta es muy sencilla, atendidas las consideraciones precedentes. La naturaleza física es un factor de la Historia, mas no en el sentido de que deban atribuirse á ella las acciones humanas, librando al individuo de toda responsabilidad. Las influencias naturales existen, pero no obran necesariamente. Son simples excitantes que atenúan la responsabilidad sin destruirla, porque el hombre puede contrarrestarlos, sobre todo con la educación, quedando así á salvo su libertad de arbitrio. De otro modo el sér racional se identificaría con los brutos, que no reconocen otro móvil en sus acciones que sus naturales instintos. Lo que decimos de los individuos podemos hacerlo extensivo á los pueblos. También éstos tienen sus inclinaciones naturales, pero mediante la educación pueden ser modificadas. Por eso se observa, tanto en los individuos como en las naciones, que las influencias de esta clase están siempre en razón inversa del grado de cultura. «Trazadme, dice Cousín, la carta de un país, determinadme su clima, habladme de sus aguas, vientos, producciones, y yo me encargo de deciros *à priori* cómo

ha de ser el habitante de ese país, no accidental, sino necesariamente.» Difícil le hubiera sido á Mr. Cousin cumplir lo que ofrecía tratándose de un pueblo civilizado; pero casi hubiera podido hacerlo con un salvaje. Las primitivas tribus de Caustad y de Cro-Magnon fueron lo que debieron ser con arreglo á las condiciones climatológicas y á la fauna y flora de los países que habitaban. En el Oriente aún se dejaba sentir con fuerza, pudiera decirse irresistible, el dominio de los agentes exteriores; pero ya en Grecia, el hombre se conceptuó y fué de hecho superior á la naturaleza física. No otra cosa significa la circunstancia de que la religión de los pueblos orientales fuese la apoteosis de las fuerzas naturales, al paso que la de Grecia deificaba las virtudes y las pasiones humanas, sistema que se conoce por esta razón con el nombre de antropomorfismo. Y es que la sociedad, de la misma manera que el individuo, tiene sus períodos de infancia y de virilidad. En la primera, sus fuerzas apenas son suficientes para resistir á las influencias del medio; en la segunda, no sólo las resiste, sino que las domina, y lejos de ser esclavo de la naturaleza, convierte á ésta en dócil instrumento de sus vastos planes y de sus atrevidas combinaciones. Si en el siglo del vapor y de la electricidad tuviese alguno la peregrina idea de sostener que las naciones están supeditadas, como humilde siervo á su señor, á las condiciones climatológicas de los países en que viven, caería en el ridículo y nadie se tomaría la molestia de concederle los honores de la refutación.

«En los primeros tiempos de la evolución social, dice Spéncer, el progreso depende mucho más de condiciones locales que en tiempos posteriores. A no dudarlo, las sociedades que actualmente conocemos mejor, las de organización más compleja, las que disponen de más medios, las que poseen mayores conocimientos, pueden, merced á múltiples artificios, prosperar en un suelo desfavorable. Como lo mismo sucede en tipos sociales inferiores actualmente existentes, podemos deducir que la influencia de los factores originarios externos ha sido mayor aún en los tipos sociales menos desarrollados que antecedieron á los actuales.» Este pasaje

es muy notable. Si no fuese de Spéncer podría decirse que revela una confianza ilimitada en las fuerzas humanas, especialmente cuando han adquirido cierto grado de desarrollo.

El influjo de la naturaleza es, pues, relativo. Su esfera de acción no tiene límites fijos é invariables. Se ensancha y se estrecha, según el estado social de los hombres y de los pueblos. Los australis y los miserables moradores de la tierra del Fuego, son como los ha hecho la naturaleza; pero el europeo es según la educación que ha recibido y el uso que ha hecho de las facultades de su espíritu.

RAMÓN L. DE VICUÑA.

(Se continuará.)





SATANELLA

POR

G. - I. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)

ENTRE las muchas extravagancias que distinguen á nuestra sociedad, ninguna es más inexplicable que el prurito de elegir el teatro para una amorosa cita. No hay sitio en el mundo donde se esté más en evidencia, sobre todo en las butacas, esos asientos que parecen hechos para presentarnos á las personas, así de frente como de espaldas. Allí se ven todos los gestos, se perciben todos los murmullos y hasta cuando se habla alto, cosa que no cabe mucho durante la representación, no pueden comunicarse á una dama verdades ni mentiras, entre el público que paga, con el único fin de ver, oír y divertirse por su dinero. Y sin embargo, apesar de tantos obstáculos para las confidencias, apenas una hermosa pescadora con caña ha sentido que el pez *muerde*, para emplear el lenguaje de los pescadores, arrastra su presa hacia un pequeño teatro donde por medio de misteriosos procedimientos que ya conoce, fija perfectamente el cebo en el anzuelo.

(I) Véase la pág. 346 de este tomo.

Saint-Josephs se vistió aquella noche con mucho cuidado. No era un petimetre marchito, un dandy arrugado, rizado y ceñido, adelantándose con pasos vacilantes y botinas barnizadas, hacia la tumba. Tenía, por el contrario, la sabiduría de envejecer graciosamente, y bajo el punto de vista del porte y del traje, hacía adelantar más bien que retroceder la mano del tiempo.

Aquella noche no obstante deploró las arrugas que surcaban su rostro, y la calvicie que ponía al desnudo parte de su cabeza. Diez años, pensaba casi amargamente, diez años menos y sería igual á los más apuestos y á los más jóvenes. Si tuviese diez años menos, ella podría quererle. Pero ¿sucedería ahora? Sí ciertamente, así debía ser, porque él la amaba mucho.

—El cupé está en la puerta, mi General—le dijo el asistente, que había sido soldado á sus órdenes.

Este criado era un personaje de un temperamento tranquilo, pero de un carácter algo rebelde, cuya particular opinión era que su amo se conducía desde algún tiempo como un viejo verde y chocho.

El General subió á su coche con un aire cuidadoso y distraído, y se hizo llevar al viejo Club de los militares, donde comió calenturiento y sin apetito.

El pescado le pareció insípido, las chuletas desabridas y prosáica la conversación de un antiguo camarada sentado en una mesa inmediata, alegre veterano amigo de historias algo picantes, que aún sostenía muy bien lo que él llamaba su traguito de Oporto. Nunca los discursos de aquel buen hombre le habían parecido tan idiotas, ni tan voraz su estómago, ni tan estúpida y hueca su risa. ¿En qué pensaría Saint-Josephs, cuando al hablarle él, que estaba inscrito siete años más tarde en el Anuario militar y tenía cinco años menos, según las partidas de bautismo, decía: «La gente de nuestra edad...»? ¿Por qué no podía comer sin distracciones, saludando con frecuencia á su vecino y dándole golpecitos en el hombro? Al sorber su hirviente café, cuando su compañero no había llegado todavía á los postres, el General sentía cierto remordimiento mezclado con una alegría ficticia,

remordimiento por la frialdad y reserva con que trataba á un antiguo y fiel amigo. Algo le advertía interiormente que cuando el amor de todas las mujeres de Londres estuviese para él apagado, aquel buen rostro, encarnado y jovial, se volvería aun hacia él con afectuosidad sincera.

Sin embargo, en la puerta del teatro el corazón de Saint-Josephs latió con delicia. Había calculado tan bien su llegada, que su coche se paró en el momento mismo en que la señora Lushington y la Srta. Douglas bajaban del suyo. Feliz ya, y presuroso como un joven, entró con Santanella del brazo, colocándose entre ella y su amiga; ayudó á aquellas señoras á quitarse los abrigos y les hizo traer banquetas y el programa escrito siempre con sobriedad de detalles, pero lleno en cambio de un fuerte olor de almizcle.

¿Tengo ahora necesidad de añadir que dirigió primero la palabra á la Sra. Lushington, ó que viendo una butaca vacía al lado de la Srta. Douglas, empezó á preocuparse acerca de quién sería el que habría de sentarse en ella?

Satanella parecía cansada y distraída. Las bromas de *El tío Jack* no le hacían gracia alguna. Cuando Saint-Josephs encontró por fin algo que decirle, inclinó la cabeza con bastante amabilidad á su lado, pero se negó obstinadamente á recoger y hasta á comprender sus tiernas alusiones, interesándose en aquel momento, y sólo entonces, en lo que pasaba en la escena. El General se creyó obligado á hacer otro tanto; cerró sus labios y escuchó.

Todos los espectadores reían á carcajadas. Un célebre gracioso, en paños menores, corría de acá para allá en la escena, que representaba una alcoba de posada. El actor agitaba la campanilla, tropezó con el cubo del carbón y acabó por derribar su palangana. Todo el mundo se reía, y Saint-Josephs se sorprendió pensando en el inmortal Pickwick, que enviaba la facilidad con que se divertían los amigos de Mr. Peter Magnus. Volviéndose hacia su vecina, advirtió que la butaca del otro lado no estaba ya vacía y que el que la ocupaba era... Bellorita.

Bellorita era, pues, el caballero que había encontrado para acompañante la maliciosa Sra. Lushington.

Susceptible, celoso, inaguantable, porque amaba realmente, Saint-Josephs experimentó una contrariedad, que parecía muy desproporcionada con la causa que la originaba. Se hubiera sentido aliviado hablando francamente á la Srta. Douglas y riñéndola...; pero, ¿de qué había de reñirla? No era ella quien rogó á Bellorita que viniese, ni ella era tampoco la que había guardado aquel asiento vacío, y su animación y su abierta sonrisa sólo probaban que el encuentro había sido casual y le causaba agradable sorpresa.

En cuanto á Bellorita, había ocupado su sitio con la misma imperturbable calma que si se hubiese sentado al lado de su abuela. Sólo después que hubo retorcido su bigote, abotonado sus guantes y sujetado sus gemelos, encontró tiempo para dirigirse á su vecina y decirle que no ignoraba que tenía que encontrarse allí, pero que no creía hubiese comido tan pronto. Añadió luego que hacía mucho calor en la sala, que las butacas eran incómodas y que si ella no había visto nunca aquella pieza, le parecería algo menos mala. El General le trató en sus barbas de osito mal lamido y se preguntaba cómo semejante conversación podía hacer sonreír á la interesante y orgullosa Satanela.

¿Qué tenía ella luego que cuchichear detrás de su abanico, aquel abanico que tanto le gustaba á él ver abrirse, por conservar en sus pliegues el suave perfume de su aliento? No supo si debía tranquilizarse ó enfadarse, al comprender, por ciertas palabras cogidas al vuelo, que la joven se informaba del estado de la yegua negra. Le contrariaba que aquellos dos jóvenes tuviesen un interés común, absorbiéndoles hasta el punto de hablar allí en voz baja. ¿Por qué no habían de fijarse en la representación, puesto que habían venido para verla?

Aunque la Sra. Lushington estaba ya cansada de la admiración banal y más bien fatigosa que las mujeres como ella encuentran á cada paso en la superficie de la sociedad de Londres, se sentía siempre dispuesta á recibir homenajes y á prender á un nuevo cautivo en la red que con tanto cuidado arrastraba por las aguas limpias, y también turbias, de su vida. Sin embargo, no había tenido nunca la idea, antes de

que su amiga la hubiese instado á intentar la conquista del General, de que Saint-Josephs valiese la pena de ser cogido. Juzgando ahora el momento propicio, quiso principiar á ser coqueta, según su método ordinario.

—¡Cuántas lindas mujeres!—murmuró.—¿Qué os parece, General? No he visto á tantas bellezas reunidas desde el baile de Lady Scavenger.

Apesar de estar distraído su compañero, que tenía mucha costumbre de la sociedad, lo que es indudablemente una segunda naturaleza, respondió:

—No hay más que dos mujeres muy lindas en la sala, por lo que veo, y son las que me han pedido que las acompañase al teatro.

La Sra. Lushington tenía una manera seductora de bajar los ojos y volverlos á levantar muy rápidamente, con una mirada semi-tímida y semi-maligna, pero del todo asesina. El General, á despecho de sus preocupaciones, sintió la influencia de esta mirada, y mucho más cuando la joven replicó:

—Habláis así porque creéis que todas las mujeres son vanas, amigas de que se las adule y sin corazón. Esto no prueba sino que las conocéis muy poco. ¿Podréis sostener—añadió en tono más ligero—que no es muy linda aquella muchacha que está allí, en la segunda fila de las butacas, con una cinta malva en el pelo?

Era linda en efecto aquella joven indicada, y el General lo comprendía así; pero como era un veterano bajo muchos conceptos, se limitó á observar con tono sentencioso:

—Le faltan colores... es demasiado pálida y demasiado rubia, y apostaría á que tiene en la cara manchas cobrizas.

—Ya sabemos que sois admirador de las morenas—repuso la señora,—y sin esto no estaríais aquí.

—No sois morena—respondió con galantería el General,—y sin embargo yo sabía que vendríais también.

—Este *también* lo echa todo á perder—murmuró ella, con una segunda mirada más asesina todavía.—¡Silencio! Ya es inútil que repliquéis una palabra. Si no os place hablar ahora con ella, ocupaos de lo que representan.

En aquel momento Satanela contemplaba el perfil de la

cara de Bellorita, y se preguntaba con admiración si podía haber otro hombre que tuviese un aire tan apuesto y pareciese ignorar tanto sus propias ventajas. Walters, á quien este examen impresionaba muy poco, seguía las peripecias de la escena con verdadero gusto; se reía cordialmente á cada situación burlesca, y hasta daba con el codo á la Srta. Douglas para que no se le escapase alguna chanza de brocha gorda.

¿Podía haber otro en el teatro capaz de aceptar con tanta sangre fría una situación tan envidiable? ¿Le amaba ella más ó menos por esa misma indiferencia extraña que demostraba ante sus encantos? Dejo á las mujeres cansadas del mundo y de victorias la tarea de responder á esta pregunta.

La Srta. Douglas se aventuró al fin á tomar la palabra.

—¿Ganará? ¿Qué os parece, Bellorita?—preguntó.

Y dijo estas palabras con un murmullo tan bajo tan bajo, que habría hecho estremecer todo el cuerpo del General, pero que no tuvo otro efecto en Bellorita que el de hacerle decir:

—Tened la bondad de hablar un poquito más alto.

Ella repitió su pregunta, añadiendo con ternura que confiaba en que todo iría bien y que la yegua negra, su común favorita, le sacaría del compromiso en que se encontraba.

—Si no lo hace, todo habrá concluído—replicó Bellorita.—Tendré que dejar el regimiento, *Bill* me sucederá en el mando de mi compañía y estaré arruinado.

—¡Bellorita!—exclamó ella con ansiedad,—¿cuánto necesitáis para arreglar vuestros asuntos?

Walters pareció calcular con los dedos enguantados de su mano derecha; tenía el aire más serio posible, y respondió brevemente:

—Dos mil.... Esta suma me bastaría para salir de trampas; pero necesitaría tres para ponerme á flote.

Ella bajó la cabeza y sus hermosos colores se desvanecieron. Bellorita no observó aquella impresión, porque la comedia había llegado á su desenlace y la escena estaba llena de personajes, que tropezaban unos con otros en las variadas y burlescas alternativas de una especie de caza en la que todos iban en busca de los vestidos de los viajeros; pero le lla-

mó la atención la triste y grave despedida que le dirigió al tomar el brazo del General, con un apresuramiento que colmó de alegría al amoroso veterano. Nunca se había ella manifestado tan tierna ni confiada con Saint-Josephs. Hasta le pareció á éste que cuando oprimía dulcemente su brazo contra su pecho, ella respondía á esta presión; y al llegar el momento de la despedida, creyó también que le dejaba la mano más tiempo que de costumbre.

Nunca, á despecho de un fuerte dolor de cabeza y de ciertos achaques de reuma, se había encontrado más dichoso aquel militar aguerrido.

CAPÍTULO VII.

EN EL CLUB.

En la calle, el empedrado estaba seco, el aire glacial, la luna fría y brillante. Bellorita, con la cabeza baja, las manos en los bolsillos y un cigarro en la boca, reflexionaba seriamente en la sensible influencia que el descenso de la temperatura podía tener en su suerte. Un terreno endurecido podría ser perjudicial al arrastre de Satanella, lo que aseguraría alguna ventaja á los caballos de Irlanda..., donde hiela raras veces. Pensando en la yegua negra, tuvo también que pensar en la Srta. Douglas, y mientras que andaba á lo largo de Pall Mall, recordó su primer encuentro con ella, y, siguiendo un eslabón tras otro, desarrolló entre muchos días de sol y muchas veladas pasadas á la radiante claridad de las arañas, aquella larga cadena que había estrechado su intimidad y les unía en sólido afecto.

Hacía dos años, aunque parecía la víspera, que, guiando el *break* del regimiento Ascot, había detenido su carruaje, con mucha exposición suya, en una vuelta incómoda, á la entrada del campo de las carreras, para dejar pasar el cochecito y los *poneys* de la Srta. Douglas, atención que le valió el

ser presentado en el recinto de las carreras á la bella conductora y á su compañera, que no le escasearon las gracias ni las protestas de agradecimiento. Se acordaba entonces de qué manera le había detenido la joven hablando hasta que fué ya demasiado tarde, para poder montar á *Judas*, y se acordaba igualmente de lo mucho que le había contrariado el ver que aquel valiente caballo había ganado luego, con gran regocijo de lo más selecto de los espectadores.

No se le había olvidado tampoco cuánto insistió la joven para que él fuese á verla á Londres, cómo se paseaba con ella á caballo por la mañana, sus encuentros en los bailes y tertulias, el *pique-nique* que él había organizado en Hampton Court en honor suyo, y consideraba á la Srta. Douglas como la más graciosa y la mejor amazona del mundo. Se hubiera alegrado de que fuese hermana ó cuñada suya, pero nunca le había pasado por la imaginación la idea de casarse con ella. Pensaba en aquel momento, sin suspirar ni sonreír, en su opulenta belleza y en sus negros y brillantes cabellos; pero calculaba de qué manera podría ponerla en buena posición para la carrera y restituirle su común favorita sana y salva después de la gran prueba, en la que contaba salir triunfante.

Todos los dragones no son sensibles en igual grado, y Walters era un sujeto de carácter difícil, tanto á causa de la actividad de su cuerpo y de su imaginación, como por el ardor con que se entregaba á los asuntos del momento, cualesquiera que fuesen, por otra parte, estos asuntos.

El trabajo de la yegua, su herraje, su alimento y su agua, eran ahora cosas que de tal manera absorbían á Bellorita, que sin los lazos que unían á *Satanella* con la señorita del mismo nombre, esta última no hubiera ocupado sitio alguno en sus pensamientos. Reflexionaba de nuevo en la eventualidad de una fuerte helada y en el arrastre de *Satanella*, cuando llegó á la esquina de Saint-James-Street; volvió dicha esquina y entró en uno de aquellos agradables retiros, donde los hombres se reúnen á la caída de la noche para fumar y charlar, con aquel amable compañerismo que resulta de la comunidad de gustos y de las copiosas comidas rociadas con buenos vinos de mesa.

Una docena de personas ocupaban la sala, y uno de los miembros de la sociedad en mangas de camisa apesar de la estación, se inclinaba sobre el tapete verde de un billar. Aclamaciones menos ruidosas que sinceras saludaron la entrada de Bellorita, y las copas llenas de una bebida espirituosa preparada con arte, se levantaron hasta los labios para dar una muda pero cordial bienvenida.

—¡Me habéis hecho perder un punto, tunante!—exclamó el jugador de billar que acababa de echar á perder su carambola.—Tenéis la culpa, pero os perdono. Vamos á ver, ¿qué hacéis en Londres con un tiempo así?

—Lo mismo se cuida Bellorita de cazar, como de que le ahorquen—dijo un hombre alto y grueso sentado en el sofá.—Veamos, querido, decidnos la verdad, ¿cuántos perros habéis reventado en esta estación?

—Más perros he reventado, que zorros habéis cogido—replicó Bellorita con calma,—lo que por cierto no quiere decir muchos. Hablando seriamente, Jack, sería preciso que pensaseis algo respecto de vuestros galgos. Me han dicho que se habían vuelto tan pesados, que si encuentran la caza á las diez y media de la mañana, no vuelven nunca hasta la noche. Supongo que cuando hayáis empezado á desechar los peores, no os quedará más que la perrera.

—¡Así os ahorquen, granujilla presumido!—dijo el hombre grueso riendo.—Os creéis con derecho á dar vuestra opinión, porque no tenéis empacho de montar á caballo; pero habéis de saber que ya no lo hacéis tan bien, y necesitáis que os preparen anticipadamente los sitios en las empalizadas. Si entendieseis lo más mínimo de verdadero sport, no estaríais en Londres á estas horas.

—¿Y cómo he de cazar sin caballos?—replicó Bellorita, ocultando su joven é interesante rostro en una copa enorme.—Todos los perros corredores no son como los vuestros, amigo, y cuando me pongo calzón y botas, quiero ir más deprisa que un irlandés que lleve un cerdo al mercado. Este es el motivo de no haber ido á visitaros.

—¡Vaya al diablo el impertinente!—refunfuñó el hombre grueso, que no encontró otra respuesta más oportuna.

Y después de una pausa, añadió como admirado:

—No hay como este tunante para burlarse de todos. Me es igual; pero no os dejaré en paz; es menester que vayáis á mi casa luego que terminen las carreras de Northampton. Ya sabéis que está en vuestro camino y os vendrá perfectamente para descansar.

—Con mucho gusto lo haría—replicó Bellowita,—pero no puede ser. Me esperan en Punchestown el 17 y tengo que estar en Irlanda por lo menos quince días antes de las carreras.

—¡En Punchestown!—exclamaron cinco ó seis voces.—¡Oh! ¡oh! aquí hay algo. Tenéis algún buen negocio preparado. De nada sirve ocultárnoslo, Bellowita. Decidnos lo que es ello.

(Se continuará.)





REVISTA DE TEATROS

DEJAMOS de exprofeso en la última quincena para ocuparnos de él en la que hoy termina, el Circo-Hipodromo de verano, dirigido por el artista ecuestre Domingo Rizarelli, y del que es empresario el activo D. Felipe Ducazcal, y como empeñamos nuestra formal palabra, no es justo defraudar las esperanzas de nuestros lectores, tanto más cuanto que debajo de aquel paramento de tablas y lona se ocultan artistas ecuestres y acróbatas de verdadero mérito, sin que vengan precedidos de ese bombo altisonante y excesivo que acompaña á los que forman parte de la compañía que actúa en el de Price, y lo que, á decir verdad, está muy por debajo de estar formada en su mayor parte por artistas españoles, dignos éstos, como los extranjeros que los acompañan, del justo favor que el público les tributa, de los legítimos triunfos que todas las noches se conquistan, desmintiendo el dicho vulgar de que lo barato es malo.

Madame Liria, en sus aplaudidos ejercicios con su caballo *Serrano*, es digna de la fama que legítimamente goza, y artista digna de un circo de primer orden, como lo prueban los ramos que caen á sus pies todas las noches y los ruidosos bravos que oyen entusiasmados los que por falta de bille-

tes ó de dinero permanecen fuera del local, contentándose con asistir de oídas al espectáculo.

Los hermanos Teresa, Romero, los clowns Pichel y Bartolo, los hermanos Milotis, las *écuyere* y cuantos artistas toman parte en el espectáculo, sin excluir al director Sr. Rizzarelli, con sus seis caballos amaestrados, componen la *troupe* más igual y artística que hemos conocido hace algunos años desde que Price en su antiguo circo de Recoletos y Cinesselli en el de Rivas se hacían ruda y tenaz competencia.

Y no son estos elogios hijos de la imparcialidad y del favoritismo, mal contagioso y epidémico de todos los críticos contemporáneos y aun de los que ya no existen, ni nacidos tampoco del agradecimiento por recibir una localidad que á poca costa se adquiere, sino del efecto que nos produce ese género de *literatura aérea y cosmopolita políglota*, que así nos permitimos apellidarla por remontarse á los aires, ligeros de ropa y envueltos en tenues gasas, los que la cultivan, *hablar todos los idiomas conocidos* sin poseer ninguno y recorrer el mundo sin residencia fija en ninguna parte, prodigando sus saltos y piruetas.

También confesaremos, aunque ya es inútil después de lo dicho anteriormente, que no produce nuestro humilde juicio la competencia en la materia, confesando paladinamente nuestra ignorancia en el asunto; sino que nos sorprende, nos admira, y tiene el privilegio exclusivo de hacernos vagar por los espacios de la fantasía y trasladarnos momentáneamente á extraños climas y remotos confines todo el tiempo que dura el espectáculo.

Contemplar á un hombre ó una bella sílfide dominando con su voz y con su fusta seis caballos, dos elefantes y media docena de leones de ambos sexos, nos trasporta á los desiertos de Africa ó á los arenales de la Arabia, donde el caballo y la fiera son considerados como seres divinos á los que se rinde culto y respeto.

Cuando un robusto mancebo, casi en paños menores, trepa al trapecio, salta y se columpia en un alambre, nos consideramos en la India viendo dar saltos y brincos á sus moradores, ó en Tetuán admirando los monos sostenidos en la casi

desgajada rama de un árbol haciendo prodigios en el arte equilibrista, si tal nombre merece. La esbelta y ligera *ecuyere*, adornada de blanca tarlatana, frescas flores, brillantes pulseras, sedas, lazos y demás adminículos, y los gimnastas que hacen alarde de sus fuerzas, en sus juegos olímpicos, me representan los unos á los habitantes del Cairo cuando seco el canal que pasa por la ciudad en la menguante del Nilo arman ó armaban danzas ó bailes tan libres como ligeros, rodeados de gran concurso que celebraban sus gracias y sus contorsiones, y los otros á los pobladores del Asia ó los esclavos romanos, que ya corrían á caballo con unos palos cortos haciendo escaramuzas, ó se zurraban de lo lindo y sin pena, hasta producir el original del cuadro de Luna que se venera en la Exposición de Bellas Artes; todo esto exornado con el mismo ó muy parecido entusiasmo que manifestaban á voces ó gritos los ciudadanos, los caballeros y la plebe de Roma que ocupaban las gradas del Circo, y ahora expresan del mismo modo los que por el exiguo precio de 50 céntimos de peseta asientan sus reales en la desnuda tabla del Hipodromo.

Ya está en la pista presidido de una mesa en la que abundan platos, espadas, bolas doradas, abanicos, tablas simétricas, puñales de acerada punta, cuchillos de cortantes filos, con los que va á ejecutar juegos malabares; y en tanto que la diversión dura, me encuentro en la China; y tal es mi ilusión, que hasta veo la pagoda y admiro las delicadas facciones, breve pie, esbelto talle, rasgados ojos y torneada mano, prendas preciosas que adornan á la supuesta china compañera fiel del chino falsificado.

Parten el viento los gritos de los *chinos* de Lavapiés y Maravillas que presencian la fiesta y celebran la habilidad de los artistas, cuando una estridente y prolongada carcajada hiende los aires, y á sus prolongados ecos aparecen dos seres vestidos de abigarrados colores con pelos de diferentes matices jalbegados de almidón y almagre y se presentan en la pista cambiándose fraternales bofetadas, y en los intermedios cantan, tocan el pito, la trompeta, el violín, el clarinete y otros instrumentos músicos que traen á mi secular memo-

ria los trovadores, juglares, danzantes, músicos, ministriles y saltimbanquis de los siglos XII y XIII.

Así pasa el tiempo, con él la noche, y al terminar la función, al encontrarme *vis á vis* con el dios Neptuno y la diosa Cibeleis, divinidades acuáticas, digo para mi capote: me he reído, he pasado bien el rato, salvo algún susto producido por los animalitos que estaban de *tanda* ó las vacilaciones de algún acróbata *desvanecido*; pero respecto al mérito de los unos y de los otros, estoy en la misma ignorancia de siempre, y esta es la razón por la que al emitir mi juicio lo hago solo bajo la impresión que me producen.

* * *

Vengamos á otro género de espectáculos, si se quiere más serios, por más que no revisten este carácter ninguno de los propios de verano, entre los que el más propio de los de la estación, después del Hipodromo, es el de los Jardines del Buen Retiro.

Este sitio encantador y delicioso estuvo sin duda designado por la Providencia á ser la mansión encantadora donde las fiestas nocturnas tuvieran una digna representación. Ya en tiempo de Felipe IV fué espacio donde las bellezas que cubrían su hermoso rostro con el tupido manto en las orillas del Manzanares, se descubrían bajo aquellas enramadas para presenciar las magníficas comedias de Calderón, Lope, Tirso y Moreto, ser blanco de la sátira mordaz de Quevedo, escuchar las quejas que daba al viento el corcovado D. Juan Ruiz de Alarcón, aplaudir á la Calderona, y contemplarse requerida de amores en tanto duraban los juegos de artificio por el capitán de los tercios de Flandes, que con su retorcido bigote, rizada cabellera, anteado colete, prolongada espada walona de encaje, guantes de gamuza y sombrero de anchas alas y luengas plumas, se mostraba tan aguerrido en las luchas guerreras como en los combates amorosos.

Hoy los tiempos han variado, y del jardín predilecto de los madrileños queda un reducido espacio donde, siguiendo

la moda las huellas de los Campos Elíseos de París, los jardines de Londres y el Prater de Viena, el que hace muchos años, con sus encantos y sus vistosos y originales fuegos artificiales brindaba grato solaz y diversión amena á los idólatras de la cerveza, llama á voces á los vecinos de la villa de Madrid que no tuvieron la suerte de recorrer lejanas tierras á disfrutar de agradable temperatura, de una escogida compañía de zarzuela dirigida por el popular tenor cómico Sr. Orejón, en la que figuran las Sras. Vila, Pacovi, Sabater, y los Sres. Bosch y otros, que cosechan grandes aplausos en *Adriana Angot* y *El tributo de las cien doncellas*.

Por las tardes una *sección* de la *troupe*, que funciona en el Hipodromo, y el globo malogrado del Sr. Pastor, hacían las delicias del público que busca sólo diversión sin cuidarse de las exigencias de la moda; pero como en el mundo todo aquello que de humo y fuego se alimenta está expuesto á desvanecerse ó convertirse en pavesas, el globo del diplomático, marino y qué sé yo cuántas cosas más, Sr. Pastor, se vió presa de las llamas, dejando á la luna, no de Valencia, sino de Madrid, á los que dentro de aquel agradable recinto esperaban verle remontarse á las alturas y á los curiosos, que con el cuello estirado y la boca abierta, ansiaban verle cernerse en el espacio.

Este no ha sido un obstáculo para que los Jardines sigan animados, y que los concurrentes, si bien echan de menos el baile y los conciertos de otros años, oyen con gusto la armoniosa banda militar, que dirige el Sr. Scuadrani, y se sorprenden de los monumentales fraks que los camareros del *restaurant* ostentan sobre sus hombros, y que suponemos estarán en relación con la bondad del género que están encargados de servir, y si no tendremos paciencia y repetiremos el refrán aquel que dice: «Lo que no va en costuras va en beberos.»

Eso mismo decíamos nosotros, *sotto voce*, cuando en la tarde del 25 nos encontrábamos en aquel delicioso recinto, donde se verificaba el beneficio de los pobres de la parroquia de San Jerónimo.

El espectáculo se redujo á escogidas piezas de música, muy

bien interpretadas por la banda del segundo regimiento de Ingenieros en una breve representación de fantoches; que de tanto prodigados, han conseguido fastidiar á los chicos y aburrir á los grandes, pero en cambio la *hig-liffe* madrileña de la hermosura, de la nobleza, estaba allí dignamente representada y enlazándose con lo más notable de la aristocracia de la raza, de la política, de las letras, de las artes y las armas, formando vistoso grupo con esas flores de la juventuy y de la belleza, que lanzando sus primeros suspiros á la vida, y dando el sér á las magníficas concepciones del poeta, del pintor y del artista, vestidas con esa elegancia y buen gusto propio sólo de las españolas; mostrando en sus rostros el reflejo de las virtudes de su alma; iluminadas con los esplendorosos rayos de sus divinos ojos, daban vida y sér al delicioso verjel que estático y admirado las contemplaba.

SS. MM. y AA., cuya presencia no niegan nunca que se trata de enjugar las lágrimas del desvalido, acudieron también á aquel recinto, que presentaba un aspecto indescriptible.

* * *

Los demás teatros siguen su curso ordinario; en la Alhambra hizo fiasco *El rey de oros*, apesar de sus vistosos trajes y buenas decoraciones, y es extraño no le hayan acogido favorablemente los que hace tiempo buscan en vano, no digo yo un rey, sino una sota ó un as de cualquier palo de la baraja.

El de Recoletos vegeta casi al nacer y entretiene á los que allí se albergan en escaso número, con las obras que olvidadas de puro conocidas *D. Pompeyo en Carnaval* y *Bazar de novias*, y la nueva, según el cartel reza, *Para palabra Aragón*.

En el del Príncipe Alfonso siguen las mismas piezas y el mismo baile, la misma *Mis Leona*, sin más variación que el estreno que la... yo no sé qué titulada *Diez mil quinientas mujeres*, de cuyo mérito literario y musical nada debemos decir por aquello de *que es peor meneallo*.

* * *

En cambio los concursos de la Escuela nacional de música están sumamente concurridos y son una prueba más que coronan los esfuerzos de su digno director Sr. Arrieta y de los profesores Mendizábal, Falcó, Hernández, Lama, Serrano, Zabalza, Aguado, Llanos, Pinilla, Agero, Puig, Ronconi, Mirall, Inzenga, Martín y el malogrado Power, sus discípulos le honran, y esperamos con impaciencia ver los del Sr. Vico, que ausente siempre de su cátedra, debe dar las lecciones por el correo, medio nuevo, pero que será infalible si contra lo natural y lógico da buenos resultados y proporciona al teatro actores de que ya por desgracia carecemos, obligándonos el recuerdo de los que tantas glorias alcanzaron á decir lo que Jorge Manrique decía deplorando la muerte del Maestre de Santiago:

¿Qué se hizo del Rey D. Juan?

Los infantes de Aragón

¿qué se hicieron?

¿Qué fué de tanto galán?

¿Qué fué de tanta invención

como trajeron?

RAMIRO.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



A comenzado en el Congreso el debate político, y ha comenzado—lícito es decirlo—sin verdadero interés de parte de los que han de mantenerlo ni de los que hemos de presenciario. No hay quien no eche sus cuentas, y deduzca por saldo y liquidación incontestable que, cualesquiera que sean los alardes oratorios de las oposiciones, el Gobierno ha de resultar triunfante en toda la línea, sin que aquéllos logren menoscabar el prestigio de que disfruta en la opinión, de acuerdo con la cual fué llamado por la sabiduría de la Corona á restañar las heridas abiertas en la Administración, en la Hacienda, en el orden y en el crédito del país, cuyos intereses sufrieron graves perjuicios durante la gestión de los Gabinetes anteriores.

Las crisis ministeriales, dígame lo que se quiera, no se fraguan en un momento de arbitrariedad de las Cámaras ó de disgusto del Trono. Las labra el espíritu público, al compás de los sucesos, apreciando en lo que valen por efecto de lo que producen, los actos de los encargados de dirigir los negocios oficiales del Estado. Afortunadamente para España, hoy atravesamos una época de nueva restauración, eficaz y provechosa para las aspiraciones generales de cuantos no subordinan á las conveniencias particulares el bienestar

común de todas las clases importantes en el concierto de la vida nacional.

Estériles serán, por consiguiente, los esfuerzos que en la actualidad se realicen para dar al traste con una situación, cuyos títulos de legitimidad encuentran la sanción más decisiva en la utilidad de sus servicios á la patria. Será preciso que las circunstancias varíen notoriamente, que, restablecido el próspero desenvolvimiento de todos los intereses, llegue la hora de atender á otras necesidades, para que el partido conservador pueda dejar su puesto al frente de los destinos públicos á otro partido, á quien cuadre mejor la misión de señalarles distintos rumbos.

Entretanto, menudearán las acusaciones parlamentarias; arreciarán las impugnaciones periodísticas; se explotará por unos y por otros el más insignificante pretexto de oposición á la política dominante, y ésta seguirá, sin embargo, incommovible sobre sus bases, satisfaciendo las exigencias más apremiantes de una nación ávida de paz y de reposo.



Está de moda hablar de las cuestiones de Cuba. Todo el mundo aparenta preocuparse de la suerte de los intereses de España allende el Océano. No están ciertamente éstos en la situación satisfactoria á que debemos aspirar cuantos sentimos vivo el deseo de que el pabellón nacional se vea respetado en las lejanas provincias ultramarinas, donde tan necesario es para el porvenir de nuestra dominación el mayor prestigio de todo lo que representa á la Metrópoli. El General Armiñán y el Sr. Balaguer, terciando en el debate suscitado por una enmienda del Sr. Villanueva, han hecho graves declaraciones acerca del estado actual de la grande Antilla. El autor de *Los Trovadores*, especialmente, ha resumido en brillantes períodos cuanto se dice y pregona con relación á la isla de Cuba, donde todo, á su juicio, es lastimoso, administración, hacienda, comercio, agricultura, hasta el espíritu público, receloso y desconfiado de que se encuentre eficaz remedio á los males con que hoy se ve abrumada la perla de

nuestras posesiones de Ultramar. El Ministro del ramo pronunció por su parte un discurso reposado, metódico é interesante, encaminado á fijar los verdaderos términos de la cuestión de Cuba, donde, á su juicio, no es tan desesperado el caso como pretenden pintarlo, por conveniencias de partido, los hombres de la oposición. De cualquier modo, cree que, aplicadas con prudencia y discreción las disposiciones convenientes para llevar la tranquilidad á los ánimos y el orden á todas las esferas, puede halagarse la lisonjera esperanza de que el tiempo restablecerá por completo la normalidad en la grande Antilla.

De lo que no puede dudarse es de que este resultado, si ha de lograrse alguna vez, ha de ser cabalmente en esta época á favor de los procedimientos conservadores, únicos capaces de obrar lo que alguien llega á reputar milagro. Mucho tacto, mucho patriotismo, y el milagro será un hecho en bien de todos.

Tal es, en general, el criterio del Gobierno con relación á las provincias de Ultramar, sobre todo, con relación á la isla de Cuba, la más digna de atención en estos momentos, por lo mismo que en sus campos no se ha extirpado la semilla de la discordia, ni en el ánimo de gran parte de sus habitantes el deseo de que desde luego se planteen diferentes reformas de su organismo político y administrativo. Los actuales consejeros responsables anhelan también que la grande Antilla se equipare en condiciones oficiales á las demás provincias del Reino, á cuyo fin extenderán á aquellos dominios el régimen vigente en la Península sobre varias materias de principalísimo interés; pero no subordinan, ni pueden subordinar esa patriótica aspiración á otra no menos patriótica y decisiva: la de cuidar muy especialmente de no entregar los destinos de nuestro porvenir en América á impremeditadas medidas, que hagan árbitros de aquéllas á nuestros más enconados enemigos de allende el Océano. Algo, mucho tal vez, hay que reformar; pero las reformas no han de convertirse en arma de suicidio para España. No habrá quien de buen español blasone, que no piense, en el fondo, de este modo.

El Sr. Cánovas del Castillo, en medio de la expectación general de amigos y adversarios, compañera inseparable de todos sus actos, pronunció sobre este tema una de esas magníficas oraciones parlamentarias, que quedan en las páginas de los *Diarios de sesiones* como demostración la más cumplida de las altas dotes que distinguen al primer estadista de nuestro partido y de España entera, y como blasón glorioso de la tribuna española en este último tercio del siglo XIX.

Nada es, en verdad, comparable al prodigioso efecto producido por los discursos del actual Presidente del Consejo. Hay que oír su palabra majestuosa, que se desliza serena, correctísima, intachable, por rumbos que parecen trazados de antemano y que lo son realmente de improviso en el instante mismo en que brota espontánea y gallarda, como esclava sumisa del pensamiento que traduce é interpreta, para acertar á dar la explicación de ese fenómeno sorprendente é inverosímil á juicio de los que sólo de lejos pueden estudiarlo y que consiste en atraerse la estimación, el respeto, más aún, el incondicional aplauso de cuantos escuchan al orador insigne, participen ó no de las creencias que explana y de las afirmaciones que sustenta. He ahí el secreto del arte. Y el Sr. Cánovas del Castillo es, por excelencia, el artista de la frase.

Alegan sus adversarios, los que no tuvieron la suerte de escucharle, que no precisó nada, que no hizo manifestaciones concretas, que no contrajo compromisos de ninguna especie. Los que le oyeron no echaron de ver tales deficiencias, que ahora por única crítica posible á su brillante resumen del debate, le imputan los Zoilos de profesión, más amigos de Plauto que de la verdad. Y quien dice Plauto, dice Sagasta, por ejemplo.

El primer Ministro de S. M. el Rey no podía, ni debía lanzar á los vientos de la polémica el anuncio de propósitos determinados, cuya realización habrá de subordinar el Gobierno á la ley de las circunstancias, criterio eternamente obligatorio para todos los hombres de Estado, en especial con relación á problemas de tan complicada trama como los que están al presente planteados sobre el mapa de la grande An-

tilla. Lo que hizo el Sr. Cánovas del Castillo—y no es poco—fué asegurar que el partido conservador no tiene soluciones estrechas, miras de exclusivista pandillaje respecto de los asuntos ultramarinos. Todo lo que sea compatible con el decoro nacional, todo lo que por ningún concepto afecte á la integridad del territorio, todo encontrará facilidad de ejecución de parte del actual Gobierno, que, en punto á las provincias de Ultramar, sólo tiene una aspiración elevada y patriótica: la de contribuir eficazmente á la mayor prosperidad sucesiva de aquellas ricas preesas de la antigua corona de Castilla.

En este sentido, ni siquiera el autonomismo que representa el Sr. Labra, puede intimidar á los prohombres del bando conservador, siempre que, como el diputado antillano ha procurado hacerlo ahora, con la autonomía de Cuba y Puerto Rico no se encubra el bastardo intento de atentar á los derechos incuestionables de la madre patria. Las fervorosas protestas del Sr. Labra en contra de todo conato separatista le ponen á cubierto de semejante sospecha. Esto, y únicamente esto, fué lo que el Presidente del Consejo encontró digno de encomio en la actitud de dicho representante del País, á la fecha más plausible porque es sin duda más transparente que en otras diversas épocas de su accidentada vida pública. Por lo demás, ya lo advirtió elocuentemente el mismo Sr. Cánovas del Castillo: la autonomía de las Antillas está fuera de la realidad nacional. ¿Quién puede desconocerlo, si no se halla obcecado ó comprometido?

*
* *

Los republicanos, representados por el Sr. Muro, achacan las dificultades de la gobernación del país, no á las discordias que las ideas de que ellos son apóstoles han suscitado con punible ceguedad, sino á obstáculos tradicionales, que dicen existen todavía, como causa, especialmente, del empeño de poner *fuera de la legalidad los partidos y aun las doctrinas que no se ajustan á un determinado régimen de gobierno formal y pasajero.*

Como se ve, el Sr. Muro ha tratado de reproducir el concepto con tanta desgracia iniciado en la alta Cámara por el Sr. Cervera, acerca de la consabida teoría de los partidos legales é ilegales, hasta la saciedad explicada en lo que tiene de inconcusa con relación á las manifestaciones contrarias á la legalidad establecida que los partidos, como los individuos, han de respetar, so pena de incurrir en la sanción penal correspondiente.

En este sentido, y sólo en este, defiende el conservador la distinción de partidos legales é ilegales, no *à priori*, sino por razón de los actos que preparen ó ejecuten. Por lo demás, hablar hoy de obstáculos tradicionales cuando es evidente el libre acceso que en política obtienen todos cuantos, en más ó en menos, que eso ni siquiera se ha tenido en cuenta para tal efecto, han empezado por reconocer la Monarquía y la dinastía, es sencillamente fantasear errores y amontonar desaciertos por el placer, sin duda, de verlos contrarrestados en el acto. ¿O dependerán esos obstáculos de que no son los republicanos como el Sr. Cervera ó el Sr. Muro los Ministros responsables de D. Alfonso XII? Cuentan de un pecador recalcitrante que se negaba á hacer abnegación de sus culpas porque no tenía fe en que le fueran perdonadas. Y claro es que no se le perdonaban porque de ellas no se arrepentía. En el mismo círculo vicioso giran los republicanos.

Al defender su enmienda el Sr. Muro se refiere á las persecuciones dirigidas contra la prensa y trata de ganar por anticipado el aplauso de ciertos periódicos, haciéndolos objeto de suaves halagos y encomiásticas referencias. A despecho de su propósito, el orador no logra hacer blanco; divaga lamentablemente al rededor del tema sin abordarlo con datos categóricos y razonamientos terminantes. La defensa del Gobierno es bien sencilla: se limita á aplicar una legislación que no es siquiera obra suya. ¿Dónde están sus extralimitaciones? El Sr. Muro no se toma la molestia de probarlas.

Alude luego á cuestiones militares ya agotadas, la de los sargentos licenciados, etc., y tratando de afinar la puntería, se encara con la ley de tribunales del fuero de guerra y afir-

ma que, al publicarla el General Quesada, ha abusado de una facultad, que ejercida por el General López Domínguez, estaba ya fuera del alcance de un Ministro. Como si el mismo General López Domínguez no hubiera empleado dos veces el propio medio legislativo, enviando á la *Gaceta* dos leyes distintas sobre la misma materia á título de que la primera había salido con *erratas*. Erratas de tanto bulto que en la segunda se modificó completamente el orden judicial establecido en la primera.

Califica de *inventadas* las conspiraciones de la calle de la Fresa, recuerdo sólo oportuno por ser la época del fruto que da nombre á la calle, y la conspiración de la calle de Liria, que conceptúa origen de graves infracciones legales. ¿Por qué los paisanos en ella complicados están sometidos á los tribunales de la milicia? La respuesta es obvia. Porque se trata de perseguir un delito esencialmente militar, de la competencia privativa de los consejos de guerra. Ante el carácter del delito, desaparece la calidad de las personas responsables y quedan éstas sujetas á la jurisdicción á quien toca juzgar de aquél.

Nociones como éstas son de todo punto elementales.

Por fin, el Sr. Muro se cree en la necesidad de decir algo sobre los poderes del Estado, á cuyo fin manifiesta con sonora entonación y ademán trágico que los partidarios de la república, aunque son los menos en la Cámara, son los más en el país.

De contestarle estaba encargado, como individuo de la comisión, el Sr. Hinojosa, joven abogado, de buena palabra y vasta ilustración, que demuestra desde luego ambas envidiables cualidades.

Gran efecto hizo en todos los bancos, principalmente en los de la izquierda, el discurso pronunciado á continuación por el Sr. Ministro de Fomento. Los ánimos fuéronse exaltando poco á poco, y algunos minutos después de terminada la sesión, la bola de nieve rodaba con inmensa pesadumbre desde las alturas de la política palpitante. ¿Qué dijo el señor Pidal? Condenó enérgicamente la actitud de los que aún pretenden atizar la discordia, atentando á la existencia de las

instituciones vigentes mediante la propaganda de ideales sediciosos.

Es, á su juicio, más noble exponer el pecho á las balas en defensa de una causa rebelde que ampararse de la inmunidad parlamentaria para predicar la rebelión sobre seguro.

De aquí las protestas, de aquí la irritación de los republicanos de la Cámara, que desde luego amenazaron con retirarse del Parlamento si no se declaraba categórica y solemnemente que, al proferir tal frase el orador del banco azul, no había tenido intención de molestar á grupo ni individualidad determinada.

Los comentarios menudearon en todos los círculos. Quién suponía que surgiría una crisis; quién que los Sres. Castelar, Muro, y hasta López Domínguez y Sagasta, se retirarían airados de la Cámara, resueltos á privar así de autoridad y prestigio á unas Cortes, donde las minorías se negaban, indignadas, á tener representación alguna.

Con tales precedentes, no es extraño que desde las primeras horas de la mañana á las puertas de las tribunas del Congreso hubiese larga cola de curiosos, ávidos de figurar en el número de los privilegiados que viesan por sus mismos ojos y oyesen por sus propios oídos cuanto se hiciese y se dijere en el augusto recinto de la representación nacional.

La sesión empezó, en efecto, con extraordinaria concurrencia de diputados, senadores y público de galería. La ansiedad era general. Alguien creía que en el cielo conservador cerriáanse preñadas nubes cargadas de electricidad. ¿Qué iba á ocurrir?...

No hay plazo que no se cumpla, y el que se esperaba terminase, era más breve que el fijado por los Carvajales á Fernando IV. El Sr. Muro rogó al Sr. Ministro de Fomento precisara el alcance y significación de sus palabras. El señor Pidal las repitió, expresando que había hablado en tesis general, en cuyo sentido, y no en otro, las mantenía. Intervino discretamente la presidencia; declararon los Sres. López Domínguez y Sagasta que no había ofensa personal para el diputado republicano, y pronunció, por fin, un concienzudo, prudente y conciliador discurso el Sr. Presidente del Consejo

de Ministros, explicando, con esa maravillosa claridad de exposición que le distingue, lo que había dicho el Sr. Pidal, lo que implicaba la comentada frase de este insigne orador y, por último, lo que, sobre el tema discutido, podía creer y argüir todo el que pusiera la fe de un juramento y el compromiso del honor sobre las conveniencias de una causa más ó menos simpática para el criterio particular de cada cuál.

El Sr. Muro, insistiendo en el giro un tanto pedantesco que desde un principio había dado á sus reclamaciones, quiso que el Sr. Pidal hiciera suyas las manifestaciones de los oradores que habían terciado en el debate, á lo cual se opuso el Presidente de la Cámara, puesto que el silencio del Ministro equivalía al más elocuente y terminante asentimiento, y se dió por concluído el episodio, exento, como se ve, de verdadera importancia y gravedad.

Todo está ya en calma y es de esperar que ésta sea duradera.

Ahora—y esto no puede sorprender á nadie que esté al tanto de cómo se explotan los menores pretextos en política—se da en decir que el Sr. Pidal dimitirá, que ha quedado desautorizado por el jefe del Gabinete, que su permanencia en las filas del partido conservador no puede prolongarse mucho, después de la referida sesión. Especies de esta índole se propalan siempre que ocurren casos como el de que se trata, de los cuales se intenta hacer arma agresiva contra hombres, partidos y Gobiernos. Después de todo, y salvo la mayor ó menor oportunidad de la afirmación del Ministro de Fomento, ¿quién puede negar que, en el fondo, dijo una verdad indiscutible?

*
* *

El proyecto de presupuestos ha satisfecho por completo las aspiraciones de los más exigentes en materias rentísticas y económicas. Por de pronto, no deja de ser por todo extremo lisonjera la declaración solemne que en él se contiene de que el sobrante de 1882-83 asciende á cerca de 5 millones de pesetas (19 millones de reales próximamente), con los

cuales se atenderá sin dificultad á cubrir las obligaciones en ejercicio, prescindiéndose de recursos excepcionales y de la deuda flotante. El Sr. Cos-Gayón, amigo de hablar claro al país, facilitando á los profanos la exacta apreciación del estado del Tesoro, objeto de tantas mixtificaciones en otras épocas, ha abolido asimismo la división de presupuestos ordinarios y extraordinarios, puerta falsa estos últimos para esas frecuentes cábalas de las supercherías financieras. Hay que tener en cuenta las trasferencias verificadas con aquel fin, para deducir lo que en realidad significan las alteraciones observadas en algunas partidas importantes. Por ejemplo, Fomento aparece con un aumento de 60 millones de pesetas: esto depende de que se han reducido á una sola cifra en presupuesto único las que tenía señaladas dicho Ministerio en los dos que han sido refundidos.

Donde el aumento resulta innegable y positivo es en Guerra, por consecuencia del mejoramiento de los haberes de las clases y del rancho de las tropas. Era ésta, en verdad, una medida que hacían indispensable las insostenibles condiciones actuales de la vida para las últimas jerarquías del elemento armado. La opinión no puede menos de aplaudir que á los que por el sosiego de la sociedad están siempre prontos á sacrificar el suyo, afecciones y existencia, se les atienda, en cambio, con el solícito cuidado á que por la trascendencia de su misión son acreedores. Igual fundamento reconoce la supresión del descuento con relación á los sueldos de oficiales y jefes hasta coronel inclusive. Ha habido que limitarlo á los que se hallen en armas para que el gravamen sea, ya que oneroso, al menos no intolerable para el fisco.

El Ministro de Hacienda se propone introducir, así en la tributación como en la recaudación y administración de las contribuciones, radicales reformas, aconsejadas por la experiencia de los últimos años. El impuesto de derechos reales, hoy exageradamente recargado; la contribución territorial, cuyos tipos son por desiguales injustos y arbitrarios; la industrial, regida con arreglo á disposiciones de hecho impracticables; los consumos, establecidos sobre bases inadmisibles; el timbre, la sal, la contabilidad del Estado, requieren

bien meditadas modificaciones, de acuerdo con las necesidades del Erario y con las exigencias de la equidad. A todo ello trata de proveer el Sr. Cos-Gayón. Para esta obra es menester, sin embargo, dar tiempo al tiempo, aplazándola en su completa realización hasta el año próximo.

*
* *

En verdad, las circunstancias deben ir convenciendo cada vez más á las oposiciones de que, dado á conocer el programa de la situación actual, con toda la amplitud que pudieran desear los más intransigentes; señalados los derroteros que para realizarlo han de seguir los consejeros de la Corona; plenamente persuadida la opinión de la necesidad de un período de calma en las esferas oficiales, que permita atender con meditación y sosiego á las cuestiones puramente administrativas, hay que abrir ante todo y sobre todo anchas válvulas á la satisfacción de esas legítimas aspiraciones generales en pro del mejoramiento de los servicios y de la mayor facilidad para el cumplimiento de los fines todos de la vida del País. La política menuda, el escarceo continuo al rededor de esas triquiñuelas que nada resuelven ni nada significan, sólo desdén inspiran de los que seriamente se preocupan en la solución de los más importantes problemas hoy pendientes:— mucha administración y poca política.

*
* *

Dos individuos del ejército, comandante el uno, teniente el otro, del arma de Infantería, han expiado á costa de su vida un momento de imperdonable olvido de sus imperiosos deberes y sus inviolables juramentos. La causa instruída con motivo de los sucesos de Santa Coloma de Farnés ha tenido este triste desenlace.

Roguemos por los muertos..... y roguemos también por los vivos, como dice el insigne autor de *Un drama nuevo*.

U.



REVISTA EXTRANJERA

S IEMPRE de actualidad, siempre traída, llevada jamás resuelta la cuestión de Oriente en sus variados aspectos y sus múltiples formas, viene ocupando á Europa, y no es hipérbole, desde los remotos tiempos de las Cruzadas. Uno de sus novísimos incidentes es la cuestión de Egipto, puesta hoy sobre el tapete de la mesa preparada para las discusiones de los diplomáticos de Europa.

El día 23 se dieron simultáneamente en París y en Londres explicaciones oficiales sobre la proyectada conferencia, cuyos próximos debates, todas las naciones, dígase lo que se quiera, han de seguir con interés vivísimo.

La declaración leída en las Cámaras francesas é inglesas por los Sres. Ferry y Gladstone, nos dice que se han estipulado seis condiciones entre los representantes Wáddington y Granville; tres de carácter económico absolutamente ventajosas á Inglaterra, y otras tres de carácter político que pueden considerarse como concesiones de Lord Gladstone á Mr. Ferry.

Las condiciones económicas se refieren á la comisión internacional de la Caja de la Deuda pública de Egipto, que tendrá: 1.º un presidente inglés con voto preponderante, 2.º el derecho de entender solamente en la reducción del

presupuesto, y 3.º el de oponerse á que los gastos aumenten ó queden afectados á otras aplicaciones.

Para dejar organizar tan á gusto de Inglaterra la comisión que ha de funcionar durante el tiempo en que esta potencia mantenga sus tropas en Egipto, era de suponer que se hicieran importantes concesiones á Francia cuando llegase el momento de la retirada de las tropas británicas; pero nada de esto ha sucedido. Se estipula: 1.º que el término eventual de la ocupación será el 31 de diciembre de 1887; 2.º que en aquella fecha quedará el Egipto neutralizado, y 3.º que la comisión de la Deuda pública ejercerá entonces una intervención sin límites, pero sólo cuando la ocupación por las tropas inglesas pueda prudentemente darse por terminada. Es decir, que dentro de tres, cuatro ó más años, cuando el ejército egipcio sea ya inglés, cuando la administración esté completamente en manos de los ingleses y el país entero no reconozca más tutela ni dominio que el de la Gran Bretaña, podrá neutralizarse sin riesgo alguno de que se modifique el dominio de hecho que allí ha establecido el Gabinete de Londres á expensas de todos los intereses europeos.

Lo más singular es que el Presidente del Consejo de Ministros de la República francesa haya reconocido, sin extrañeza, que el proyecto de conferencia, bajo tales bases, tendría numerosos adversarios y entre ellos «naturalmente todos los acreedores de Egipto.» Si en un arreglo económico los acreedores se quejan, será que no ven muy claras las cosas y temen ver comprometido su dinero.

Casi todos los periódicos republicanos, hasta los más indulgentes con el Ministerio, están unánimes en condenar la política egipcia del Sr. Ferry.

* * *

Sin embargo, algunos órganos de la prensa francesa nos descubren que el misterio de las condescendencias republicanas no ha sido otro que el vehemente deseo de evitar á toda costa la caída del Gabinete Gladstone. ¿Qué sucedería cayendo el Gobierno liberal de Inglaterra? Claramente nos lo

dice *La Liberté*. Un Ministerio conservador sucedería al de Lord Gladstone y sería un hecho la ruptura entre Francia é Inglaterra, manifestándose luego la hostilidad, no sólo en el valle del Nilo, sino en Túnez, en el Tong-King, en Madagascar, en la Oceanía, en Marruecos... y en una palabra, en todos los puntos del globo donde los intereses de las dos naciones están en contacto ó son opuestos. El Sr. Ferry ha cedido, pues, ante tan negra perspectiva, no queriendo aceptar una responsabilidad tan pesada ni exponer á su país á eventualidades tan temibles, y pensando que no se trata sólo de Egipto, sino de todos los halagadores sueños que constituyen esa vasta é insaciable política de ensanche colonial que con tanto amor y á costa de tantos escauceos diplomáticos y sacrificios pecuniarios persigue.

Así, encontramos muy fundadas las exclamaciones de *La Patrie*: «Aunque estuviésemos solos en la prensa, dice, para denunciar formalmente el carácter de este atentado, ninguna consideración podría impedirnos investigar sus móviles, después de indicar su alcance. El arreglo acordado entre Mr. Ferry y Lord Granville, sirviendo de intermediario Mr. Waddington, que ya en el Congreso de Viena dió Chipre á Inglaterra y ahora le da el Egipto, puede resumirse en una promesa vaga por parte de los ingleses, y á un abandono formal por parte de Francia... Aceptando este compromiso, Mr. Ferry ha sancionado la anexión pura y simple de Egipto á Inglaterra... Los ingleses tienen ya cuatro años para *britanizar* á Egipto antes de sacar de allí sus soldados, y después de los cuatro años sus tropas podrán permanecer allí con permiso de Europa, bastando para ello una fingida revuelta, un pretexto, un incidente cualquiera para provocar por parte de la Reina un decreto de anexión definitiva...—Y ¿cuáles son los móviles que han podido obligar al Sr. Ferry á esa capitulación diplomática, más vergonzosa que la de Bazaine en Metz, porque Bazaine, al menos, había combatido y no tenía ya víveres, mientras que el Gobierno de la República no había hecho nada ni tenía nada que hacer para que Europa entera le siguiese? No queremos sospechar la inconsciencia; somos todavía más caritativos suponiendo un cálculo.

No puede explicarse el acto de Mr. Ferry sino por el anhelo que ha debido germinar en su alma jacobina de impedir el advenimiento en Inglaterra de un Ministerio conservador. Sin este auxilio decisivo, Lord Gladstone y el partido liberal inglés estaban perdidos. Así, pues, el Sr. Ferry se ha hecho cargo de que, después del triunfo de los conservadores en Bélgica, después de la derrota de los partidos revolucionarios en España, en vísperas de una reacción análoga que se prepara en los Estados Unidos y hasta en Suiza, la caída de los liberales en Inglaterra hubiera sido un hecho terrible contra las doctrinas que representa. Por esto ha sacrificado el interés y el honor franceses á las exigencias de secta... El señor Ferry y la Cámara francesa se han hecho ingleses á fin de seguir siendo republicanos...»

Lo singular es que las apreciaciones de la prensa republicana coinciden con las de la Monarquía, y no es dudoso que conocen á fondo la política del Gabinete de París.

Es también muy natural que el arreglo acordado entre Francia é Inglaterra, con motivo de Egipto y para la reunión de la Conferencia, no conste enteramente en los documentos comunicados á la Cámara de ambos países. Siempre se ha dicho que la parte más interesante de todos los convenios diplomáticos es precisamente la secreta.

¿Bajarán la cabeza ante esas cábalas las grandes potencias de la Europa central? ¿Admitirán todas las condiciones Rusia y Turquía? Esto es lo que han de descubrirnos en breve los sucesos.

*
*
*

Los asuntos del Imperio de Marruecos, que en tan alto grado á España interesan, siguen también llamando la atención de las potencias.

En Londres, en la Cámara de los Lores, respondiendo el Ministro Granville á De La Warr, no ocultó la inquietud que causaban en Marruecos, Italia y España los rumores relativos á las intenciones de Francia. Dijo que el Sultán de Marruecos se había quejado de que Francia hubiese tomado bajo su protección al Cherif de Uazzan. «Pero, añadió el

orador, no tengo noticia de que otros jefes marroquíes busquen la protección de Francia. Lord Lyons y Mr. Waddington me han dado las más formales seguridades de que los rumores relativos á los proyectos de anexión ó de protectorado no tenían ningún fundamento. Francia desea mantener el *statu quo*, y las negociaciones amistosas actualmente entabladas, sólo se refieren á ciertas partes del territorio del interior de Marruecos.»

No han sido tan tranquilizadoras las palabras del Ministro de Negocios extranjeros de Roma, al responder á una interpelecion del Sr. Camporeale. Es que el Sr. Mancini está ya aleccionado por los manejos con que solapadamente se llevó á cabo la protección en Túnez.

Dícese que se quiere ahora una simple rectificación de las fronteras de Argel por la parte de Marruecos; pero aparte de que la Sociedad Geográfica de Madrid nos ha demostrado que la ambicionada posesión de la orilla del Muluya daría á Francia 120 kilómetros de territorio, encontrándose entonces sus posesiones sólo á 50 kilómetros de Teza y á 120 de Fez, no se explican las significativas agitaciones de los emisarios del Cherif de Uazzan en las tribus fronterizas de la Argelia.

Más franco se manifiesta un periódico oficioso francés que, suponiendo que los italianos codician la posesión de Trípoli, y los españoles la del Imperio marroquí, hace un llamamiento á la solidaridad de sus hermanos de raza latina, diciéndonos que en el inmenso continente africano, hay lugar para una seria y gran política común y civilizadora; hay lugar, trabajo y provecho para todas las grandes naciones mediterráneas, partiéndose la productiva faena, asociándose y combinando los esfuerzos contratados y garantías recíprocas...

El caso es que España, habiendo dado pruebas de su tradicional y caballeresco desinterés en épocas recientes y circunstancias conocidas, no aspira hoy á nuevos dominios por el lado de Marruecos ni pretende modificar el *statu quo* establecido en 1880 por la conferencia de Madrid; pero no puede tampoco renunciar ningún derecho ni abandonar en lo más mínimo su reconocida y legítima influencia en Marruecos.

Después del convenio de Hué y de los preliminares de Tien-Tsin, el reciente tratado por el cual Francia viene á desarrollar el protectorado que ya ejerce en el reino de Cambodge, acaba de arrancar aplausos de la mayoría de las Cámaras francesas, poniendo en evidencia los apetitos de conquista que son el móvil de su política en Africa y en el extremo Oriente.

—¡Ya existe, ya hemos creado el Imperio Indo-chino!— exclama esa mayoría batiendo palmas. Los actos diplomáticos en cuya virtud el Tong-King, el Annam y el Cambodge se colocan bajo el dominio de Francia y unen á nuestra colonia de Saigon bajo el triple punto de vista militar, administrativo y aduanero, constituyen las firmísimas bases de nuestro vasto dominio colonial. Es una posesión asiática de más de veinte millones de almas, la que acabamos de someter á la influencia de nuestra civilización y de nuestras leyes. Los republicanos hemos reconstituído el patrimonio colonial de la nación, perdido por culpa de la antigua monarquía...

Es cierto. La República francesa ha triunfado en la primera parte de la tarea que se impuso; pero le falta todavía afirmar sólidamente la influencia francesa en Hanoi, en Hué y en la corte del Rey Norodom; le falta poner su gran colonia indo-china á cubierto de las revueltas interiores y de un golpe militar; le falta saber no sólo si el país está dispuesto á secundar las costosas miras y los iniciados planes de su Gobierno, sino también y sobre todo si se encuentra en estado de hacerlo, y si tiene cuenta con las aptitudes y los elementos necesarios para llevar á buen término la explotación del famoso Imperio de que tanto se enorgullece.

Desde luego, si no mienten las señas, ya debe á sus activas y celebradas comunicaciones con el Asia, aparte de otros males, la terrible epidemia que en estos momentos ha producido el pánico en Tolón y Marsella, amenazando con tristísimos días de luto todo el Mediodía de Europa, si por desgracia no llegase á circunscribirse como se espera.

*
* *

El nuevo Ministerio belga ha sido perfectamente acogido

por la opinión pública. Su programa es el que en Amberes expuso hace algunos meses Mr. Jacobs, cuando el aniversario de la fundación semisecular de la asociación conservadora. Se revisará la ley de estudios de 1879 que pone toda la enseñanza pública bajo la inmediata dependencia del Gobierno, quitándole todo carácter religioso. Se reformará la ley municipal en un sentido más autonómico, devolviendo á los municipios la facultad usurpada por el anterior Gobierno de nombrar sus regidores. Se reformará también la ley electoral en sentido más amplio, sin revisar la Constitución que establece el censo como base. En una palabra, el Gabinete que llaman retrógrado proclama la libertad en todo y para todos, contra los acuerdos autoritarios del que por liberal se tenía.

La fácil y pronta constitución del Gabinete conservador belga, el completo apaciguamiento del país después de una sacudida electoral que modificaba bruscamente y de una manera radical la marcha política de la Nación, la persistencia que ponían los colegios electorales á dar sus sufragios á los candidatos católicos, todo hace presumir que el voto del 10 de junio, madurado en Bélgica por causas profundas, corresponde con exactitud al sentimiento de las poblaciones.

La lección dada por los belgas á Europa es completa. Hay espontaneidad en la decisión tomada, acción vigorosa en el voto, moderación y prudencia en la victoria. Pero, ¿cómo y en qué condiciones han triunfado los católicos belgas?

Diez años hace que el Gobierno del país estaba en mano de los liberales. Estos habían usado del poder con una pertinacia sin precedentes en la corta historia de aquella nación eminentemente pacífica. La laicidad y la obligación de la enseñanza; la expulsión del sacerdote; todo el acompañamiento de fórmulas y medidas administrativas, tan bárbaras como las palabras con que se expresan, habían sido decretadas y aplicadas por un Ministerio que se creía eternizado en el poder. El Gabinete Frére-Orbán, dominado por sentimientos de presunción y especulando con la indiferencia natural en el hombre, había tomado á Bélgica por *ánima vilis* de sus desacreditados experimentos y de sus ponzoñas morales. Pero, de repente, el enfermo sacudió su letargo, y al

empuje de su primer sobresalto, dió un golpe mortal á los innovadores sin entrañas que le miraban morir para mayor gloria de sus doctrinas y adelantamiento de sus utópicos ensayos.

Bélgica ha sacudido su yugo, porque la opresión no sólo atacaba las conciencias, sino también los intereses. Enloquecido el Ministerio liberal con su dictadura, imponía gravámenes en los impuestos, arruinaba los municipios y descontentaba á los padres de familia, privados ya de sus derechos más esenciales y sagrados, comprometiendo el crédito público y desordenando la Hacienda.

El Presidente del nuevo Gabinete, Mr. Malou, anuncia que se contentará con reparar los agravios causados, las injusticias cometidas, previniendo nuevos atentados morales con medidas administrativas y enmiendas prudentes.

*
* *

Dejemos á un lado los cálculos y las hipótesis que tanto abundan acerca de la suerte de Holanda por la inesperada muerte del Príncipe Alejandro. Las preocupaciones políticas son muchas, y no es fácil aun ver claro en los futuros problemas de aquella casa real tan íntimamente y por tantos conceptos enlazada con la poderosa Alemania. Dejemos también á un lado los misteriosos rumores que han circulado relativamente á un supuesto atentado contra la vida del Emperador Guillermo, así como las dolorosas escenas con que el antisemitismo ruso ha ensangrentado la pequeña población de Koniavino, cerca de Nigni-Novgorod, y terminemos con dos palabras sobre la reacción conservadora que se advierte en América.

No es, en efecto, sólo en Europa donde las naciones enseñadas por la experiencia tratan de librarse de la antigua explotación de las sectas y de los aventureros políticos. La gran República del Nuevo Mundo no se libra tampoco de esa preocupación legítima. Y es que en la Unión americana, tal vez más que en otro país cualquiera, se han visto las cajas del Estado saqueadas, los Ayuntamientos ostensiblemente robados, el tráfico de los votos abiertamente practicado, los

escrutinios con inconcebible audacia falseados, y la justicia puesta á pública subasta, no habiendo ningún género de inmoralidades en los pueblos pervertidos de que no nos dé ejemplo la tan cacareada libertad de América. Hasta la gigantesca guerra civil que ensangrentó los campos de aquel país de todas las utopias, fué, veinte años hace, el resultado de una especulación escandalosa.

Después de aniquilada la existencia del Sud y cuando los gobernadores militares imponían su régimen de terror á los Estados rebelados, una orgía de dictadura y de ilegalidades dió comienzo en Nueva York y en Wáshington. No se presentan casos análogos de tan colosales fraudes en ninguna nación de Europa. Allí se vieron Generales y Ministros acaparar millones durante la Presidencia de Grant. El mismo Jefe del Estado fundó, á nombre de su hijo, una casa de banca, favorecida con concesiones ruinosas para el Tesoro público, empleando verdaderos subterfugios, hasta el momento en que una quiebra ruidosa vino á alarmar el crédito en el mundo entero.

El partido demócrata, que es allí el partido conservador, no llegó al poder de una manera imprevista, como ha sucedido en Bélgica. La elección de Garfield fué la primera reacción contra el partido republicano, bajo las dos presidencias de Grant. Era honrado, y le asesinaron.

Ahora se trata de sustituir á Mr. Arthur, que, con arreglo en lo determinado en la Constitución, hubo de posesionarse del alto puesto que ocupaba el Presidente asesinado. Los republicanos se agitan con calenturientos afanes; pero el movimiento de reacción conservadora se dibuja también de una manera irresistible.

Muy probable parece que las próximas elecciones del 4 de noviembre den el triunfo á los demócratas, á juzgar por las noticias que de la otra parte de los mares nos vienen.

Si así sucede, quedarán manifiestas las corrientes universales que ya se advierten en los pueblos, desengañados de aventuras y ansiosos de ser regidos con moderación, lealtad y sabiduría.

S.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Santero (D. Javier).—*Discursos leídos en la Real Academia de Medicina en la recepción pública de dicho señor.*—Imprenta de Manuel Tello.—Madrid.

El tema preferido por el nuevo académico, después de elegir atinadamente entre el cúmulo de materias que á sus ojos se ofrecían, es la *Higiene del vulgo*.

La higiene empieza donde empieza el individuo, esto es, desde que nace, y fundándose en estas razones, el doctor Santero estudia cuidadosa y científicamente el tema propuesto desde los primeros momentos de la vida del niño hasta el instante en que se determina la decadencia del organismo humano por la vejez y la decrepitud. El asunto no puede ser más interesante y además de la ventaja de su aplicación, reúne la circunstancia de estar á la altura de todas las inteligencias y no exigir, como otros, grandes conocimientos teóricos para su prudente interpretación.

El vulgo, como dice muy acertadamente el Dr. Santero, tiene el instin-

to de todas las cosas perfectamente determinado en sus refranes y frases de continuo uso. En materia de higiene tampoco se desmiente este principio, y así vemos que el hombre más vulgar no desconoce ciertas reglas de carácter higiénico, que están en perfecta consonancia con los descubrimientos de la ciencia.

La síntesis del importante trabajo que nos ocupa puede condensarse en estos términos:

«Creo haber demostrado que el vulgo—dice el Sr. Santero—tiene un código higiénico, en el que se plantean y envuelven casi todos los problemas que la ciencia aquilata y depura. Los adagios, proverbios ó refranes, son una colección de piedras toscas sin valor alguno para el que no sepa apreciarlas; pero que forman un inmenso tesoro para el que sabe descubrir, bajo la tierra que las disfraza, el fino brillante que constituye su fondo. Sólo falta, para que tengan valor, pulirlas.»

El Sr. Santero, como saben perfectamente nuestros lectores, y según

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

hace constar oportunamente el doctor Benavente en el discurso que sirve de contestación al de aquél, lleva «en su escudo laureles y timbres de gloria, adquiridos públicamente en cátedras, academias, hospitales, ateneos y teatros. Razón tiene, pues, esta corporación—añade el Dr. Benavente—para congratularse al recibir en su seno al catedrático de higiene de la facultad de medicina y al aplaudido autor de *Angel* y *Los guantes del cochero*, porque la unión de la medicina y la poesía resulta tan natural y legítima, que ya en los libros del registro civil de la mitología se encuentra inscrito Esculapio, dios de la medicina, como hijo de Apolo, dios de la poesía, y no hay época ni país en que no se vea justificada y confirmada esta filiación con repetidos ejemplos.»

Reciba el nuevo académico nuestra cordial enhorabuena por la alta distinción de que ha sido objeto.

* * *

Colmar von der Goltz (Barón de).—*La Nación armada, organización militar y táctica moderna.*—Obra traducida al francés.—Un tomo de 572 páginas.—París.—Precio, 7 francos 50 cs.

Acaba de publicarse en París esta obra importantísima, traducida del alemán. El autor es el Barón Colmar von der Goltz, uno de los principales jefes de Estado Mayor alemán. El traductor, M. Ernesto Jaeglé, profesor de la Escuela militar, ha hecho con este trabajo un importante servicio á todos sus compatriotas.

Se trata de un libro de grande dificultad. En él se estudia toda la teoría de la guerra moderna en su filosofía, en su fin y en sus medios.

Analizar una obra de este género no es asunto fácil. Es un enorme edificio, complicado, lleno de ideas originales, de principios fundamentales y de profundas observaciones que es preciso meditar seriamente.

Hoy que la guerra reviste un carácter completamente científico, y que se ha probado hasta la saciedad que sólo la organización militar puede dar preponderancia á las naciones que tratan de imponerse á las otras, es inútil decir hasta qué punto merece fijar la atención de los hombres que consagran sus trabajos á esta clase de estudios obras del género de la del Barón Colmar von der Goltz.

Si hemos de decir la verdad, nos parece que ciertas afirmaciones que hace el autor, con respecto á las causas que determinan á la Prusia á batallar contra la Francia, no son completamente exactas.

El autor supone que Alemania es un pueblo que ama ante todo la paz, y que sólo por ser previsora pudo encontrarse dispuesta cuando la Francia le hizo la guerra en 1870.

La verdad es que la Prusia tenía las cosas muy bien preparadas para no saber años antes lo que iba á acontecer, pero, sea como fuese, el hecho es que el libro de que hablamos es importante bajo todos conceptos, é interesa grandemente á los que dentro y fuera de Alemania se dedican á estudios militares.

* * *

A. de Bosia.—*El Papa en el Concilio del Vaticano.*—Un tomo de 228 páginas.—París.—Precio, 3 francos.

Exponer el dogma de la infalibilidad pontifical definido por el Concilio del Vaticano; mostrar que este dogma no contradice en nada las luces

de la razón humana; probar, en fin, por medio de documentos históricos, que la Iglesia ha creído siempre esta verdad revelada, tal es el objeto que el autor se propuso al escribir esta obra.

La interpretación de este trabajo es sencilla; nada de difícil, técnico ni rebuscado. Todo se expone con sencillez, claridad y método. La lectura de este libro es interesante, principalmente la del capítulo IV, «La infalibilidad del Papa,» donde podía recogerse una serie importante de argumentos que sirvan de respuesta á las objeciones de los librepensadores.

*
* *
*

A Saint Paul — *Historia monumental de la Francia, ilustrada con numerosos grabados.* — Un tomo de 302 páginas. — París. — Precio, 3 francos.

La historia de la agricultura, según afirma este autor, no es una mera descripción de las formas monumentales que se han sucedido desde hace mucho tiempo. Es preciso que esta exposición de hechos vaya acompañada de un prudente razonamiento científico. En materia de arquitectura, ya ha pasado el tiempo de considerar como variaciones y manifestaciones del arte los caprichos y las excentri-

tidades de los artífices y de los pueblos. Hoy es cosa admitida que el arte de construir está sometido á rigurosas leyes, tanto en su historia como en su constitución.

Hay, por lo tanto, falsas arquitecturas, y éstas son precisamente las que se deducen del capricho ó de la fantasía, sin tener una base sólida en la realidad.

Estas han existido en Francia, particularmente desde Luis XIII, y sobre todo, desde Luis XIV; pero antes de esta época ha existido casi siempre la verdadera arquitectura, la que sigue la marcha natural, y se inspira, ante todo, en las necesidades del clima, de la calidad y de la cantidad de los materiales puestos en la obra, y del objeto y uso á que se destinan los edificios.

La primera época, brillante y original, de la arquitectura francesa, es la del arte romano. En seguida viene el arte ojival, y así sucesivamente las demás manifestaciones por todos conocidas, hasta nuestro tiempo.

En esta obra se ve el firme propósito del autor, de demostrar que la Francia, lejos de haber recibido inspiraciones de otros pueblos, ha ejercido casi siempre una influencia dominante fuera de su mismo territorio.—H.

INDICE DEL TOMO LI

Páginas.

15 DE MAYO DE 1884.

La corteza terrestre y su relieve, por Rafael Alvarez Sereix	5
Diario privado político-militar del Almirante C. de Persano (continuación), por D. Carlos María Perier.	31
Curiosidades naturales y carácter social de los Estados Unidos, por D. José Jordana y Morera.	48

# Historia de la campaña de 1647 en Flandes (continuación), por D. A. Rodríguez Villa	67
La soledad (canto gitano), por D. Miguel Gutiérrez.....	88
Revista de teatros, por Ramiro.....	91
Satanella (novela), por G. I.-Whyte Melville.....	97
Crónica política, por U.....	108
Revista extranjera, por S.....	117
Boletín bibliográfico.....	126

30 DE MAYO DE 1884

Curiosidades naturales y carácter soeial de los Estados Unidos (continuación), por D. José Jordana y Morera.....	129
# Historia de la campaña de 1647 en Flandes (continuación), por don A. Rodríguez Villa.....	153
# Reseña crítica del teatro en algunos pueblos antiguos y modernos (conclusión), por D. Mariano Amador.....	165
Bibliografía: Una obra póstuma de Edgar Quinet, por D. Luis Barthe.	181
En un abanico, poesía, por D. M. Gutiérrez.....	194
Diario privado político-militar del Almirante C. de Persano (continuación), por D. Carlos María Perier.....	196
Satanella (novela), por G.-I. Whyte Melville.....	216
Revista de teatros, por Ramiro.....	226
Crónica política, por U.....	230
Revista extranjera, por S.....	240
Boletín bibliográfico.....	251

15 DE JUNIO DE 1884

El General Álava, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	257
# Historia de la campaña de 1647 en Flandes (continuación), por don A. Rodríguez Villa.....	302
Diario privado político-militar del Almirante C. de Persano (continuación), por D. Carlos María Perier.....	316
Carta á un escéptico, por D. José Moreno Fernández.....	335
Revista de teatros, por Ramiro.....	341
Satanella (novela), por G.-I. Whyte Melville.....	346
Variedades.....	359
Crónica política, por U.....	363
Revista extranjera, por S.....	372
Boletín bibliográfico.....	380

30 DE JUNIO DE 1884.

Del método experimental en la Psicología, por D. José Rodríguez Mourelo.....	385
Curiosidades naturales y carácter social de los Estados Unidos (continuación), por D. José Jordana y Morera.....	401
Diario privado político-militar del Almirante C. de Persano (continuación), por D. Carlos M. ^a Perier.....	417
Historia de la campaña de 1647 en Flandes (conclusión), por A. Rodríguez Villa.....	440
España en el siglo XX, por D. Blas de Loma y Corradi.....	450
Sujeto de la Historia (continuación), por D. Ramón L. de Vicuña.....	459
Satanella (novela), por G.-I. Whyte Melville.....	472
Revista de teatros, por Ramiro.....	482
Crónica política, por U.....	489
Revista extranjera, por S.....	500
Boletín bibliográfico.....	590